
SERIE FORTUNAS DEL DESTINO
LA FORTUNA FAVORECE A LA SEÑORITA GOLD
NADINE MILLARD

LA FORTUNA FAVORECE A LA SEÑORITA GOLD

Nadine Millard

Contenido

LA FORTUNA FAVORECE A LA SEÑORITA GOLD
Prólogo
Capítulo Uno
Capítulo Dos
Capítulo Tres
Capítulo Cuatro
Capítulo Cinco
Capítulo Seis
Capítulo Siete
Capítulo Ocho
Capítulo Nueve
Capítulo Diez
Capítulo Once
Capítulo Doce
Capítulo Trece
Capítulo Catorce
Capítulo Quince
Capítulo Dieciséis
Capítulo Diecisiete
Capítulo Dieciocho
Capítulo Diecinueve
Epílogo

Prólogo

—¡Calla, Pippa! ¡Papá te oirá!

Eleanor Gold se encontraba en lo alto de la amplia escalera de la casa de su padre en Grosvenor Square. Como de costumbre, él había entrado a trompicones en plena madrugada.

Eleanor casi podía oler el hedor a alcohol y sudor rancio desde la distancia. A su lado, sus hermanos pequeños, Phillipa y Trevor, temblaban de miedo.

En esos momentos, Eleanor sentía que de verdad odiaba a su padre. Ella estaba acostumbrada a sus correrías, pues las había presenciado desde que llevaba faldas cortas, pero ahora que tenía quince y se sentía responsable de Pippa, que tenía solo diez años, y de Trevor, que tenía seis, su rabia era cada vez más grande.

¿Por qué les había tocado un padre como él? ¿Por qué su madre era tan incapaz de tratar con su marido o de proteger a sus hijos de sus ataques de cólera, su alcoholismo y su ludopatía?

—He perdido la maldita cosa.

Eleanor aguzó el oído y un escalofrío le subió por la espalda.

—¿Que has perdido qué? —Era su madre quien hablaba ahora. Tranquila y dócil como un cordero—. ¿Qué quieres decir con que «la has perdido»?

—¡Esto! ¡La casa! Tenemos que hacer las maletas y trasladarnos a Somerset.

—¡Por el amor de Dios, Augustus! ¿¡De qué estás hablando!?

—¡Maldita sea, mujer! ¡No me cuestiones!

Eleanor se estremeció cuando el bramido de su padre hizo temblar hasta las vigas. Pippa y Trevor se cubrieron los oídos con las manos. Los arrimó contra ella, como si así pudiera protegerlos de la horrible realidad que los rodeaba cada vez que su padre bebía.

—Pero, Augustus, necesitamos una casa en Londres si queremos que las niñas tengan una presentación en sociedad como es debido. ¿Y qué pasa con Trevor?

—Puedo recuperarla —balbuceó su padre—. Solo tengo que encontrar la manera. Ese... ¿Ese crío imbécil cree que puede arruinarme?

—¿Quién? —preguntó su madre.

Aquello era lo máximo que la señora Gold había hecho jamás por enfrentarse a su marido. Eso debió enorgullecer a Eleanor, pero lo único que consiguió fue aumentar su temor. Si las cosas estaban tan mal como para que su madre se atreviera a discutir con él, sería porque estaban metidos en un buen lío.

—¡El maldito Tristan Grayson!

Su padre escupió el nombre como si fuera la más negra de las maldiciones.

—¿¡El hijo de Lady Devon!? —exclamó la señora Gold—. Augustus, ¡no es más que un crío! ¿Cómo has podido perder nuestra casa con él?

—¡He dicho que la recuperaré! —ladró su padre—. ¿No dije que la recuperaría? Solo necesito más fondos.

En cuanto sea lo bastante mayor, juró para sí Eleanor mientras Augustus Gold trastabillaba en el piso de abajo y su madre lo perseguía con preguntas, *me buscaré un marido y me alejaré de él. Me llevaré a Pippa y a Trevor y me aseguraré de que nunca más tengan que presenciar algo así*.

Luego hubo una serie de golpes seguidos de una o dos maldiciones y, al final, silencio.

—Se ha quedado dormido —susurró Pippa.

—Sin duda —respondió Eleanor, incapaz de disimular la amargura en su joven voz—. Bien, ¡a la

cama los dos!
—¡Pero no quiero!
—¡No me gusta dormir sola!
—¡Y a mí me da miedo!
Eleanor suspiró mientras sus hermanos le suplicaban que los dejara dormir con ella, como hacían siempre que su padre los despertaba en medio de la noche.
—Vaaale, de acueeerdo. Venid conmigo.
Cuando Eleanor hablaba, sonaba como una mujer que le triplicara la edad.
Al poco tiempo, los tenía acomodados uno a cada lado.
—¿Ellie?
—¿Mmm?
Por fin la noche estaba en calma y se podía escuchar la respiración pausada de Trevor.
—Gracias por cuidar de nosotros —susurró Pippa.
Eleanor parpadeó para contener las lágrimas que se formaron en la comisura de sus ojos verdes.
—Siempre cuidaré de vosotros, Pip —le respondió alborotando sus rizos rubios, tan parecidos a los de ella.
—¿Me lo prometes?
Eleanor miró sin ver en la oscuridad. Cuando escuchó el miedo y la incertidumbre en la voz de su hermana pequeña, pensó en lo fácil que le resultaría estrangular tanto a su padre como a su madre en aquel momento.
—Te lo prometo.

Capítulo Uno

Diez años más tarde

—¡No puede haber desaparecido todo, señor Smith!

Eleanor Gold estaba sentada con las manos entrelazadas sobre el regazo, la espalda recta contra la desvencijada silla de madera y una expresión que reflejaba la calma y el decoro propios de una dama.

Por dentro estaba gritando.

—Me temo que sí, señorita Gold. —El hombre se asomó por encima de sus gafas y la miró con simpatía y severidad a la vez—. Se ha esfumado todo.

—Pero... la casa... —La muchacha se esforzaba por mantener un tono firme—. No existía ninguna hipoteca sobre la casa, usted mismo lo dijo.

—Eso dije —respondió él con calma. La estudió unos instantes antes de quitarse las gafas y apretarse el puente de la nariz—. ¿Puedo hablarle sin rodeos? —preguntó.

Eleanor asintió y esperó.

—El despilfarro de su padre en el juego era desmesurado. Su padre se había jugado la casa de Grosvenor Square y un coto de caza en Escocia. Solo por la gracia de Dios había conseguido conservar la casa familiar de Somerset.

Cuando les llegó la carta donde les comunicaban que disponían de unas semanas para desalojar la casa antes de que el nuevo propietario tomara posesión, Eleanor sintió que por sus venas corría un terror jamás experimentado antes.

Le fue casi imposible ocultar sus preocupaciones a Pippa y Trevor, pero hacía todo lo posible. «Debe ser un error», les había dicho. «Iremos a ver al letrado y aclararemos todo enseguida».

El poco dinero que les quedaba lo gastaron en el viaje a Bath para reunirse con el señor Smith, pero al contemplar el escritorio revuelto del abogado de su padre, la última esperanza de Eleanor se extinguió en su pecho.

—Las deudas de su padre eran cuantiosas. Él... —El hombre hizo una pausa y se aclaró la garganta, visiblemente incómodo por la noticia que estaba a punto de darle—. Se jugó la casa de Somerset antes de fallecer.

—¡No!

A Eleanor se le escapó el grito y un recuerdo pasó ante sus ojos: aquella noche, ella y sus hermanos acurrucados en las escaleras mientras su padre le confesaba a su madre que se había jugado la casa.

—¡Pero él murió hace cinco años, señor Smith! ¿Por qué sale esto a la luz ahora?

—El... Emm... El caballero con el que perdió la propiedad ha estado en el extranjero estos últimos años —le explicó el señor Smith—. Ahora va a regresar y... bueno, la reclama.

Eleanor sintió que un torrente de lágrimas acudía a sus ojos, pero ¡que la condenaran si las dejaba caer! Sus mejillas se encendieron de vergüenza mientras se doblaba hacia delante en la silla, apretando entre las manos el terciopelo verde de su abrigo.

—Yo... Nosotros... Es decir, mis hermanos y yo... —empezó a decir entrecortadamente, soltando las palabras a medida que conseguían pasar por el nudo que tenía en la garganta—. No tenemos nada más, señor Smith. Nos vamos a arruinar. No tenemos dónde ir.

Ya estaban arruinados.

A los veinticinco años, Eleanor era una solterona. Para cuando tuvo edad de debutar en sociedad,

los bolsillos de su padre ya estaban vacíos.
No había con qué mantener una casa llena de sirvientes y mucho menos alquilar una en Londres. Y si no hubo dinero para Eleanor, desde luego tampoco lo hubo para Phillipa. Trevor ni siquiera había podido ir a la escuela como era debido, era el primer Gold en generaciones que no había asistido a Eton. Tras perder a su institutriz, la educación de los niños había recaído en Eleanor.
Hacía cinco años, a la muerte de su padre, Eleanor había echado mano a los libros de contabilidad de la familia para ver el alcance del daño. Siempre se le habían dado bien los números. Había sido una lectura dura, sin duda, pero —y de esto estaba completamente segura— no se mencionaba que la casa de Somerset se hubiera perdido en una apuesta.
Sin embargo, no encontró las escrituras. Recordó que en aquel entonces le pareció extraño que no estuvieran con los otros papeles.
El terror se hizo piedra y se asentó en su estómago, pues comprendió que todo era cierto: las escrituras no estaban porque habían sido arrojadas sobre una mesa de juego y entregadas a otro borracho ludópata, con la misma facilidad con que su padre había destruido toda esperanza de futuro para sus hijos.
—Eso no es del todo cierto.
El señor Smith interrumpió sus sombríos pensamientos. Eleanor levantó la cabeza y miró cómo extraía un fajo de papeles doblados, envejecidos y curvados a los lados para entregárselos. Los abrió con dedos temblorosos y repasó rápidamente el contenido.
—No lo entiendo.
—Antes de que su madre falleciera, vino a verme. Nunca tuvo la fuerza para enfrentarse a él, lo sé, pero era inteligente.
El señor Gold siguió a su mujer a la tumba unos dos años después que ella. Los hermanos habían llorado a su madre mucho más que a él.
Eleanor sintió una punzada de dolor ante las palabras del letrado. Sí, su madre era inteligente y cariñosa, y se había desperdiciado junto a un hombre como su padre.
—Como decía, vino a verme unos meses antes de morir.
Eleanor se quedó boquiabierta. Su madre había estado enferma, frágil y consumida durante años antes de abandonarlos. La impotencia de no poder hacer nada más que verla languidecer había sido horrible.
En su estado, no pudo haber hecho este viaje para visitar al abogado. Pero entonces recordó algo: su madre había dicho que el médico le recomendaba pasar unas semanas en Bath para beneficiarse de sus aguas termales. Eleanor se había ofrecido a acompañarla, pero ella insistió en ir sola, con la única compañía de su devota criada, Mary. Cuando regresó a casa, no parecía haber mejorado. De hecho, tenía peor aspecto; aunque parecía haber encontrado una cierta paz interior. Murió poco después de eso.
—Posee usted las escrituras de una casa junto al mar, en las afueras de Torrell. Su madre compró la propiedad con fondos que había ahorrado durante años —le explicó el señor Smith—. No formaba parte de los bienes de su padre.
Eleanor solo pudo quedarse mirándolo. ¿Tenían una casa en las afueras de su pueblo y nunca había sabido de su existencia?
—Me dio instrucciones muy estrictas de que se mantuviera en secreto para su marido, incluso para sus hijos. Su deseo era que se la traspasara a usted, señorita Gold, si surgía la necesidad. Si así no fuera, si todos sus hijos se establecían y se sentían cómodos en sus propios hogares, o incluso si se quedaban en la casa familiar, la propiedad debía donarse al hospital de niños en que ella trabajó como voluntaria.

Aquellas malditas lágrimas amenazaban con escaparse de nuevo y Eleanor parpadeó furiosamente para contenerlas.
Su madre, su pobre, querida y débil madre había sido fuerte, después de todo. Había salvado a sus hijos cuando su padre jamás hubiera podido o querido hacerlo.
—Desconozco el estado de la propiedad, señorita Gold. Como sabe, han pasado varios años desde que se adquirió.
—Entiendo —asintió Eleanor.
—El nuevo propietario de la casa familiar llegará a Bath dentro de una semana —continuó el señor Smith con tono afligido—. Según me han informado, irá directamente a Torrell. La propiedad debe estar vacía para entonces.
Eleanor podía ver cómo le apenaba al señor Smith informarle de tales detalles, pero se sentía ahora algo más aliviada. Aunque seguía detestando al canalla que le había robado su hogar, que había dejado a sus hermanos sin la casa de su infancia, al menos tenían un sitio adonde ir.
Eleanor se levantó y tendió la mano al viejo letrado. Él se levantó también y se la estrechó.
—Gracias, señor Smith —dijo ella, orgullosa de que su voz siguiera siendo firme—. Me aseguraré de que la casa esté vacía para la llegada del caballero.
Quienquiera que fuese, al menos pensaba quedarse con el escaso personal que Eleanor había podido conservar. Se habría sentido mucho peor si sus criados también hubieran perdido su hogar y su medio de vida.
—Si me permite decirlo, señorita Gold, es usted una joven de gran fortaleza y valor. Le habría ido muy bien en Londres.
A Eleanor le sorprendió el inesperado cumplido.
Londres...
Supuso que se refería a que allí habría batido las pestañas ante algún que otro caballero adinerado y se habría asegurado un futuro. Pero, aunque hubieran tenido los medios para hacer su debut en sociedad, no habría podido dejar a sus hermanos.
Se dio la vuelta para salir del pequeño despacho, decidida a hacer lo necesario para no estar cerca de la casa familiar cuando aquel cretino llegara a reclamarla.
—Señor Smith. —Eleanor pensó en algo y se dio la vuelta para dirigirse al abogado.
—¿Sí?
—¿Podría darme el nombre del nuevo propietario?
El señor Smith dudó un instante.
—Supongo que poco importa ahora —murmuró antes de asentir levemente—. Es el señor Grayson, señorita Gold. Tristan Grayson, hijo del vizconde de Devon.
A Eleanor se le heló la sangre al oír aquel nombre. *El maldito Tristan Grayson*. La voz de su padre resonó en su mente. Fue la misma noche que llegó rabiando por el crío con el que había perdido la casa de Londres.
El pesar que se había instalado en su vientre desde el comienzo de aquella visita se convirtió en hielo cuando el frío de la ira se le metió en los huesos.
Tristan Grayson... Nunca había conocido a aquel hombre, y sin embargo su nombre representaba su ruina desde que era apenas una niña. Y todavía ahora, tantos años después, seguía siendo su tormento.

Capítulo Dos

—¿Lo ves? No está tan mal —le dijo Eleanor a Pippa mientras observaban la casa a través de la polvorienta ventanilla del carruaje, aunque hasta ella se dio cuenta de lo poco creíble que sonaba. Durante los últimos días, Trevor y ella habían hecho todo lo posible para que el sitio quedara habitable, pero Pippa no había ido con ellos; a ella le daban miedo las arañas y los ratones, y Eleanor pensó sería más un estorbo que una ayuda.

Cuando informó a sus hermanos sobre el cambio de sus circunstancias, sus reacciones fueron tal y como esperaba. A Trevor se le había puesto roja la cara y había despotricado durante todo el camino de vuelta a Torrell; incluso cuando se detuvieron en una posada del camino, no dejó de proferir oscuros juramentos contra su misterioso verdugo ni de enumerar todas las formas en las que podría vengarse de él. Trevor era joven y temperamental, pero aprendería, como había hecho Eleanor, que no tenía sentido ensañarse con el señor Grayson. Lo hecho, hecho está. Mientras que el encono de su hermano era ardiente y pasional, el de Eleanor era gélido y silencioso. Trevor quería vengarse de él, ella se limitaba a desearle la perdición.

Pippa, en cambio, se había echado a llorar. Eleanor quería mucho a su hermana, pero tenía mucho de la docilidad y fragilidad de su madre. Aunque eso la hacía dulce y cariñosa, también la hacía poco útil en los momentos de crisis.

Eleanor había intentado animarlos lo mejor que pudo y se pusieron manos a la obra en cuanto llegaron a la casa familiar.

Después de reunirse con el personal y explicarles que se marcharían pero que la casa se mantendría abierta y en funcionamiento para la llegada del nuevo propietario, Eleanor se volcó a preparar el equipaje. No quería permitirse ni un momento para reflexionar sobre sus circunstancias y derrumbarse. Sencillamente, no había tiempo para eso, y prefería cargar con todas sus pertenencias a cuestas que seguir allí cuando llegara Grayson.

Los criados habían sido tan comprensivos y amables que Eleanor estuvo a punto de perder las riendas de sus emociones, pero entonces recordó que ese hombre los había expulsado de todas las propiedades que habían tenido y la rabia le daba fuerzas para seguir adelante.

Tardaron solo un par de días en empacar sus míseras pertenencias.

Eleanor había vendido todo lo que había de valor en la casa: las joyas de su madre, la vajilla de plata, las obras de arte, e incluso los muebles que pudieran proporcionar alguna ganancia. Habían vendido también los caballos y los carruajes. El último se lo había comprado un terrateniente local, el que amablemente les permitió utilizarlo para trasladarse a su nuevo hogar. El cochero se llevaría tanto el carruaje como a los ayudantes después de descargarlo, y eso sería todo.

Lo único que les quedaba eran unas mulas que habían visto días mejores y una destartalada carreta que probablemente no duraría mucho tiempo más.

La mañana anterior a la llegada del señor Grayson se subieron al carruaje y se apretujaron junto a los baúles. Mary, que sería la única criada que los acompañaría, se sentó delante con el cochero. En realidad, Eleanor no tenía dinero para pagarle, pero la mujer era muy leal.

—Le prometí a su madre que cuidaría de usted —le había dicho a una sollozante Eleanor mientras la ayudaba a organizar la venta de casi todo lo que poseían para poder sobrevivir—. Cumpliré esa promesa, señorita. Nos arreglaremos.

No les quedaba mucho dinero, esa era la cruda realidad.

Eleanor había comprado algunos animales e invertido en un buen huerto para que al menos

pudieran alimentarse. Sin embargo, había llegado el momento, como sabía que ocurriría, de plantearse que todos buscaran un trabajo.
Habían caído en desgracia. El apellido Gold siempre había sido sinónimo de clase y riqueza, y ahora que Pippa tenía veinte años y Trevor era casi un hombre, solo era cuestión de tiempo que tuvieran que salir a buscarse la vida para sobrevivir.
Ella quizás podría quedarse en Torrell impartiendo clases o algo así. Pippa podría marcharse para convertirse en institutriz, Eleanor la había formado lo suficientemente bien como para que pudiera hacerlo. Solo Dios sabía qué podría hacer Trevor. Estudiar Derecho, quizás, si le conseguían un puesto en algún sitio. Podría escribirle al señor Smith y preguntarle si necesitaba un aprendiz, o si conocía a alguien que lo necesitara.
Todos estos pensamientos y preocupaciones eran como un zumbido constante en la mente de Eleanor. Lo habían sido durante años, pero nunca tanto como ahora.
Bueno, al menos una casa pequeña sería mucho más barata de mantener que la mansión solariega familiar y había sitio para tener un huerto, plantarían lo que habían traído de la casa y empezarían de nuevo.
Trevor ya había vallado una zona para los animales y tenían un pequeño cobertizo que podía servir de establo para las mulas.
En resumidas cuentas, las cosas podrían ir mucho peor.
Una rápida mirada a sus hermanos le bastó para comprobar que ellos no compartían esa opinión. Trevor parecía enfadado, como de costumbre, y los ojos azules de Pippa estaban cargados de lágrimas, como siempre.
Eleanor ahogó un suspiro de frustración.
—¡Vamos! —dijo cuando se abrió la puerta del carruaje y el cochero la ayudó a bajar.
Mary y el cochero se pusieron en seguida a cargar los baúles y maletas por el pequeño sendero del jardín hasta la puerta de la casa, de color rojo brillante.
Tide Cottage. Era su nuevo hogar, uno que al menos les pertenecería para siempre. Era muy bonito, no se podía negar.
La casa estaba aislada y apartada de la polvorienta carretera. El jardín de la parte delantera era pequeño, pero quedaría precioso cuando estuviera bien arreglado. Por el momento, estaba cubierto de maleza.
El edificio en sí parecía sacado de un cuento infantil. De techos no muy altos y paredes de piedra gris cubierta de hiedra, que florecía espléndidamente bajo el cálido sol de verano.
En la parte trasera —Eleanor lo sabía porque había estado allí toda la semana limpiando y preparando el sitio— había un jardín mucho más grande que ahora albergaba a los animales y los albores de su huerto.
Además, desde allí se disfrutaba de una espectacular vista de la extensa costa. Una puerta bastante ingobernable conducía a un camino cubierto de conchas y rocas que llevaba directamente al mar. Podrían bañarse en los meses de verano y dar largos paseos en invierno.
En verdad, eran muy afortunados de poder vivir tan cerca de las famosas playas de Somerset. Eleanor se lo recordaba a sus hermanos cada vez que podía.
Se dio la vuelta y animó a Pippa para que saliera del carruaje y a Trevor para que ayudara con el trabajo pesado.
—Todo irá bien, Pippa. —Dio unas palmaditas tranquilizadoras a su hermana pequeña—. Ahora hay camas que hacer y habitaciones que ventilar, y debemos empezar a pensar en la cena. —Intentaba mantener un tono alegre para persuadir a su hermana a ponerse en marcha—. La cocinera nos ha preparado suficientes provisiones como para todo el verano —continuó diciendo

cuando llegaban a la pequeña entrada empedrada—. No nos moriremos de hambre.
No todavía, añadió para sí misma.
Pero no dejaría que ese tipo de pensamientos ocuparan su mente aquel día. Este iba a ser su hogar y lo convertiría en un hogar feliz, costara lo que costara.

***

Tristan Grayson miró desde su montura la gran mansión que tenía delante. No sabía qué sentir mientras contemplaba la blanca y brillante fachada que resplandecía bajo el sol del verano. ¿Alegría? ¿Algún tipo de satisfacción? Pero no sintió nada. Al igual que cuando obtuvo el coto de caza de los Gold en Escocia, siete años atrás.
La única vez que había sentido siquiera una pizca de dicha en sus tratos con aquel hombre había sido hacía diez años, la primera vez que apostó contra él. La primera vez que le ganó.
Gold había sido imprudente con sus apuestas, al igual que el padre de Tristan, y cuanto más perdía, más irascible e insensato se volvía.
Tristan dejó el juego para siempre aquella misma noche, en cuanto ganó la casa de los Gold. Esa era la diferencia entre él y los hombres como su padre o el señor Gold: sabía cuándo parar. Incluso entonces no había jugado por diversión, sino para intentar recuperar parte de lo que había perdido su padre a manos de Augustus Gold, lo que lo había llevado a sufrir un infarto fulminante y casi a la muerte, dejando atrás un desastre que su hijo, que entonces tenía veinte años, tuvo que arreglar.
Eso había sido antes de que la suerte de Gold empezara a cambiar, como inevitablemente ocurría con todos los derrochadores como él. Cuanto más perdía, más apostaba, al igual que el vizconde.
Tristan desmontó y subió lentamente los escalones en dirección al pequeño grupo que lo esperaba para recibirlo.
Observó sus expresiones. El mayordomo permanecía impasible y recto, como solían hacer los mayordomos, pero la corpulenta mujer que estaba a su lado, ataviada con un impoluto delantal blanco, y el puñado de criadas y lacayos que formaban el resto de la comitiva, no podían disimular su hostilidad.
Bueno, ¿qué esperaba? ¿No era él, acaso, quien había expulsado de su hogar a los hijos de Gold? Una punzada de culpabilidad intentó manifestarse, pero la rechazó sin contemplaciones.
Por lo que sabía de la familia, las hijas ya tenían veinte y veinticinco años, les había concedido tiempo de sobra para casarse y seguir adelante con sus vidas.
El muchacho tendría... ¿cuántos? ¿Dieciséis? Seguiría al cuidado de una de sus hermanas, pero por poco tiempo. Lo único que él les había requerido era que se marcharan para cuando regresara de la India, donde había pasado los últimos cinco años trabajando e invirtiendo para volver a colmar las arcas familiares.
Cuando regresó, se enteró —demasiado tarde— de que las hijas de Gold seguían solteras y habitando la casa. Lo más probable era que se tratara de unas de esas solteronas raras aficionadas a los libros que se conformaban con permanecer solas. Unos ratones de biblioteca.
Cuando llegó al despacho del abogado de Bath que se había ocupado del asunto ya era demasiado tarde para anular el desahucio, pues la familia ya se había trasladado a una pequeña propiedad que pertenecía a su difunta madre.
Tristan se alegró de que tuvieran algo que su padre no había podido arrebatarles. Nadie conocía mejor el dolor de ver cómo un hombre demasiado egoísta para preocuparse por nada más que sí mismo iba destruyendo tu porvenir.
Cumpliría con su deber moral. Los contactaría, les daría su pésame y expresaría pesar por

haberlos desalojado de su hogar sin saberlo. Luego vendería la propiedad, al igual que había hecho con el resto. Tal vez entonces, cuando se hubiera librado de la residencia más importante de Gold, encontraría la esquiva satisfacción que tanto anhelaba, la satisfacción de haberle quitado todo al hombre que prácticamente había arrebatado la vida a su padre.

El vizconde estaba más muerto que vivo. El infarto le había provocado una apoplejía y ahora no podía andar ni hablar. Era apenas el cascarón de un hombre, y la vizcondesa sufría a diario por ello.

La enfermedad de su padre significó que la gestión de sus tierras y bienes recayera sobre él. A los veinte años, Tristan ya era un genio de las finanzas y había aprovechado sus conocimientos para jugar a las cartas, tal y como había hecho su padre. El día que ganó su primera mano, recuperó parte de las pérdidas, y desde entonces no había dejado de ganar.

La única razón por la que lord Devon no estaba consumiéndose en la cárcel a causa de sus deudas era que su hijo tenía talento para las cartas y los negocios, y lo utilizaba para hacer las cosas bien en lugar de jugarse alegremente el futuro de la familia.

Tristan había regresado de la India triunfante. Su fortuna era ahora abundante, las inversiones que había hecho eran sólidas y producían grandes beneficios.

Este montón de ladrillos que tenía enfrente era lo último que había pertenecido alguna vez a Augustus Gold, lo último que Tristan había conseguido arrebatarle al hombre que destruyó a su familia. El vizconde y la vizcondesa vivían ahora del dinero que les proporcionaba Tristan y que les permitía mantener su estilo de vida y su preciada reputación entre la gente de la alta sociedad.

Se quedaría en Torrell el tiempo suficiente para vender la propiedad, presentaría la más escuetas disculpas a los hijos de Gold y luego se marcharía de allí.

Capítulo Tres

—¡Ellie! ¡Ellie!
Eleanor dejó de trabajar en el huerto y levantó la vista, cubriéndose los ojos para protegerse del radiante sol.
Pippa venía corriendo hacia ella, agitando algo en la mano y más animada de lo que la había visto en mucho tiempo.
—¡Cielo santo! ¿Qué sucede? —preguntó mientras se ponía en pie y se sacudía la suciedad de la falda.
El amplio sombrero de paja que llevaba le protegía la cabeza del sol, pero no hacía nada contra el calor, y volvió la cara hacia la perenne brisa marina.
Tide Cottage era realmente un lugar maravilloso para vivir. Sin embargo, no podía ignorar para siempre sus difíciles circunstancias.
La noche anterior, cuando Mary, Trevor y Pippa se habían ido a la cama, Eleanor había vuelto a revisar las cuentas. El dinero que había conseguido con la venta de sus pertenencias disminuía más deprisa de lo que esperaba. Apenas alcanzaría para pasar el invierno. La mudanza a la casa de campo por sí sola había supuesto un gasto considerable, ya que hubo que acondicionar el cobertizo de las mulas, la vaca y las gallinas para los meses invernales. Seguramente haría más frío de lo acostumbrado estando tan cerca del mar.
Eleanor había estado devanándose los sesos buscando un modo de ganar algo de dinero, pero no lo había conseguido. ¿Cómo iba a decírselo a Pippa y Trevor, que apenas estaban habituándose a vivir en sus nuevas y reducidas habitaciones?
Pippa ya casi había llegado, así que esbozó una sonrisa.
—¡Hay adivinos en el pueblo! —gritó agitando un panfleto ante las narices de Eleanor—. ¿Te lo puedes creer? ¡Qué maravilla! ¡Tenemos que hacerles una visita!
Eleanor puso los ojos en blanco ante el entusiasmo de su fantasiosa hermana.
—¿Eso era todo? —preguntó—. ¿Adivinos?
—¿Te lo puedes creer? —insistió Pippa.
—No, no puedo. —Eleanor cogió el papel y examinó su contenido con escepticismo—. No puedo creer que alguien sea tan tonto como para pensar que estas patrañas son reales.
—¿Qué? —Pippa frunció el ceño—. Pero ¿es que no lo has leído?
Eleanor volvió a mirar.

Ven, desvela los secretos de tu futuro y los misterios de tu pasado.
Conoce tu destino en el amor, la fortuna, el éxito y mucho más.
Deja que la famosa Madame Zeta te lea la mano y observa cómo se hacen realidad todos tus sueños.

Todas tonterías sin sentido. Eleanor suspiró y devolvió el papel a su hermana.
—Pippa, eso es una bobada. La gente no puede leer las palmas de las manos, y desde luego nadie puede adivinar el futuro. No malgastes tu dinero en estas cosas.
—Eleanor, ¡por favor! ¿Cuándo fue la última vez que hicimos algo tonto? ¿Algo divertido? Además, no puedes saber que no es real.
Eleanor fulminó con la mirada a su hermana menor, que, a su vez, la miraba implorante. Tenían

una estatura similar, aunque Pippa era algo más rolliza y tenía unos grandes ojos azules, parecidos a los de Trevor. Los de Eleanor eran una especie de anomalía, de un color verde pálido y penetrante, distinto al de cualquier otra persona de su familia. Si no se hubiera parecido tanto a Pippa y Trevor en otros aspectos, habría dudado de su procedencia. Su padre siempre decía que sus ojos le recordaban a los de un gato y Eleanor no creía que lo dijera como un cumplido.

Pippa sabía utilizar como nadie sus ojos azules de niña inocente para conseguir lo que quería. Sin embargo, no le funcionaría con ella, que sabía que cada céntimo era precioso y no podía malgastarse en falsos adivinos y embaucadores.

—Pippa, no podemos...

La interrumpió el ruido de unos cascos que se acercaban. Ambas alzaron la vista y vieron a un hombre montado en un magnífico corcel.

Eleanor sintió que se le cortaba la respiración. No podía ver gran cosa de él, pero se dio cuenta de que era alto y muy ancho de hombros. La embargó una extraña sensación cuando él llegó a la entrada de la casa y aminoró la marcha, como si un fuego lento y abrasador empezara a fluir por sus venas.

—¿Quién es ese? —preguntó Pippa.

—No tengo ni idea —consiguió responder Eleanor con un repentino e inexplicable nudo en la garganta—. Iré a ver.

—¡Ellie! —La exclamación en susurros de Pippa la hizo detenerse—. ¡No puedes ir así!

—¿Por qué no? —preguntó ella, sintiéndose algo ofendida.

—¡Mírate!

Eleanor miró hacia abajo y vio con consternación que aún llevaba puesto el delantal de jardinera y que estaba cubierto de tierra. Se deshizo de él rápidamente mientras Pippa le sacaba el sombrero.

—¡Quítate esta cosa horrible de la cabeza! —le exigió.

—¡No, Pippa! Deja...

Ya era demasiado tarde. Pippa había desatado la cinta y se lo había quitado antes de que Eleanor pudiera impedirlo. Aquella mañana no había tenido ocasión de recogerse el cabello. En realidad, no le había parecido necesario, ya que no recibían visitas en su pequeña morada. Sus largos mechones dorados le cayeron por la espalda.

Una voz resonó cerca de ellas.

—Disculpad, busco a la señorita Gold.

Los ojos de Pippa se abrieron de par en par y luego se clavaron en Eleanor.

Por su parte, Eleanor dirigió a su hermana una mirada fulminante que prometía represalias antes de echar los hombros hacia atrás y darse la vuelta para dirigirse a su inesperado visitante. Y entonces jadeó en voz alta. No pudo evitarlo. Ante ella se erguía el hombre más guapo que hubiera visto jamás.

Sus ojos lo recorrieron con avidez y voluntad propia. Se alzaba por encima de ella, haciéndola sentir diminuta. Sus hombros eran tan anchos como le había parecido cuando lo vio desde la distancia, sus brazos eran fuertes y su vientre, plano. Lucía un elegante abrigo verde intenso, una especie de pantalones de gamuza y las botas más exquisitas que había visto, negras y relucientes.

Volvió a mirarlo a la cara y vio con mortificación que él la estaba observando mientras ella lo miraba absorta. Sus mejillas se encendieron, pero no por eso dejó de apreciar la recia mandíbula, el cabello castaño que le caía sobre la frente, los penetrantes ojos azules, los labios extremadamente deseables...

—¡Eleanor! —La llamó su hermana, y durante un segundo de locura, temió haber estado

enumerado en voz alta los atributos de aquel hombre.
Sus mejillas se enrojecieron aún más al darse cuenta de que no solo había estado babeando por el forastero, sino que estaba allí de pie, con su cabello suelto como una libertina.
—Sí. ¿Qué? Sí —balbuceó, sintiendo que su vergüenza aumentaba cada vez más. Inspiró profundamente y endureció sus facciones para mostrar una educada indiferencia, como si estuvieran en un salón de baile y no en su huerto de coles—. Soy la señorita Gold —dijo por fin, agradecida de que su voz hubiera salido firme.
—Yo también —intervino Pippa, y Eleanor se volvió para mirarla con el ceño fruncido antes de encararse de nuevo con el desconocido.
—Soy la señorita Eleanor Gold —aclaró—. Esta es mi hermana, la señorita Phillipa Gold. ¿En qué podemos ayudarle?
El desconocido siguió mirándola fijamente un momento más antes de sacudir la cabeza, como si despertara de una especie de trance.
—Señorita Gold... —Su voz de profundo barítono penetró hasta sus terminaciones nerviosas y Eleanor se estremeció.
¡Santo cielo! Aquello era más que ridículo.
Él volvió a quedarse callado y Eleanor frunció el ceño. Le lanzó una rápida mirada a Pippa, pero ella parecía igual de desconcertada.
—¿Sí? insistió.
—Lo siento, yo... —Él volvió a quedarse en silencio una vez más y Eleanor se preguntó si el hombre no estaría un poco mal de la cabeza.
Entonces él sonrió de repente y su sonrisa ladina, mordaz, hizo que a Eleanor se le encogiera el estómago.
—No me esperaba... bueno, a usted —dijo suavemente.
—Bueno, nosotras tampoco lo esperábamos a usted, señor... —dijo ella, intentando ignorar cómo la brisa marina jugaba con su pelo y apretando los puños para no obedecer al loco impulso de hacer lo mismo.
El hombre tomó una profunda bocanada de aire y le dedicó una sonrisa encantadora. Una que, sin duda, habría encandilado a más de una dama.
Pippa suspiró a su lado y Eleanor se puso tensa. Sería muy propio de Pippa enamorarse de un apuesto desconocido que apenas le había dirigido la palabra, pero no era propio de Eleanor. Definitivamente no.
—Soy el señor Grayson —dijo él, y Eleanor se quedó helada—. Tristan Grayson, y yo...
Eleanor no le dio la oportunidad de terminar. ¿Qué había que decir, de todos modos? La furia glacial que había acumulado durante las dos últimas semanas estalló de golpe y se volvió más ardiente que el sol.
—¿Cómo se atreve? —dijo entre dientes.
Vio con cierta satisfacción cómo él abría los ojos y retrocedía un poco. Sin añadir una palabra más, agarró a Pippa y tiró de ella en dirección a la casa.
—¡Señorita Gold, por favor! ¡Déjeme explicarle!
Eleanor oyó que él hombre corría detrás de ellas. ¡Que la condenaran si lo dejaba poner un solo pie dentro de su casa! Ya se había llevado todo lo demás, de aquí no se llevaría ni una bocanada de aire.
—¡Entra! —le ordenó a Pippa, y el hecho de que esta asintiera con los ojos muy abiertos y obedeciera sin rechistar era prueba de lo furiosa que debía estar.
—¿¡Explicar qué!? —preguntó Eleanor mientras daba media vuelta para encararse con él—.

¿Explicar cómo nos lo ha quitado todo? ¿Cómo arruinó nuestras vidas desde niños y cómo ha seguido haciéndolo hasta hoy? ¿Cómo nos ha arrebatado el único hogar que habíamos conocido? ¿Cómo aniquiló para nosotros cualquier posibilidad de futuro?

Lamentaría aquel arrebato. En algún rincón de su mente, sabía que se sentiría avergonzada cuando se le hubiera pasado la cólera, pero ahora solo quería cargar contra él, lanzarle sus palabras como armas arrojadizas y esperar que alguna le hiciera daño.

—¡Es usted un egoísta, un vividor, un canalla! Igual que mi padre. Puede quedarse con la casa de Londres y la casa familiar, puede quedarse con el maldito coto de caza y con todo lo demás que nos ha arrebatado, pero no puede quedarse con esta casa y no puede disponer de un segundo más de mi tiempo. ¡Salga de mi propiedad y no regrese!

Giró sobre sus talones y entró a toda prisa, cerrando la puerta con un satisfactorio golpe.

Pippa estaba de pie en la entrada con los ojos casi fuera de sus órbitas.

—¡Has estado magnífica, Ellie! —exclamó.

Pero ella no se sentía magnífica, se sentía enfadada, humillada, llena de impotencia y ansiedad.

—Coge tu abrigo —le dijo de pronto, y Pippa se sobresaltó al oír su sombrío tono de voz.

Eleanor inspiró para tranquilizarse y no acabar arrancándole la cabeza a su pobre hermana.

—¿Adónde vamos? —preguntó Pippa vacilante.

Necesitaba salir de allí, liberar toda la rabia. Necesitaba distraerse del hecho de que el responsable de su ruina era también la criatura más bella que había visto en su vida.

De pronto, tan solo quería ser joven y despreocupada y olvidarse de que tenía el peso del mundo sobre sus hombros. Solo por hoy. Solo por un momento.

—Iremos a que nos lean la suerte —consiguió decir sonriendo.

Pippa gritó de emoción y salió corriendo.

Quizás la banalidad de una sesión de videncia era lo que necesitaba para olvidarse del exasperante hombre que le había destrozado la vida.

Capítulo Cuatro

Bueno, aquello podría haber ido mejor...

Tristan regresó montando su caballo mientras le daba vueltas al breve pero desagradable encuentro con la señorita Gold. ¡Santo cielo! No había estado preparado para eso. Cuando decidió visitar a la familia, justo después de un almuerzo casi incomible —que estaba seguro de que la cocinera había quemado a propósito—, pensaba que se encontraría con una típica solterona. Puede que ella fuera mayor que las otras solteras que conocía, pero, desde luego, no era una *solterona*.

Cuando llegó al jardín delantero de la casa la rodeó siguiendo las voces, no sabía qué esperarse. Ciertamente, no a dos jovencitas discutiendo por una especie de sombrero. La más pequeña se lo había quitado de la cabeza a la mayor, y Tristan sintió que se le cortaba la respiración al contemplar la cascada de rizos dorados que caía por los esbeltos hombros y descendía por su espalda.

Se le había secado la garganta más que en las arenas del desierto indio y se preguntó si de frente sería tan bella como de espaldas. Entonces ella se dio la vuelta y comprobó que era todavía más hermosa de lo que había imaginado.

La repentina y visceral atracción que lo embargó lo dejó literalmente sin habla, se quedó allí como un idiota, admirando su cuerpo esbelto, ataviado con un sencillo vestido blanco; sus labios rosados, carnosos y deseables, sus mejillas enrojecidas y sus increíbles ojos verdes como el hielo.

¿Cómo demonios podía seguir soltera?

Todo iba a las mil maravillas. Tristan disfrutaba de las vistas y se disponía a seducirla, algo que le resultaba tan fácil como respirar. Sí... Todo iba estupendamente bien hasta que abrió la boca y les dijo quién era él.

Nunca había temido por su vida ante el simple desplante de una dama, pero intuyó que si la deliciosa señorita Gold hubiera tenido un arma en las manos, ahora estaría abonando el terreno.

Montó a Odín, su semental, con el ceño fruncido. Cuando empezó a despejar su mente de la visión de Eleanor Gold, reflexionó sobre aquel breve encuentro. Aunque la casa de campo estaba muy bien ubicada, era apenas más grande que las modestas viviendas que él alquilaba como arrendatario.

No había visto sirvientes, y el vestido que ella llevaba —que se había tomado el tiempo de estudiar—, aunque se veía de buena calidad, desde luego no era el más elegante. Se le encogieron dolorosamente las tripas. En el fondo, sabía bien lo que le estaba haciendo a la familia de Augustus Gold.

Cuando se enteró de la muerte de aquel canalla, pudo haberlo dejado todo como estaba, pero no, el deseo de venganza lo había llevado a endurecer su corazón e ignorar el hecho de que ya no estaba castigando a Gold, sino a sus hijos. Entonces no le había importado, actuaba impulsado por una necesidad imperiosa de apropiarse de todo lo que alguna vez había pertenecido a aquel hombre.

Lo que realmente había hecho era llevar a aquellas dos muchachas a la pobreza. No podían trabajar como cualquier persona de las clases bajas para ganarse el sustento, y era evidente que carecían de medios para trasladarse a Londres y buscarse un marido que se hiciera cargo de ellas.

A Tristan se le hizo un nudo en la garganta cuando comprendió las verdaderas consecuencias de

sus actos. Y peor aún, incluso sabiendo lo que había hecho, no podía librarse del deseo que le calentaba la sangre cada vez que pensaba en la señorita Gold, en sus ojos cautivantes y en ese cabello que no podía sentarle mejor.
Había planeado pasar solo una o dos noches en Torrell, echar un vistazo a la propiedad y luego dejar el asunto en manos de sus abogados para que tramitaran una venta rápida. Sin embargo, ahora se sentía impelido a quedarse.
Aún no sabía muy bien qué es lo que quería hacer, pero sabía con certeza lo que no quería: alejarse de Eleanor Gold.

***

Aquello era todo tan absurdo como supuso que sería. A Eleanor prácticamente se le salieron los ojos de las órbitas al ver la escena que tenía delante.
Era bonito, tenía que admitirlo; y la distraía, que era lo que buscaba. Mirara donde mirara, había tiendas y caravanas de vivos colores, banderas ondeando y una cacofonía de voces y chillidos de jovencitas tan impresionables como Pippa.
Trevor había regresado de hacer unos recados en el pequeño pueblo pero no quiso acompañarlas. Últimamente había pasado el tiempo desbrozando los jardines que rodeaban la casa y Eleanor prefería que siguiera haciendo trabajo físico, ya que, en su opinión, lo ayudaba a controlar la ira que sentía por las cartas que les había repartido el destino.
Sonrió amargamente ante la ironía. Habían sido justamente las cartas las que los habían arrastrado a aquel desastre.
Eleanor recorrió con la mirada los grupos de caravanas y gente que había por todas partes, escuchando sin prestar atención a la conversación de Pippa, cuando sus ojos se posaron en un vehículo pintado de muchos colores. Sin pensarlo, se encaminó hacia él. Sus pies se movían por voluntad propia.
La caravana era de líneas redondeadas, como la mayoría de los transportes gitanos, y no era muy diferente de las otras que tenía a su alrededor, pero había algo en ella que la atraía, por irracional que eso fuera. Si Pippa le hubiera dicho algo tan tonto, se habría reído de ella.
Al acercarse al vehículo, una figura emergió del interior. Eleanor jadeó y la embargó una extraña sensación de calor. Mientras admiraba a la hermosa y exótica mujer, esta, a su vez, tenía sus ojos azul grisáceo clavados en ella y Eleanor tuvo la no del todo agradable sensación de que podía ver a través de su alma.
—¡...Y la señorita Halloway me contó que el adivino fue capaz de decirle la edad exacta del barón! —Pippa seguía parloteando sin prestar atención a dónde la llevaba su hermana—. Solo se equivocó en unos pocos años, ¿verdad?
Eleanor echó un vistazo al letrero que había a la entrada de la caravana: *Madame Zeta*. Era el nombre que aparecía en aquel ridículo panfleto que Pippa había sacado de quién sabía dónde. Volvió a levantar la vista y estudió a la mujer que tenía delante. Aunque sus ojos eran del color de un océano en invierno, su piel era más oscura que la de cualquier persona que hubiera visto antes, de un hermoso color miel. Su cabello era negro azabache y corría por su espalda como un manto de cielo nocturno. Era preciosa, pero ese no era su rasgo más llamativo, sino la expresión de sus ojos, unos ojos que parecían pertenecer a un antiguo sabio, a un ser mítico; y en ellos había un dolor que a Eleanor le pareció demasiado pesado para que alguien pudiera soportarlo.
Sin embargo, allí estaba ella, en medio de un campamento gitano, con la espalda recta y la barbilla orgullosamente alzada; tenía el porte de una dama, si no el de una reina.
—¡Oh! ¡Es Madame Zeta! —susurró Pippa emocionada—. ¡Por favor, entremos, Ellie!
Eleanor sabía que debió decir que no, que no podían gastar su precioso dinero en esas cosas.

Cosas en las que ella ni siquiera creía.
¿O sí?
Algo en su interior la apremiaba a entrar a que le leyera la mano, que le adivinara el futuro. ¡Pero eso era una tontería!
Sacudió la cabeza y retrocedió un paso cuando sus ojos se posaron en el collar de Madame Zeta. Otra vez apareció aquella extraña sensación de calor y era como si emergiera de aquel talismán.
Sin dudarlo ni un instante, avanzó para detenerse delante de la exótica desconocida. Estaba actuando de una forma inusual, lo sabía, y estaba mirando groseramente la pieza que la mujer llevaba colgada del cuello.
—Se llama El Camino de la Vida. —Madame Zeta habló de un modo que parecía el de alguien muy culto y educado.
Eleanor no sabía qué se esperaba, pero no era alguien que podría estar adornando el salón de cualquier casa de la alta sociedad.
—¿Qué es lo que hace? —preguntó, y notó que su voz sonaba un poco ansiosa.
—¿Hacer? —Madame Zeta esbozó una sonrisa amable—. No es más que un collar.
—¿Qué significa, entonces?
—Representa los muchos caminos que uno puede escoger, las múltiples direcciones que puede tomar la vida. El círculo interior es infinito. —Eleanor miró a Madame Zeta a los ojos—. Nunca cambia, es constante y perpetuo. No importa el camino que se tome, las elecciones que se hagan, la pieza central, la que te representa a ti, es inamovible. Las circunstancias pueden transformarse para cualquiera de nosotros, pero la esencia de lo que somos es inmutable.
Eleanor sintió repentinas ganas de llorar. Las palabras de Madame Zeta la reconfortaron de un modo inimaginable.
Sin importar lo que les ocurriera a los hermanos Gold, sin importar las decisiones que tomasen ni las que otros habían tomado por ellos, siempre se tendrían el uno al otro. Siempre se amarían.
La promesa que Eleanor les había hecho a sus hermanos hacía tantos años pesaba sobre sus hombros, tanto que a veces temía que la aplastara. Sin embargo, el camino de la vida, aunque los había llevado lejos de lo que había imaginado y deseado, nunca pudo debilitar el amor que sentía por sus hermanos ni la voluntad de hacer lo mejor para ellos.
En silencio, la adivina hizo un gesto con la cabeza en dirección a la caravana.
No insistió, no intentó de venderles ningún hechizo absurdo ni les habló de forma disparatada; tan solo se quedó allí de pie, plácida y paciente, y aunque fuera una locura, Eleanor tomó aire y entró.

Capítulo Cinco

El interior de la caravana era justo como se lo imaginaba. Estaba tapizado de pañuelos, iluminado tenuemente por farolillos de diferentes formas y tamaños y desprendía un olor exótico y embriagador que a Eleanor le hacía pensar en tierras y gentes remotas.

—Por favor, siéntate —le pidió Madame Zeta.

Eleanor se acercó a un taburete de poca altura que estaba situado frente a ella. Pippa se dejó caer ruidosamente a su lado con los ojos abiertos como platos, fascinada por todo lo que la rodeaba.

—¡Esto es maravilloso! —dijo en voz demasiado alta.

Eleanor se mordió el labio. De pronto se sintió arrepentida de su impetuosidad, no sabía qué iba a decirle Madame Zeta, pero estaba segura de que no querría que Pippa lo escuchara.

—Quizás... —empezó a decir, pero Madame Zeta la interrumpió.

—Querida, ¿podrías permitirnos a tu hermana y a mí hablar a solas? Si quieres, después te leeré la mano a ti.

Pippa miró a Eleanor, pero esta no discutió. En su lugar, se sentó culposamente mientras Pippa se disponía a marcharse.

—Ellie, ¿debería...?

—Solo será un momento, Pip —respondió Eleanor, rogando que su hermana comprendiera la necesidad de escuchar en privado lo que Madame Zeta tuviera que decirle.

Pippa pareció sorprendida, pero no disgustada.

—Entonces daré una vuelta por ahí —dijo.

—No vayas muy lejos —le advirtió Eleanor.

Cuando Pippa salió por la pequeña puerta de madera, Eleanor se sintió inexplicablemente nerviosa. Sin embargo, en cuanto se encontró con la mirada de Madame Zeta, una repentina calma se apoderó de ella.

—Muy bien, comencemos —dijo la adivina.

Eleanor extendió la mano con la palma hacia arriba y esperó con expectación.

Miró su propia mano mientras Madame Zeta la tomaba delicadamente entre las suyas y le entristeció ver lo áspera que estaba su piel.

Era una muestra de vanidad preocuparse de que sus manos estuvieran maltratadas por el trabajo, pero aquello era una prueba visible de lo bajo que habían caído, de lo mucho que había fracasado en protegerlos a todos, de cuánto los había defraudado...

—Las cosas no han sido fáciles para ti. —La voz de Madame Zeta era sosegada y relajante—. No has disfrutado de las comodidades que debiste tener. Las que esperabas tener.

Eleanor hizo una mueca incómoda. Que aquella mujer reprodujera sus pensamientos la avergonzaba, dado lo egoístas que eran.

—Hace que parezca una consentida —rio.

La adivina la miró fijamente, en sus ojos no había más que bondad y comprensión, además de esa tristeza que parecía tan presente en ella.

—No tiene nada de malo llorar la pérdida de una vida que creíamos que íbamos a tener. Cuando abrigamos expectativas, cuando tenemos esperanzas y nos las arrebatan cruelmente, está bien que nos aflijamos. Tenemos derecho a lamentarnos por las cartas que nos han tocado.

Eleanor parpadeó sorprendida por las palabras que acababa de utilizar Madame Zeta. Era justo lo que había pensado hacía un momento. Pero fueron sus palabras anteriores lo que más llamó su

atención, aquellas que la reconfortaron tanto. Sin pensarlo, apretó su mano color miel en señal de simpatía y gratitud.
Madame Zeta le sonrió afablemente y, sin decir nada, volvió a extender su palma para seguir leyendo.
Mientras, Eleanor estudiaba el talismán que le colgaba del cuello y una vez más la invadió aquella extraña sensación de calor. Aquel objeto parecía brillar, aunque estaba hecho de un metal apagado y desgastado.
Apagado y desgastado... Igual que ella. Qué pensamiento tan deprimente.
Madame Zeta volvió a hablar y Eleanor tuvo la inquietante sensación de que la mujer era capaz de leer sus pensamientos.
—Sí, las cosas han sido difíciles para ti, querida, pero no tienen por qué seguir siéndolo. Tienes un corazón bondadoso y una mente aguda, no dejes que te dominen la venganza y la ira.
Eleanor no pudo reprimir un grito ahogado. ¿Cómo podía saber ella que no había sentido más que ira y deseos de venganza desde la visita del detestable señor Grayson de aquella tarde?
—A veces es difícil perdonar los pecados del pasado. Algunas personas se dejan enredar en acciones vengativas o crueles, y eso las ciega a lo bueno que tienen delante, las encadena a lo malo. No dejes que te suceda a ti, querida.
—Yo no... —empezó a decir Eleanor, pero Madame Zeta aún no había acabado. Las palabras salían disparadas de su boca como si no las controlara, como si brotaran por sí solas.
—Un enemigo de la infancia volverá a tu vida. No dejes que sus pecados del pasado empañen tu visión del futuro.
Un enemigo de la infancia... ¡Grayson! El maldito Tristan Grayson.
Todos sus problemas habían empezado debido a la relación de este hombre con su padre. Pero ¿por qué? Eso era algo que Eleanor nunca se había detenido a pensar hasta ahora. ¿Por qué era Grayson quien se había hecho con todas las propiedades de su padre? Parecía que iba resueltamente a por él, que él era su objetivo.
Y si era así, ¿qué le había hecho su padre para provocar una respuesta tan rotunda?
Eleanor se sintió angustiada al pensar en las posibilidades.
Pero los pecados de su padre no eran suyos, tampoco de Pippa ni de Trevor, y sin embargo eran ellos quienes pagaban el precio. ¿Cómo podía ella impedir que eso condicionara el futuro? Bueno, ya no tenía importancia, era poco probable que volviera a verlo, no podía ser eso a lo que se refería Madame Zeta.
¿Y por qué había pensado inmediatamente en él? Pues porque no tenía otros enemigos, lo cual demostraba que todo aquello de la adivinación no era más que una tontería.
De pronto se sintió frustrada consigo misma por haberse dejado arrastrar hasta allí, con Grayson por entrometerse en sus pensamientos y por tener el descaro de ser tan apuesto cuando era una persona horrible, y con Madame Zeta por haberla embaucado.
Se levantó bruscamente.
—Creo que ya es suficiente —dijo—. Gracias por su tiempo.
Rebuscó en su bolsa y sacó una moneda. Sin pronunciar palabra, se la tendió a la adivina, que permaneció sentada.
Madame Zeta estudió el rostro de Eleanor durante lo que le pareció una eternidad antes de extender la mano y aceptar la moneda con un gesto señorial.
Eleanor se dio la vuelta para marcharse. Se sentía todavía peor que antes de entrar a aquella estúpida caravana, pero, antes de salir, Madame Zeta volvió a hablar:
—¿Sabes? —dijo en voz baja, y Eleanor se detuvo—. Los problemas que te quitan el sueño por

las noches, las preocupaciones que pesan sobre tus hombros, tienen arreglo. —Eleanor se dio la vuelta para mirar a la misteriosa mujer cuyas palabras parecían hablarle directamente a su alma —. Utiliza tus virtudes, querida, no te escondas de ellas. No tienes por qué seguir los pasos de los que vinieron antes.

Eleanor sonrió rígidamente, volvió a darle las gracias y salió de la caravana.

No tenía ni idea de lo que significaba aquello último: utilizar sus virtudes... No seguir los pasos de los demás... Las únicas virtudes que tenía, en realidad, eran su talento con los números y —para su deshonra— una asombrosa habilidad para las cartas. Su padre le había enseñado cuando era pequeña, antes de que empezara a obsesionarse con el juego, la bebida y lo que fuera que hacía en los muchos antros que frecuentaba. Pero ¿de qué le iba a servir eso ahora?

Eleanor agachó la vista, de pronto hastiada de las tiendas de colores brillantes, de los gritos, las risas y el alboroto. La cabeza le daba vueltas y sentía náuseas; sin duda, causadas por los intensos aromas exóticos que flotaban en el reducido espacio de la caravana.

Solo tenía que encontrar a Pippa. La brisa marina que se respiraba cerca de la casa seguramente le despejaría la mente y...

—¡Señorita Gold!

Una voz muy masculina y relativamente familiar la saludó.

¡Oh.. No, no, no!

Eleanor fingió no haber escuchado y cambió de dirección apresuradamente.

—¡Señorita Gold!

¡Maldita sea! ¿No se daba cuenta de que lo estaba evitando?

Una mano la tomó del codo y Eleanor se sobresaltó.

—¡Ellie! —Era Pippa. Eleanor dejó escapar el aliento—. ¿No has oído que el señor Grayson nos llamaba?

Eleanor se fijó en la sombra que se cernía sobre su hermana y alzó lentamente la vista para encontrarse con el señor Grayson, que le sonreía como si no tuviera ninguna preocupación en el mundo.

—¿Qué quiere? —le espetó, sin importarle ser más grosera de lo que había sido en su vida.

—¿Yo? —parpadeó él inocentemente—. ¡Oh, nada! Solo disfruto de perseguir mujeres a los gritos para que me ignoren.

Eleanor entrecerró los ojos, e incluyó a Pippa en su gesto de amonestación cuando su traidora hermana soltó una risita.

—Bueno, me alegro de que haya conseguido lo que quería. Tenga usted buenas tardes.

Por segunda vez aquel día, tomó de la mano a su hermana y la arrastró lejos del señor Grayson.

—Ellie, estás montando una escena —le advirtió Pippa entre dientes.

Así era, pero no le importaba.

Los Gold habían crecido allí, todo el mundo la conocía, excepto el señor Grayson y los adivinos ambulantes. Todos sabían que Eleanor Gold no era de las que montan una escena sin motivo. Todos conocían su vergüenza de tener que mudarse del único hogar que habían conocido a una pequeña casa de campo apartada. Sabían que no tenía dinero. Sabían que era una solterona de veinticinco años. En resumen, no le quedaba mucha más humillación que soportar ante los habitantes de Torrell. En cualquier caso, prefería pasar vergüenza antes que tratar con Grayson.

—Señorita Gold, por favor, ¿me concede un momento de su tiempo?

—¿No ha obtenido bastante de nosotros, señor Grayson? —le espetó mientras se alejaba de él a toda prisa.

—De eso quería hablarte —dijo él con naturalidad, como si ella no estuviera intentando escapar

de él frente a la multitud, como si estuvieran dando un agradable paseo por Hyde Park.
Eleanor decidió que lo mejor que podía hacer era ignorarlo. Si lo ignoraba, se marcharía y, con un poco de suerte, ya no volvería.
Llevaba a Pippa a marchas forzadas y en total silencio mientras Grayson no dejaba de parlotear.
Algunas de las cosas que decía eran fáciles de ignorar, aunque en realidad le hubiera encantado oírlas en detalle: sus viajes por la India, sus inversiones en nuevos emprendimientos... Otras eran difíciles de no responder, como lo agradable que era Torrell, lo bien situado que estaba, cuánto le gustaría pasar más tiempo allí... Pippa intentó hablar una o dos veces, pero los apretones de mano de Eleanor se aseguraban de que eso no sucediera.
Al cabo de un interminable trayecto, por fin se divisaba Tide Cottage y Eleanor exhaló un suspiro de alivio. Cuanto antes se alejaran de aquel hombre detestable, mejor. Tenía los hombros agarrotados de tanto contenerse, de rehusarse a responder, de rehusarse siquiera a mirarlo. Se resistió también a fijarse en el mechón de pelo castaño que le caía insistentemente sobre el rostro y a no consentir que su mano se alzara para apartarlo. Y se negó rotundamente a dejar que su mente se distrajera pensando en cómo sería que él la estrechara entre sus fuertes brazos, que ella se volviera para mirarlo de frente, que él se acercara lentamente y...
—¡Ellie!
—¡Sí! ¿Qué?
Volvió de golpe al presente y se le enrojecieron las mejillas al ver que el señor Grayson y Pippa estaban parados en la entrada con la misma expresión de perplejidad, y que ella había pasado de largo la puerta.
Era todo culpa de él...
Contuvo las ganas de dar un pisotón en el suelo. Retrocedió, volvió a agarrar a Pippa del brazo y se la llevó a rastras por el sendero de la casa.
—Señorita Gold, realmente quiero hablar con usted y explicarle...
Eleanor no escuchó el resto de sus palabras después de cerrarle la puerta en la cara por segunda vez aquel día.
Ese hombre les había quitado todo. ¿Qué más quería?

Capítulo Seis

—¡Desde luego, no harás semejante cosa!

Eleanor suspiró. En aquel largo día no paraban de aparecer las dificultades.

Había ayudado a Mary a preparar una cena sencilla pero deliciosa de estofado de conejo y pan recién horneado, pero la criada no quería ni oír hablar de que los hermanos Gold ayudaran a fregar los cacharros o a recoger, así que los envió a los tres al pequeño salón, como si aún vivieran en una gran mansión.

—Vuestra casa puede haber cambiado, pero seguís siendo de clase alta —les había dicho con rotundidad cuando Eleanor intentó discutir.

Aunque era pleno verano, podía refrescar bastante por la noche, dada la cercanía al mar, así que Trevor encendió un pequeño fuego en la chimenea y Eleanor puso velas para que pudieran leer o coser. Todavía no habían llegado al punto de necesitar ahorrar velas, aunque no sería por mucho tiempo.

Sin embargo, en lugar de dedicarse a leer o a coser, Eleanor estaba enzarzada en una discusión con su temperamental hermano.

—Pero, Ellie, ¡podría ganar algo de dinero!

Eleanor quería gritarle, embestir contra su necedad, pero eso no le serviría de nada. Trevor estaba en una edad en la que debería empezar a salir al mundo, vivir aventuras y conocer lugares maravillosos antes de establecerse en la vida de un terrateniente, pero él quería ser el hombre de la casa y cuidar de sus hermanas, Eleanor lo sabía.

Pero eso no era posible, y menos de esta manera.

Trevor tenía mucho de la impetuosidad de su padre. Por desgracia, también parecía haber heredado su poco talento para las cartas.

—El juego es lo que nos ha metido en este lío en primer lugar, Trevor —lo reprendió suavemente.

Cuando Eleanor supo que existía un antro entre Torrell y Shepton, un pueblo vecino mucho más grande que este, se horrorizó. Siempre había supuesto que su padre se dedicaba a sus juegos de azar en Bath y en Londres, cuando se abría la temporada; sin embargo, era lógico suponer que también habría apostado con frecuencia allí, en Torrell, para haber conseguido dilapidar en tan poco tiempo la inmensa riqueza que poseía la familia Gold desde hacía generaciones.

—Yo no soy como papá, Ellie —le imploró su hermano pequeño—. Sé cuándo parar.

Sí, pero no sabes jugar, pensó ella.

Trevor no tenía aptitudes para las cartas, y tampoco Pippa; era Eleanor quien había demostrado poseer asombrosas habilidades. Desde la infancia, era capaz de recordar todas las cartas que se habían jugado y de calcular números grandes con suma facilidad.

—A veces los botes son muy grandes, Ellie. ¡Enormes! Incluso ganando uno o dos, supondría una gran diferencia para nosotros, teniendo en cuenta nuestras circunstancias.

Pippa había dejado de coser y ahora los miraba. Eleanor podía ver el entusiasmo en el joven rostro de Trevor y la esperanza en el de Pippa, pero el riesgo era demasiado grande. Apostar siempre era riesgoso y, además, las capacidades de Trevor no estaban a la altura.

Una idea empezó a fraguarse en lo más recóndito de su mente. Una idea tonta, irracional, disparatada. Intentó rechazarla, pero fue imparable. Una vocecita que se hacía cada vez más fuerte decía: *yo podría hacerlo, nunca he perdido una sola partida*.

Pero no. ¡No! No sería como su padre, no apostaría lo poco que les quedaba para sobrevivir.
Pero ¿cuánto tiempo podremos sobrevivir? No tenemos ingresos, solo los ahorros que hemos acumulado, y eso disminuirá rápidamente.
Conseguirían trabajo. Pippa podría ser institutriz y Trevor aprendiz en alguna parte.
¿Y yo qué haré? ¿Y Mary? Su lealtad ha sido invaluable.
No quería ni pensarlo. Era una locura, una insensatez.
—Bueno, ¿entonces qué vamos a hacer para conseguir dinero? —preguntó Trevor empecinado.
Eleanor ahogó un suspiro. Era terco como una mula.
—Estamos bien —respondió ella, sintiendo que la sonrisa le rasgaba la cara.
—No podemos seguir así para siempre, Ellie.
La débil objeción procedía de Pippa, y a Eleanor se le encogió el corazón al ver la preocupación en los azules ojos de su hermana y la frustración en los de Trevor.
Durante mucho tiempo había intentado protegerlos de la dura realidad de sus vidas.
—Ya no somos niños —continuó Pippa, como si hubiera leído sus pensamientos—. La mayoría de las muchachas de mi edad están casadas o, al menos, contemplan la idea.
Eleanor sintió que la invadía una oleada de vergüenza. Sí, Pippa debería estar en el mercado matrimonial y Trevor debería estar a punto de marcharse a la universidad, pero nada de eso había sido posible y estaban atrapados en aquel horrible callejón sin salida.
—No digo que quiera casarme, pero pronto seremos cuatro adultos que alimentar y sin ningún ingreso. ¿Cómo vamos a hacerlo?
Había sido una tontería, quizá incluso injusto, tratar a Pippa y a Trevor como niños, pues ya no lo eran, y tampoco eran estúpidos. ¿Cómo pudo no comprender que tendrían las mismas preocupaciones que ella?
—Tendremos que trabajar, Pip. Eso es todo. Tú puedes ser institutriz y Trevor... —se volvió hacia su hermano pequeño—. ¿Qué te gustaría hacer?
—Ya sabes lo que quiero hacer —respondió él en voz baja.
Sí, lo sabía. Desde que recibió su primer puñado de soldaditos de juguete, Trevor había querido alistarse en el ejército real. Quería ser un oficial comisionado, como correspondía a un Gold.
—No podemos permitirnos pagar una comisión —murmuró Eleanor con las mejillas encendidas por la vergüenza.
—Ahora no —replicó él—, pero si me dejaras...
Eleanor sintió que la cólera se apoderaba de ella. Aquel día había sido, cuando menos, espinoso, ¿y ahora esto?
Sabía que si Trevor tuviera acceso a algo de dinero, ya habría ido a apostarlo. Pero ella estaba a cargo de las cuentas familiares y solo ella sabía dónde se conservaban sus fondos. No porque no confiara en sus hermanos, sino porque necesitaba llevar las cuentas de cada céntimo.
—Trevor, no vas a...
Un golpe en la puerta interrumpió lo que seguramente se convertiría en una fuerte disputa y los hermanos parpadearon sorprendidos. Los únicos que se habían dignado a visitarlos en su nueva morada habían sido la mujer del vicario y ese maldito Tristan Grayson.
Sus amigos y los habitantes del pueblo seguían siendo cordiales con ellos, pero, como solía ocurrir en estos casos, el bochorno, el no saber qué decir, los mantenía distanciados.
—¡Voy yo! —gritó Mary desde la cocina antes de atravesar el salón hasta el pequeño vestíbulo.
¿Quién demonios llamaría a esas horas de la noche?
—Soy Tristan Grayson, vengo a ver a los hermanos Gold.
Eleanor alzó la vista al cielo cuando el suave sonido de su voz se coló en la apacible morada.

Imploró a los hados que la dejaran en paz aunque fuera un rato, pues, sin duda, ya se habían divertido con ella lo suficiente.

***

El mayordomo que había quedado en la casa de la familia le había explicado a Tristan, con tono inexpresivo e impasible, que la mujer que fue la doncella de la difunta señora Gold se había marchado de allí y estaba con los hermanos en Tide Cottage.

Tristan supuso que aquella mujer corpulenta de ojos saltones que tenía enfrente sería la misma persona. Por un momento, pensó que no lo dejaría entrar, pero después de examinarlo de los pies a la cabeza, dio un paso a un costado.

Dándole las gracias con la cabeza y sin recibir respuesta alguna, Tristan entró en el pequeño salón. Recorrió rápidamente la habitación con la mirada y sintió lo que se estaba convirtiendo en un habitual aguijonazo de culpabilidad. Había reducido a la familia Gold a esto por pecados que no eran suyos.

Había estado reproduciendo una y otra vez las amargas y furiosas palabras que Eleanor Gold le había dirigido: «¿Explicar qué? ¿Explicar cómo nos lo ha quitado todo? ¿Cómo arruinó nuestras vidas desde niños y cómo ha seguido haciéndolo hasta hoy? ¿Cómo nos ha arrebatado el único hogar que habíamos conocido? ¿Cómo aniquiló para nosotros cualquier posibilidad de futuro?».

Se merecía aquellas palabras. Se merecía su condena. Pero eso no hacía que fuera más fácil de afrontar.

«¡Es usted un canalla! ¡Un jugador, igual que mi padre!».

Aquello había sido todavía más difícil de tragar, pero desde la perspectiva de la muchacha, no era desacertado.

Había sido una mera coincidencia encontrarla aquella tarde en la feria. Había estado paseando por el pueblo, adaptándose al sitio en el que viviría durante un tiempo. No tenía intención de marcharse hasta que supiera que los inocentes hijos de Augustus Gold estarían bien. Y si resultaba que veía a la bella Eleanor Gold y pasaba algún tiempo en su compañía mientras lo hacía, pues no sería más que una feliz consecuencia de ello.

Sus ojos se posaron rápidamente en el objeto de casi todos sus pensamientos desde que llegara al ajetreado pueblo, y esta vez no fue su estómago el que se tensó.

¡Diablos! Era hermosa. No comprendía cómo había escapado de las garras del párroco. No había ningún hombre que, al mirarla, se preocupara lo más mínimo por su precariedad económica. Si a eso le añadíamos su agudeza y su fogosa personalidad, tendrían que haber trepado unos encima de los otros para poder llegar a ella. Se alegró más de lo normal de que no estuviera casada.

Sus insólitos ojos verdes, en los que no había podido dejar de pensar desde aquella mañana, se encendieron en llamas al mirarlo y no pudo evitar ser atravesado por una descarga de lujuria.

Ahora llevaba el cabello recogido, observó con cierta decepción. Antes, en la feria, lo llevaba cubierto con un delicado sombrero blanco y Tristan se prometió a sí mismo que volvería a verlo suelto, cayendo por su espalda como rayos de sol.

—¿Quería algo, señor Grayson, o es que nuestra palaciega residencia lo ha dejado mudo?

¡Cielos! ¡Sí que tenía la lengua afilada!

Fue incapaz de reprimir una sonrisa ante su glacial desdén. Vislumbraba el fuego que había bajo su fría y calculada superficie.

—Quería hablar con vosotros —dijo por fin, y consiguió apartar los ojos de ella para mirar a la guapa hermana menor que había conocido antes y al joven rubio con aspecto enfadado, que seguramente sería su hermano.

—Bueno, estamos bastante ocupados —respondió Eleanor sin dar oportunidad a sus hermanos

de abrir la boca—. Y por si no lo he dejado claro antes, *dos veces* —recalcó—, no tenemos ningún interés en usted ni en nada de lo que tenga que decir.
¡Vaya si era testaruda! Pero él también lo era, y su conciencia no le permitiría dejar así las cosas.
Tristan hizo grandes esfuerzos para encontrar algo que pudiera calar en ella, algo que la hiciera escucharlo.
—Debe marcharse —dijo el muchacho.
Tenía la boca arrugada, como su hermana mayor, aunque sus ojos eran azules.
Un rápido vistazo a la otra señorita Gold le reveló que ella era más amistosa que sus hermanos, pero, sin duda, no era la que estaba al mando, de modo que no le sería de mucha ayuda. Se dio la vuelta para marcharse con la frustración quemándole por dentro. ¿Por qué no le hacía ni puñetero caso? Sí, los había castigado por los errores de su progenitor, pero estaba arrepentido y estaba intentando arreglarlo.
Tristan se detuvo ante ese pensamiento y volvió sobre sus pasos. Volvió a fijar su mirada solo en la señorita Gold, era casi imposible reparar en nadie más cuando estaba ella en una habitación. Aunque no era especialmente alta, se erguía como una guerrera amazona: altiva, orgullosa y protectora de quienes estaban a su cuidado.
Pero ¿quién la protegía a ella? ¿Quién cuidaba de ella?
—¿Nunca se ha preguntado por qué? —inquirió calmadamente—. ¿Por qué fui yo ante quien su padre perdió una y otra vez? ¿Por qué fui la única persona que se llevó todo lo que poseía?
Algo centelleó en sus ojos verdes. Sus hermanos se volvieron para mirarla interrogantes, no reaccionarían a menos que ella lo hiciera. Y no lo hizo.
Con un suspiro, Tristan se volvió hacia la puerta principal y se introdujo en la fría noche. Haría falta algo más para llegar hasta ella. Eleanor Gold no cedería un ápice ni aunque quisiera, pero él tampoco lo haría.

Capítulo Siete

—¿Qué crees que quería decir? —susurró Pippa como si temiera hablar en voz alta, pero fue suficiente para que todos se pusieran en movimiento.

Mary salió de detrás de la puerta, donde claramente había estado escuchando a hurtadillas, y Pippa y Trevor se dirigieron a ocupar sus asientos. Solo Eleanor permaneció de pie. Por mucho que intentara que no le importara, quería saber qué era lo que había hecho su padre. Quizás una insensata parte de ella quería creer que Grayson no era un frío e insensible cretino, sino que había actuado por rabia, que había cometido un error.

—¿Quién sabe? —El tono de Trevor era demasiado amargo para alguien tan joven—. Pudo ser cualquier cosa, tratándose de nuestro padre.

De repente, los pies de Eleanor estaban moviéndose. No quería hacer conjeturas, quería saberlo. Necesitaba saber la verdad. Sin decir nada, corrió hacia la puerta y se internó en la oscura noche.

Grayson estaba a punto de montar su caballo cuando ella llegó corriendo al jardín. Se volvió al oírla y, a la luz de las estrellas, Eleanor vio un destello en sus ojos que le cortó la respiración, pero desapareció en un instante.

Él avanzó en su dirección y se detuvo a unos centímetros de ella con una mirada inexpresiva en el rostro.

—¿Qué ha hecho? —preguntó, o más bien le exigió.

Él la estudió durante un instante con su penetrante mirada azul, posándose en sus labios antes de volver a sus ojos.

—Tengo muchas cosas que contarle, señorita Gold —dijo suavemente, y Eleanor sintió el repentino y frenético impulso de arrojarse a sus brazos.

¿Qué demonios le pasaba?

—No hay muchas cosas que me interese saber, señor Grayson —replicó ella mordazmente, pero su respiración agitada arruinó un poco el efecto dramático—. Solo dígame qué le ha hecho mi padre, al menos para saber la razón por la cual usted nos ha hecho esto a nosotros. Levantó una mano para señalar a la casa.

La verdad era que a Eleanor le gustaba mucho aquella finca, cada día más, y no se podía pedir una mejor ubicación. Se despertaba con el sonido de las olas y el reclamo de las gaviotas, y todas las ventanas traseras daban al vasto océano. Podría vivir felizmente allí si supiera que Pippa y Trevor estarían bien.

—Lo siento —soltó de pronto Grayson—. Siento que vivan aquí, que yo los haya reducido a esto. Yo no... —Vaciló, y parecía tan sinceramente afligido que Eleanor sintió una ínfima simpatía por él—. No sabía que los hijos de Augustus seguían en la casa, señorita Gold. Supuse que... bueno...

—Supuso que a la edad de veinticinco años ya estaría casada y alguien se ocuparía de mí. —Acabó la frase por él sin rastro de amargura o enfado en su voz. Era una suposición comprensible —. Pero, verá, mientras usted se quedaba con las propiedades, mi padre se dedicaba a apostar el dinero. No quedó nada para que yo pudiera presentarme en sociedad, y menos aún para Pippa; y, durante los últimos cinco años he estado ocupada intentando impedir que nos arruinásemos por completo, de modo que encontrar pareja no ha sido precisamente una de mis prioridades.

Tristan se estremeció.

—Quiero ayudarlos —dijo al cabo de un momento con la voz ronca—. He pasado tantos años

centrado en vengarme de su padre que no me di cuenta, o no quise darme cuenta del daño que estaba causando a personas inocentes, y lo siento de verdad. Pero puedo arreglarlo. Puedo...
—¿Arreglarlo? —lo interrumpió Eleanor. Le ardieron las mejillas al comprender que para él no eran más que una obra de caridad. Era humillante—. He venido para averiguar qué hizo mi padre, no para que usted arregle nada.
—Solo intento hacer lo correcto, señorita Gold.
—¿Quiere insinuar que vivamos de su caridad? ¡Solo dígame lo que ha hecho mi padre, señor Grayson!
Él pareció momentáneamente sorprendido por su arrebato, pero a ella ya no le importaba nada.
—Él arruinó a *mi* padre —dijo por fin con los ojos encendidos por una remota ira—. Lo destrozó en las mesas de juego y su corazón nunca se recuperó. Yo he restablecido nuestra fortuna, incluso la he aumentado, y perseguí implacablemente a Gold durante años, arrebatándole todo lo que pude, pero eso no hizo que mi padre volviera a andar o a hablar. —El corazón de Eleanor palpitó con fuerza al escuchar aquel horrible relato—. Usted ha perdido su casa, señorita Gold, y lo lamento más de lo que puedo expresar, pero yo perdí a mi padre. Hoy no queda de él más que la cáscara de un hombre. Es lo mismo que estuviera muerto.

***

Tras el desahogo de Tristan, se hizo un pesado silencio entre ambos y él sintió una vergüenza horrible al observar cómo a Eleanor se le iba el color de la cara.
—Yo no... —empezó a tartamudear ella—. No lo sabía. Lo siento por...
—Por favor, no lo haga —la interrumpió.
Ya la había hecho sufrir lo suficiente como para añadir a sus espaldas una culpa que no era suya. Era consciente de lo paradójico de sus sentimientos. Había arruinado a los hermanos por causa de Augustus Gold, y ahora que su hija se responsabilizaba de las acciones de su padre, no podía soportarlo.
—Me he dado cuenta demasiado tarde, señorita Gold, de que buscar venganza es un error. Lo único que hice fue hacerles daño a usted y a sus hermanos. Quiero reparar el daño, quiero devolverle su hogar.
Tristan pensó que Eleanor Gold se alegraría al oír aquello, pero al contemplar su hermoso rostro iluminado por la luz de la luna, vio que se ponía tenso, que sus ojos se entrecerraban, y supo que se avecinaban problemas.
—Ya se lo he dicho —le espetó Eleanor con los dientes apretados—, no somos una obra de caridad, señor.
—¡Ya lo sé! —respondió él tajante. —¿Por qué no podía simplemente dejar que los ayudara? La había conocido apenas esa mañana, pero parecía que llevaban años discutiendo—. ¿Por qué no permite que los ayude?
—¿Por qué no nos deja en paz?
Era una buena pregunta, lo obligó a analizar muy detenidamente sus motivaciones. No necesitaba hacer aquello.
Estaba agotado de tanto viaje desde su regreso a Londres semanas atrás, pero había pensado que podría resolver este asunto de forma expeditiva y eficaz. Ahora lo corroía la culpa, solo eclipsada por la atracción visceral que sentía por aquella mujer exasperante.
Pensó en la invitación que le habían hecho aquella misma tarde a un antro de juego en el pueblo vecino, un sitio donde podría beber y jugar a las cartas .
Quizás la manzana no caía tan lejos del árbol, después de todo. Pero él nunca había apostado más de lo que podía permitirse perder, aprendió esa lección por las malas. Aun así, había algo

seductor en la emoción de la victoria.
Miró a la mujer que tenía enfrente. Una guerrera en el campo de batalla. Podría intentar con ella cosas mucho más seductoras que ganar a las cartas, pero tenía aprecio por sus extremidades y prefería que siguieran unidas a su cuerpo.
Lo he intentado, pensó mientras se volvía en silencio para montar su corcel y largarse. No quería quedarse allí más tiempo, sabiendo que él era la razón de que vivieran así y que no podía hacer nada al respecto, pues Eleanor Gold era como un insufrible, precioso y terco dolor de cabeza.
—¿Sabe? —le dijo desde el lomo del caballo, mientras ella lo miraba con el ceño fruncido—. Esta noche podría disfrutar de una copa o dos y de la compañía de una mujer mucho más agradable, si quisiera.
Vio que Eleanor se ruborizaba. Normalmente, nunca le hablaría así a una dama, pero aquella endemoniada muchacha los sacaba de quicio, así que prosiguió sin contemplaciones.
—Y podría jugar una o dos manos a las cartas. Yo no necesito estar aquí haciendo enmiendas, y usted está dejando que ese maldito orgullo se interponga en el camino y ayudar a sus hermanos.
Eleanor abrió la boca para soltar lo que sin duda sería una réplica mordaz, pero él no se quedó para oírla. Se iría a aquel antro y se olvidaría de la muchacha con cara de ángel y lengua de demonio.

***

Eleanor lanzó un grito de frustración al cielo en cuanto la figura de Tristan Grayson desapareció de su vista. Ella nunca maldecía. Jamás. Y ahora parecía una tendera del puerto por culpa de ese desgraciado.
Volvió a gritar. Pero no la hizo sentirse mejor. Lo odiaba. ¿Cómo se atrevía a intentar ganarse su simpatía con la triste historia de su padre y después pretender contentarla con dinero y casas, como si eso pudiera reparar el dolor, la preocupación y el total caos de los últimos cinco años de su vida? Diez, en realidad, pues todo había comenzado cuando Grayson le ganó por primera vez a Augustus Gold, pero fue recién cuando él murió que Eleanor se hizo cargo de las calamitosas finanzas de la familia.
¡El muy canalla! ¡Odioso, horrible, sinvergüenza!
Se ensañó con el atractivo señor Grayson, pero no consiguió aplacar la tempestad que bullía en su interior.
Ahora él se largaría a beber alcohol, a tontear con mujeres (prefirió ignorar la sensación sospechosamente parecida a los celos que le provocó pensar en ello) y a apostar. Y no perdería. Una vez, cuando su padre volvió a casa derrotado a manos de Grayson, había dicho al pasar que él jamás perdía.
Los hombros de Eleanor se hundían a medida que entraba lentamente en la casa.
¡Pero sí perdería si se enfrentara a ella! Le habría encantado borrarle aquella sonrisa de suficiencia de la cara. En cuanto pensó en eso, su mente se llenó de posibilidades.
No. No podía hacerlo. ¿O sí?
No.
La idea de derrotar a Tristan Grayson era muy tentadora, y la satisfacción de volver a casa con los bolsillos repletos de dinero... Si las apuestas eran lo bastante elevadas y jugaba el tiempo suficiente, incluso podría comprar una comisión para Trevor. Su vida estaría resuelta. Le compraría vestidos nuevos a Pippa para que pudiera asistir a bailes y fiestas, y quizás encontrar marido.
Pero no. ¿Cómo podía siquiera considerarlo después de todo lo que habían vivido?, ¿después de lo que el juego había hecho con su familia?

De pronto, las palabras de Madame Zeta volvieron a su mente, como si la mujer de tez dorada estuviera susurrándole al oído:
«Utiliza tus virtudes, querida, no te escondas de ellas. No tienes por qué seguir los pasos de los que vinieron antes».
¿Estaba en lo cierto? No se podía negar que tenía talento para las cartas y los números, más que cualquiera con quien su padre se hubiera cruzado. ¿Podría utilizar ese talento y ganar algo de dinero para sus hermanos y para ella, pero sin arruinarlos a todos como había hecho su padre?
El arrogante rostro de Grayson apareció ante sus ojos y Eleanor sintió que su decisión se afianzaba cada vez más. Sí, podía hacerlo y lo haría.

Capítulo Ocho

Todo era mucho menos divertido desde que su mente estaba ocupada con la muchacha de ojos verdes, concluyó Tristan.

Estaba sentado en una mesa de juego, pero su corazón no estaba en ello. Había ganado todas las manos, pero no sentía ninguna satisfacción, aquella gente de campo no representaba ningún desafío. Y en lugar de deleitarse con la compañía femenina de la que había presumido ante la señorita Gold, se encontró rechazando las insinuaciones de más de una mujer.

Su intención había sido pasar un par de horas con alguna dama, una que fuera morena, lo menos parecida posible a la belleza de cabello dorado. Pero fue inútil, no podía dejar de pensar en ella, de odiarla, de desearla.

Tristan estaba a punto de darse por vencido y emprender el largo camino de regreso a Torrell cuando un revuelo en la puerta llamó su atención. Levantó la vista y se quedó estupefacto.

Una mujer enmascarada apareció en la sala. Era majestuosa como una reina. Llevaba una capa con capucha que le cubría el pelo y una máscara cubría su rostro, excepto por un par de deliciosos labios pintados de carmín.

Tristan sintió un arrebato de deseo al contemplarla. Era una locura, puesto que no podía ver nada de ella debajo de su capa o de su máscara negra. Sin embargo, así era.

En el local reinaba un silencio sepulcral. Era obvio para todos los hombres, incluidos los que estaban borrachos, que no se trataba de una mujer *trabajadora*. La forma en que se comportaba, cómo se movía mientras serpenteaba entre las mesas. No pertenecía a aquel sitio.

Al igual que todos los demás en el local, la observó mientras se sentaba en una mesa contigua. Los hombres que la ocupaban se levantaron a medias, claramente inseguros del protocolo a seguir cuando una mujer entraba en un antro con la intención de jugar.

Miró al hosco e intransigente propietario del establecimiento. Estaba observando a la dama, pero no hizo ningún gesto para echarla. Obviamente, le había dado permiso para estar allí.

Eso no era nada caballeroso. Tristan frunció el ceño. Algunos de los jugadores lo habían sorprendido, sabían lo que hacían y jugaban en serio.

No estaba bien permitir que una dama se sentara allí y le quitaran todo su dinero. Quizá debería intervenir y...

En la mesa contigua se oyó un grito de sorpresa y vio con asombro que la mujer había ganado un bote bastante considerable. Quizás fuera suerte de principiante, o tal vez los jugadores estaban distraídos por sus finas muñecas y sus delicadas manos, que era en realidad la única parte del cuerpo que se le podía ver.

La observó jugar atentamente, olvidándose por completo de su propia mesa. No pudo ver que hubiera trucos ni trampas. ¡Maldita sea! Era buena.

Jugaron otra mano y la mujer misteriosa volvió a ganar.

Aquella extraña e inesperada atracción volvió a encenderse en él, tanto que casi había conseguido olvidarse de la señorita Gold.

Aquella dama podía arreglárselas sola, eso era evidente. Tristan sacudió la cabeza y volvió a centrarse en su juego, no podía dejarse liar por otra mujer peculiar, pero sus deseos de irse se habían esfumado. Se quedaría un rato más.

***

Eleanor temblaba por dentro, pero su mano se mantenía firme como una roca mientras jugaba

mano tras mano.
Era casi demasiado fácil ganar contra aquellos borrachos. Los observaba mientras bebían un vaso de licor tras otro, arrastraban las palabras y su juego se volvía cada vez más descuidado.
Nada más llegar, había estado a punto de salir corriendo y abandonar aquella aventura absurda, pero entonces pensó en la cara de Tristan Grayson cuando le dijo que ella no podía hacer nada para ocuparse de sus hermanos y se convenció de entrar.
Al principio, el dueño se había negado tajantemente a dejarla jugar, sin embargo, se lo permitió después de prometerle una cuarta parte de sus ganancias. Aunque pudo ver curiosidad en la expresión del hombre, también había escepticismo, no creía que ella pudiera ganar. Pues también a él tendría que probarle que estaba equivocado.
Había visto a Tristan Grayson de inmediato, por supuesto. Sus ojos se habían posado directamente en él. Era una sensación extraña pero agradable saber que podía verlo todo sin que los demás no pudieran verla a ella. Podía mirar a Grayson sin reprimirse, contemplar hasta el hartazgo su rostro increíblemente bello, su mandíbula fuerte y perfilada y aquel mechón de pelo, y él no se enteraría de nada.
Vio el asombro en su mirada, como en las del resto de los presentes. También vio el destello de algo más que no supo identificar, pero que la hizo sentir decididamente tensa y excitada.
Pero ahora no había tiempo para pensar en esas cosas, tenía que espabilar y empezar a ganar dinero.
No había sitio en su mesa, pero, de todos modos, no quería jugar contra todavía. Quería que supiera lo buena que era, que viera su talento con las cartas antes de sentarse frente a él y llevarse hasta el último céntimo que pusiera sobre el tapete.
Recorrió su mesa con la mirada y estuvo segura de que volvería a ganar la mano. Al voltear la carta, se permitió una breve sonrisa frente a la cacofonía de quejidos, risas y aplausos de la gente que no estaba siendo derrotada por ella.
La emoción de la victoria corría por sus venas, pero cada vez que aumentaba su entusiasmo, se reprendía a sí misma; recordaba a su padre y al instante recuperaba la lucidez. No estaba allí para perseguir una emoción irrealizable, había venido a ganar dinero y a ocuparse de sus hermanos.
Lanzó una mirada a la mesa contigua y descubrió que Grayson la estaba observando mientras él jugaba distraídamente su propia partida. Sus ojos se cruzaron y ella vio cómo los de él se entornaban, se agrandaban ligeramente y volvían a entornarse, pero ahora con la mandíbula apretada. Eleanor le dio un vuelco el estómago. No podía haber descubierto que era ella, ¿verdad?
Se llevó una mano a la capucha con la mayor naturalidad posible. Todo seguía en su sitio, no se le veía ni un mechón de pelo, estaba segura.
Quizás su suerte estaba a punto de agotarse. Algo en la expresión de Grayson le decía que se le había acabado el tiempo.
Cuando volvió a mirarlo, una de las mujeres en cuya profesión no quería ni pensar se sentó en su regazo y Eleanor no pudo evitar fruncir el ceño. No parecía que él la estuviera animando a hacerlo, pero aun así, le molestó más de lo debido.
Era hora de largarse. Hizo una apuesta para la última mano que jugaría aquella noche. Era casi todo lo que había ganado y se oyó un silbido en algún lugar detrás de ella, pero sabía lo que hacía. Y aun si no ganaba, si las cartas no salían como esperaba, igualmente se iría de allí con más dinero del que tenía al llegar.
No habría sido en vano la ansiedad, el malestar y las discusiones con Mary, que se había dado cuenta de lo que Eleanor estaba haciendo. Saldría bien porque tenía que salir bien.

Se volteó la última carta y Eleanor soltó el aliento que había estado conteniendo sin darse cuenta. Sin pronunciar palabra, se levantó y saludó con la cabeza a los caballeros que la rodeaban antes de dirigirse rápidamente a la puerta, donde estaba el propietario. Encontró que había un nuevo respeto en su mirada mientras le pagaba su parte. No le importaba hacer estos tratos con él, pues sabía que eso le proporcionaría cierta protección si necesitaba volver allí.

Se apresuró a abrirse paso entre las sombras, con su bolsa abultada por el botín en un bolsillo oculto que había cosido bajo la capa. Había amarrado su montura lo más lejos posible del resto. Echó un vistazo a su alrededor para comprobar que nadie la había seguido, pero parecía que estaba sola.

Mientras cabalgaba rauda y silenciosa a través de la noche, esbozó una sonrisa de triunfo. Puede que aquella noche no pudiera jugar contra Grayson, pero siempre habría una próxima vez.

Capítulo Nueve

Eleanor canturreaba para sus adentros mientras recorría el jardín. Por primera vez en mucho tiempo, se sentía ligera, joven, libre. El huerto estaba creciendo muy bien y ya disfrutaban de sus frutos.

Aquella mañana había enviado a sus hermanos al pueblo. A Trevor lo había enviado a hacer un encargo al carnicero, aquella noche cenarían como la realeza. No sería así siempre, claro, aún quería que practicaran la frugalidad y ahorrasen hasta el último céntimo posible, pero si conseguía que hubiera más noches como la anterior, el año siguiente podría comprarle a Trevor su comisión. Quizás ya era demasiado tarde para pensar estudios superiores, pero insistiría en que siguiera aprendiendo en casa mientras ella se encargaba de conseguirle la comisión. A Pippa la había enviado a comprar telas para hacerse unos vestidos nuevos.

Ambos habían protestado por el gasto de dinero, pero Eleanor insistió en que lo tenía todo controlado. Se acercaba el cumpleaños de Pippa y argumentó que la carne sería para una cena de celebración y las telas, un regalo. Y así, por primera vez en mucho tiempo, sus hermanos se fueron felices y Eleanor pudo dejar que gastasen dinero sin un nudo de ansiedad en el estómago.

Mary había ido a visitar al personal que quedaba en la casa familiar. Eleanor sabía que volvería cargada de comida de la cocinera, comprada y preparada con el dinero del señor Grayson, pero no le importaba, era lo menos que ese hombre podía hacer.

Se ofreció a devolverte el título de propiedad, le susurró una voz al oído. No estaba de humor para escucharla.

De repente, vino a ella una imagen de la noche anterior, cuando él la miraba fijamente desde el otro lado de la habitación como si conociera su secreto, pero se la sacudió de la mente. Por supuesto, él no sabía que se trataba de ella. ¿Cómo podía a saberlo?

—Buenos días, señorita Gold.

Eleanor cerró los ojos brevemente cuando la ya familiar voz de Grayson sonó por encima de su cabeza como si lo hubiera conjurado.

Lo ignoró, consciente de lo insultante que era su comportamiento. Continuó con su trabajo de jardinería con renovado vigor y esperó escuchar el sonido de sus botas alejándose para dejarla en paz, pero eso no ocurrió.

—Comprendo que no soy su persona favorita en el mundo, señorita Gold, pero no es justo desquitarse con sus verduras.

¡Qué hombre tan odioso!

Eleanor dejó caer la pala y suplicó paciencia mientras se ponía de pie para enfrentarse a su hostigador.

—El maldito Tristan Grayson —escupió sin querer en voz alta antes de taparse la boca con una mano. Lo miró y vio que su expresión pasaba de la sorpresa a la diversión.

—Eso no es muy cristiano, señorita Gold —rio él.

Eleanor sabía que si no fueran enemigos jurados, aquel hombre incorregible la habría hechizado con sus sonrisas pícaras y su cáustico sentido del humor, el brillo de sus ojos cobalto y la anchura de sus hombros; pero eran enemigos, se recordó a sí misma con severidad. No se dejaría encandilar por él.

—Tampoco lo es acechar a una mujer que, obviamente, no desea su compañía, señor Grayson. Sin embargo, aquí está usted.

Su madre se revolvería en la tumba si viera lo grosera que estaba siendo su hija, pero cuanto más tiempo pasaba cerca de aquel hombre, más irresistible se volvía, y eso no podía permitirlo.
Se volvió y empezó a desatarse el delantal de trabajo mientras se dirigía a la puerta trasera de la casa, que la llevaría a su pequeña y funcional cocina y lejos de él.
—Y tampoco lo es el juego, querida. Sin embargo, eso no pareció detenerla anoche.
Eleanor se paralizó y un escalofrío le recorrió la espalda. Se dio la vuelta para mirarlo fijamente.
—¿Qué ha dicho? —inquirió.
Tenía que sonar despectiva y perpleja por aquella pregunta *descabellada*, pero le temblaba la voz y supo que sonó culpable.
—Ya me ha oído —respondió él mientras avanzaba poco a poco hacia ella, como un gato salvaje acechando a su presa.
Eleanor no retrocedería ante él, se mantuvo firme, aunque temblando como una hoja.
—No sé de qué me habla.
—Me llevó un tiempo —siguió él, como si ella no hubiera dicho nada—. Darme cuenta, quiero decir. —Eleanor solo pudo tragar saliva—. Yo estaba allí sentado. Alcé la mirada y vi entrar a una mujer misteriosa. No podía ver nada de ella, salvo sus labios.
Alargó la mano y le pasó el pulgar por el labio inferior, y la pausada y diabólica sensación que había ido creciendo en su interior desde que lo conoció estalló de repente y se extendió por cada rincón de su ser.
—Eran los labios más deliciosos y tentadores que había visto nunca. —Su voz se volvió grave y ronca, rasgando sus nervios ya exaltados—. Me sentí atraído por ella de una forma que no podía explicar. Después de todo, no veía más que su boca.
Se acercó un poco más hasta que solo hubo unos centímetros entre ambos y Eleanor tuvo que echar la cabeza atrás para poder seguir mirándolo a los ojos. No habría podido apartar la mirada aunque su vida dependiera de ello. Él levantó la otra mano y la llevó a su nuca.
—Durante toda la noche, mientras ella ganaba todas las partidas, me preguntaba el por qué de esa atracción. —Esbozó una sonrisa lobuna y sus ojos se iluminaron con un fuego azul—. Y entonces me di cuenta —susurró, con los labios tan cerca de los suyos que Eleanor casi podía sentir su sabor.
—¿De qué? consiguió articular ella.
—Que no eran los labios más deliciosos que hubiera visto nunca, porque hacía pocas horas había visto otros que moría de ganas de besar. Ya había sentido el mismo deseo corriendo por mis venas. —El corazón de Eleanor se detuvo justo antes de empezar a batir como las alas de una mariposa—. Entonces me di cuenta de que no podía haber dos mujeres por las que me sintiera tan dolorosa y desesperadamente atraído. Solo una. —Eleanor sintió el fuerte anhelo de que él salvara la minúscula distancia que los separaba—. Solo tú —susurró antes de capturar su boca en un beso que la hizo arder en llamas.

***

Tristan no había ido con la intención de besarla, pero nada podía detenerlo ahora. En cuanto sus labios tocaron los de ella, el deseo que había estado conteniendo a duras penas cobró vida y se apoderó de él, y sintió que ella se rendía también en cuanto se tocaron.
La rodeó con sus brazos, y su cuerpo, suave y flexible, se apretó contra él. En alguna parte racional de su mente, sabía que no debería estar en aquel jardín, a la vista de cualquiera que pasara por allí, besándola como si le fuera la vida en ello, pero ni todas las fuerzas del cielo y del infierno habrían conseguido detenerlo. No cuando ella gimió de placer y aquel sonido dulce y arrebatador estuvo a punto de detener su corazón, no cuando se hundió en su boca y sus lenguas

bailaron al unísono.
La besó en la barbilla y luego atrapó entre los dientes el delicado lóbulo de una de sus orejas. Estaba seguro de que sus gemidos de placer acabarían matándolo. Volvió a besar sus labios. Con una mano sujetaba su rostro y con la otra le quitó el sombrero de paja de la cabeza.
Tal y como había esperado, tal y como había imaginado en las horas nocturnas cuando soñaba con ella, su gloriosa melena cayó libremente sobre sus hombros, inundándolo todo con aroma a madreselva y a ella.
Al apartarse un poco para poder contemplarla, suave y entregada, con su cabello como oro hilado cayéndole por la espalda y sus increíbles ojos verdes brillando de un deseo que solo aumentaba el suyo, Tristan sintió un impacto estremecedor en su interior.
Aquello no parecía mera lujuria, algo que pudiera saciarse llevándola a su cama, aunque la sola idea lo hiciera sentir un anhelo casi doloroso. No, aquel deseo era algo más que un instinto primitivo. Quería medir su ingenio con ella, quería verla engalanada con vestidos y joyas, quería bailar con ella, conversar con ella.
La deseaba... a *ella*.
Era la mujer más fascinante, fastidiosa, divertida y hermosa que había conocido jamás. En dos días había sentido más en su compañía de lo que había sentido nunca con nadie. Eso tenía que significar algo.
La noche anterior, cuando por fin comprendió qué era lo que le inquietaba tanto de la extraña mujer, se le detuvo el corazón. Se sintió sorprendido primero, luego asustado y después furioso. ¿No conocía ella el peligro al que se exponía yendo sola a un sitio como ese? ¿Ignoraba las bajezas a las que podían llegar algunos hombres?
Tuvo la intención de sacarla de allí, por la fuerza si era necesario, pero cuando logró deshacerse de la morena de piernas interminables que lo acompañaba, Eleanor ya se había marchado. Salió corriendo a buscarla, pero no había ni rastro de ella.
No sabía qué pretendía yendo allí, pero había decidido presentarse en su casa y decirle sin rodeos que desistiera. Entonces la vio en el jardín, más bella de lo que su corazón podía soportar y con esa boca suya que le soltaba improperios... No pudo contenerse. Necesitaba saber si debajo toda esa acritud se escondía la dulzura con la que soñaba, si debajo de aquel exterior frío se ocultaba el fuego que ansiaba.
Y así era, Eleanor lo tenía todo y a raudales.
Volvió a besarla, esta vez más suavemente, con menos urgencia, aunque necesitó todo su autodominio para conseguirlo. No quería asustarla con la vehemencia de su pasión.
Podría quedarse así todo el día. Para siempre. Solo quería tenerla entre sus brazos y protegerla de cualquier amenaza del mundo. Aquel pensamiento le recordó la razón por la que había ido a verla y se apartó de ella de mala gana.
Una satisfacción presuntuosa, puramente masculina, lo embargó al contemplar su expresión aturdida y sus mejillas sonrojadas por sus besos. Pero no quería volver a perder el control de sí mismo, necesitaba decir lo que había ido a decir.
—Eleanor, no quiero que vuelvas a ir a ese sitio. No es seguro. No lo permitiré.
Quizás, si no hubiera estado tan absorto en la telaraña de su lujuria, se habría dado cuenta de las señales de advertencia. Apenas notó que ella levantaba la barbilla y sus ojos verdes se entrecerraban peligrosamente.
—¿Permitirlo? —repitió Eleanor en voz baja.
—Creo que no te das cuenta del peligro que corres —continuó él, ajeno a la rigidez de sus hombros y a las chispas que desprendían sus ojos—. Ya te lo he dicho, con mucho gusto te

devolveré la escritura de la casa. —Le rozó suavemente la mejilla con los nudillos—. Ya no tienes que preocuparte por el dinero, yo cuidaré de ti.
Las mejillas de Eleanor palidecieron drásticamente antes de sonrojarse de nuevo de forma repentina.
—Eleanor, ¿qué te...?
—¿¡Cómo te atreves!? —le espetó ella.
—¿¡Qué!? —preguntó él, desconcertado por la furia que había en su expresión—. ¿Es que no lo has entendido? Me ofrezco a ayudarte —insistió.
Una parte de él se sintió algo insultada. Desde su primera juventud, Tristan no había tenido que hacer mucho más que sonreírles a las muchachas para que estas se pusieran en sus manos. Tener que esforzarse tanto para seducir a una dama, y aun así no estar seguro de cómo se sentía ella al respecto, era, cuando menos, diferente.
Con ella siempre se sentía desorientado, no era algo habitual para él. Y ahora ella parecía enfadada, ¡furiosa, de hecho!, cuando él solo se estaba ofreciendo a solucionar todos sus problemas, todas sus preocupaciones.
—Esto que hay entre nosotros... —La tomó por los brazos—. Quiero explorarlo —dijo, pensando que ella no tardaría en ceder. Tristan frunció el ceño. No había visto a nadie con menos ganas de ceder, pero aún tenía tiempo—. Y creo que tú también quieres —sonrió—. Así que déjame ocuparme de la casa y del dinero, y podremos centrarnos en conocernos mejor.
Por mucho que le apeteciera conocerla de verdad, sus deseos eran lo bastante primitivos como para admitir que estaba deseando muchos más abrazos como los que acababan de disfrutar.
No estaba seguro de qué era lo que esperaba de ella en ese momento. Gratitud, sin duda; lágrimas, tal vez. Pero el sonoro chasquido de su palma contra su mejilla fue del todo sorpresivo. Tristan no pudo reprimir la maldición que se escapó de sus labios mientras se llevaba una mano a la cara dolorida.
Antes de que pudiera hacerle ninguna pregunta, antes de que pudiera hacer casi nada, en realidad, Eleanor había girado sobre sus talones y había entrado en la casa.
El fuerte golpe de la puerta y el inconfundible ruido de la cerradura le indicaron que no sería bienvenido a seguirla.

Capítulo Diez

—¡Que el cielo me guarde de las mujeres desequilibradas que deberían estar en el loquero! —murmuró furioso Tristan mientras soltaba las riendas de Odín y se preparaba para regresar a la mansión.

Ya estaba bien. Ya había tenido suficiente. El abogado podía vender la maldita casa, él ofrecería una indemnización a los hermanos Gold y acabaría con todo aquel lamentable asunto. Si ella no la aceptaba —y no lo haría—, sería su problema, él había hecho todo lo posible.

Montó el corcel y lo condujo al pueblo. A decir verdad, no disfrutaba paseándose solo por la casa de los Gold, no podía pensar en aquel sitio sino como *la casa de Eleanor*, y odiaba la culpa que siempre acompañaba a ese pensamiento.

Al menos los criados habían empezado a simpatizar un poco con él, incluso la comida ya era comestible. Aun así, no querían que él estuviera allí más de lo que él mismo quería. ¿Qué demonios le pasaba? Su mente rebotaba de pensamiento en pensamiento mientras su mal humor se encendía cada vez más.

No tenía por qué ayudar a nadie. Había ganado esa casa y todas las propiedades de forma justa y legal. Él no tenía la culpa de que su padre fuera un dilapidador descontrolado. ¿Acaso el suyo no había sido igual?

Por otro lado, él había tenido la suerte de poder enmendar los errores de su progenitor, pero los hermanos Gold no tuvieron las mismas oportunidades, eso lo sabía. Por muy talentosa que fuera Eleanor, el hecho de ser mujer la limitaba bastante. A su hermana no le iría mejor, incluso aunque no fuera tan débil como para salir a luchar por algo. El muchacho era demasiado joven para ser de mucha ayuda.

Su temperamento empezó a calmarse a medida que reflexionaba sobre lo terribles que eran realmente las circunstancias de los Gold. Se había enfadado mucho con Eleanor por haberse puesto en peligro la noche anterior, pero, ahora que lo pensaba mejor, comprendió las pocas opciones que tenía la muchacha.

Ella podría ser institutriz, si quisiera, pero dudaba que estuviera dispuesta a abandonar a sus hermanos. Además, cualquier mujer que la viera, se resistiría a tenerla bajo el mismo techo que su marido, y nadie podría culparla. Tendrían que ser hombres mucho más fuertes o más ciegos que Tristan para no sentirse atraídos por Eleanor Gold.

Lo cierto era que no había mucho más que una dama de clase acomodada pudiera hacer, no cuando tenía hermanos pequeños de los que ocuparse.

Si estuvieran en la ciudad, sin duda recibiría un aluvión de ofertas. Los caballeros harían fila, querrían acogerla y vestirla como si fuera un juguete reservado para su entretenimiento. Tristan no necesariamente condenaba esa práctica, él mismo había tenido más de una amante, pero sí odiaba la idea de que la inteligente, amable y orgullosa Eleanor Gold fuera la mujer de compañía de nadie.

Hizo que Odín redujera la velocidad mientras su mente repasaba la desastrosa charla que acababa de tener con Eleanor. A la vista de lo que acababa de comprender... No. Ella no habría creído que él le estaba proponiendo...

—¡Rayos! —exclamó cuando por fin cayó en la cuenta.

¿Y qué otra cosa podía haber pensado? La había besado descaradamente, le había confesado lo mucho que la deseaba y luego le había ofrecido una casa y dinero. ¡No era de extrañar que lo

abofeteara! Se merecía algo mucho peor.
Se apretó el puente de la nariz.
¿Qué tenía esta mujer que lo trastornaba así y le hacía decir cosas inadecuadas?
Tristan solía ser el galán encantador del que todos los periódicos de sociedad querían cotillear. Si lo vieran ahora, pensarían que había metido la pata hasta el fondo.
No se le ocurría ninguna forma de arreglarlo. Probablemente, Eleanor Gold no volvería a dirigirle la palabra.
—¡Señor Grayson!
Al oír la cadenciosa voz femenina, Tristan despertó de sus melancólicos pensamientos. Pippa y el menor de los Gold, Trevor, venían hacia él en un carro con dos caballos que habían visto días mejores.
Tristan procuró mostrar una expresión amistosa. No creyó que fueran a detenerse, pero Pippa Gold se acercó a su hermano para susurrarle algo al oído y este se detuvo de mala gana.
—Buenos días, señorita Gold y señor Gold. —Los saludó con el sombrero, ganándose una sonrisa amable de ella y un ceño fruncido de él.
—Buenos días, señor Grayson. ¿Ha estado en la casa? —preguntó Pippa.
—Así es —respondió él, inseguro de cuánto querría Eleanor que supieran sus hermanos sobre los acontecimientos. No mucho, seguramente—, pero solo un momento, tengo asuntos que atender en el pueblo.
—Entonces no deje que lo retengamos —respondió el muchacho con frialdad.
La señorita Gold le lanzó una mirada de desaprobación a su hermano, pero a Tristan no le molestó, el muchacho protegía a su hermana y Dios sabía que no tenía motivos para ser amable con él.
No todo el mundo era tan bondadoso e indulgente como Pippa Gold.
—Buenos días, pues. —Volvió a inclinar la cabeza y se dispuso a marcharse, pero la señorita Gold lo llamó.
—Señor Grayson, me preguntaba si tiene planes para mañana por la noche.
Él hizo girar a su caballo para mirarla.
—No, señorita Gold. Estoy libre.
—Pues bien, me gustaría invitarlo a cenar con nosotros en Tide Cottage.
Tristan se quedó boquiabierto. ¿Acaso la muchacha no sabía lo que él había hecho? No parecía estar mal de la cabeza, pero puede que se equivocara.
Pippa Gold sonrió como si pudiera leerle el pensamiento.
—Soy consciente de que debería considerarlo una especie de enemigo, señor Grayson —dijo la muchacha de cabello rubio—, pero, al parecer, nuestro padre perjudicó al suyo de alguna forma, y creo que usted está arrepentido de sus acciones contra nosotros.
—Lo estoy —afirmó Tristan—. Y lo siento profundamente.
—Exacto —asintió Pippa como si él hubiera acertado en la respuesta—. Y creo que sería mucho mejor para todos si pudiéramos ser amigos en lugar de enemigos. Todos somos víctimas de nuestros padres, en definitiva.
El espíritu amable y la generosidad de la joven avergonzaron a Tristan. Tal vez si él hubiera tenido siquiera una pizca de su bondad, los Gold no estarían en esta situación. Pero, entonces, puede que nunca hubiera conocido a Eleanor Gold, y aunque sus encuentros hasta el momento habían estado plagados de amargura y discusiones —con la excepción de un beso fulminante—, no habría cambiado nada. Conocerla había sido lo más emocionante que le había ocurrido en mucho tiempo, y ahora ella no volvería a hablarle.

Si Eleanor no quería que sus hermanos supieran lo que había sucedido entre ellos, no podría ignorarlo si se presentara a cenar, ¿verdad?
La sonrisa que Tristan dirigió esta vez a Pippa fue sincera.
—Será un honor para mí, señorita Gold.
Dio los buenos días a los hermanos y se puso de nuevo en marcha con el espíritu renovado.

***

A Eleanor le dolía la cabeza cuando Pippa y Trevor regresaron de sus compras.
El humor de Trevor parecía más agrio de lo habitual, pero era un joven de dieciséis años en el umbral de la madurez y su humor era tan cambiante como el viento.
Pippa rebosaba entusiasmo cuando le enseñó a Eleanor lo que había escogido para sus vestidos: una preciosa tela color coral pálido y una muselina blanca salpicada de lavanda.
—¡Son maravillosas, Pip! —Eleanor sonrió y aborreció la punzada de envidia que sintió al tocar la tela nueva y reluciente.
Pero estaba feliz de poder comprarle vestidos nuevos a Pippa, y si eso significaba que su hermana podría aparecer un poco en sociedad, todo había valido la pena.
—Me alegro de que te gusten —dijo Pippa mordiéndose el labio—, porque he comprado suficiente para dos vestidos y... —metió la mano en la bolsa y sacó otra tela —también compré esta de algodón blanco. —Eleanor abrió la boca para objetar, pero Pippa la interrumpió—. No gasté más de lo que me dijiste, y pensé que sería mejor que las dos tengamos vestidos nuevos por el mismo dinero que estabas dispuesta a gastar solo en mí. Podemos hacer diseños distintos utilizando los dos materiales juntos.
Eleanor miró a su hermana menor con el ceño fruncido antes de volver a examinar las telas. Eran realmente hermosas y hacía tanto que no se permitía siquiera pensar en tener algo nuevo... Las habilidades de costura de Pippa eran insuperables, no dudaba de que podría confeccionar unos vestidos preciosos.
Sin poder evitarlo, se imaginó cómo sería enfrentarse a Grayson con una nueva creación en color coral en lugar de los sencillos vestidos que solía llevar.
Odiaba pensar en él después de lo que le había dicho, de lo que pensaba de ella. Sintió que la atravesaba una profunda vergüenza, pero ¿cómo no iba a pensar eso de ella? Había ido sola a un antro de juego en plena noche para apostar, luego le había permitido que se tomara libertades en medio de su jardín, ¡en pleno día! Y no solo se lo permitió, sino que participó plenamente y estuvo a punto de pedirle más.
Y lo más probable era que lo habría hecho si él no hubiera abierto su estúpida boca pare decir que... Bueno, esencialmente, le había dicho que le pagaría por sus favores.
Su rabia batalló con la humillación hasta que las emociones que se agitaban en su interior apenas le permitían hablar. Inspiró profundamente para calmarse y abrazó con fuerza a su hermana.
—¡Gracias! Me encantan, y me encanta que las dos vayamos a estrenar vestidos. Ahora, ayudemos a Mary a preparar el estupendo pato que ha traído Trevor.
—¿Crees que hoy podríamos hacer algo más sencillo, Ellie? No me encuentro muy bien. Cualquier cosa demasiado elaborada probablemente me siente mal.
Eleanor miró a Pippa y se alarmó por la repentina palidez en su rostro.
—¡Por supuesto, Pip! Estás muy pálida, ¿por qué no damos un breve paseo junto al mar? Cuando volvamos, podemos empezar a trabajar en esos vestidos. El pato aguantará hasta mañana.
—¡De acuerdo! —Pippa sonrió mientras se levantaba de un salto, con mucho mejor aspecto de repente—. ¡Vamos!

***

—¡Ellie, por favor, sé razonable!

—¿¡Razonable!? —estalló Eleanor mientras discutía con su hermana en su pequeño dormitorio —. Invitar a ese... ese canalla a nuestra casa y ni siquiera decírmelo, ¿es eso razonable?

Eleanor temblaba mientras volvía a mirar el reloj de bronce de la repisa de la chimenea. Treinta minutos. En solo treinta minutos el maldito Tristan Grayson estaría en su casa, y nada menos que esperando que le dieran de comer.

¡Qué descaro! Aceptar la invitación después de lo que dijo... o insinuado.

¡Ya estaba bien!

Lo peor era que Eleanor llevaba todo el día ayudando a preparar la dichosa reunión. Cuando Pippa le sugirió limpiar el pequeño salón, aceptó con gusto, incluso agradeció la oportunidad de quemar parte de la tensión que había acumulado el día anterior. Luego, su hermana propuso que prepararan el pato y ella se alegró de verla tan entusiasmada y despreocupada por una vez.

Trevor había estado ausente la mayor parte del día, pero lo hacía a menudo y Eleanor no le había dado importancia.

Pero ahora, cuando solo faltaban unos minutos para la llegada de su invitado, Pippa se lo había revelado todo y Eleanor se enteró de que Trevor se estaba escabullendo porque quería al señor Grayson allí incluso menos que ella.

Esperaba que a Pippa le gustara hacer de anfitriona, porque el infierno se congelaría antes de que ella se sentara a la mesa con aquel hombre.

***

Tristan amarró a Odín y se alisó nervioso la chaqueta antes de recorrer el pequeño sendero de piedra hasta la puerta de Tide Cottage.

Estaba haciendo el ridículo, lo sabía. Se comportaba como una debutante en su primer baile. Volver a ver a Eleanor, después de aquel beso y posterior desafortunado incidente, lo ponía tremendamente ansioso. Pero había sido invitado, y aunque durante el día había esperado recibir alguna nota para cancelar la cena, esta nunca llegó, lo que significaba que ella quería que fuera o que, al menos, toleraría su presencia.

No podía demorarlo más, cuanto antes entrara, antes la vería y podría intentar enmendar las cosas. Otra vez.

***

Eleanor se esforzó por mantener una expresión indiferente mientras Mary acompañaba a Tristan al salón. No sabía cuándo había empezado a pensar en él como *Tristan* y no como *el señor Grayson*, pero después de sus interacciones no tenía mucho sentido ceñirse a esa formalidad, al menos no dentro de su cabeza.

Él ya había estado allí una vez, pero entonces no había sido tan consciente de su presencia, no había sentido la fuerza de sus brazos musculosos ni el vigor de sus anchos hombros. La habitación parecía encogerse a su alrededor. Eleanor había estado en el piso de arriba, negándose obstinadamente a bajar. Entró al salón apenas unos segundos antes de que Tristan llamara a la puerta.

Pippa rara vez le pedía algo, por no decir que nunca, y le había implorado que se uniera a ellos, así que, disponiendo de tan solo unos minutos para prepararse, se puso su único vestido medianamente decente, uno de satén color salvia pálido que combinaba estupendamente con sus ojos verdes y su cabello dorado. No le había dado tiempo a nada más que a amontonarse el pelo sobre la cabeza y colocarse una cinta de satén del mismo tono que el vestido. Un par de guantes

de noche blancos completaban el conjunto.
Pippa se levantó de un salto y fue a saludar calurosamente a su visitante; incluso Trevor le dedicó una reverencia forzada pero bien ejecutada.
Por fin le llegó el turno a ella. Hizo una pequeña reverencia, rehusando tenderle la mano o hablarle, pero eso no pareció desanimarlo. Tristan se inclinó y tomó su mano para depositar sobre ella un cálido beso que Eleanor sintió a través del guante y a lo largo de todo el brazo.
—Señorita Gold, está usted encantadora —dijo suavemente, y cuando sus miradas se cruzaron, sus ojos ardían con la llama azul del deseo, mientras que en los de Eleanor el fuego cobraba vida en respuesta.
Ella le arrebató la mano y fue a sentarse. Dejó que Pippa llevara la conversación de aquella noche; después de todo, había sido ella quien lo había invitado. Eleanor no le dirigiría la palabra, ni una sola.

Capítulo Once

Estaba seguro de que Eleanor había hecho algún tipo de voto de no hablar con él. Le habría ido mejor extrayendo agua de una piedra que intentando sacarle alguna palabra.

Sin embargo, cuando la criada les sirvió la cena y Pippa le preguntó por sus negocios en la India, se mostró más interesada. Lo supo por la forma en que escuchaba atentamente, por cómo se inclinaba ligeramente hacia delante en su asiento mientras él les narraba sobre una tormenta que los sorprendió cuando cruzaban el océano. Tristan apenas podía seguir el hilo de sus propios pensamientos mientras Eleanor lo miraba desde el otro lado de la mesa con los ojos encendidos de entusiasmo.

Al cabo de un rato, empezó a hacer preguntas. Eran preguntas inteligentes e interesantes, y pronto se encontró disfrutando mucho de aquella pequeña cena informal. Incluso Trevor se había mostrado afable con él cuando le mencionó que un primo suyo era oficial del ejército.

—¡Yo también quiero ser oficial! —había dicho el muchacho con los ojos brillantes.

Tristan notó la expresión que cruzó el rostro de Eleanor en ese momento: una extraña mezcla de remordimiento, orgullo y determinación. Era esa, entonces, la razón por la que arriesgaba su reputación —entre otras cosas— acudiendo a los antros de juego. Tristan odiaba la idea, pero cuando había intentado entrometerse se había ganado una bofetada.

La más joven de las Gold, según ella misma dijo, solo quería casarse y llevar una vida tranquila en el campo, pero probablemente acabaría de institutriz en algún sitio, concluyó con pragmatismo. Una vez más, Tristan captó aquel destello de emoción en el rostro de Eleanor.

Aunque Pippa era excepcionalmente bonita, no tenía la belleza de Eleanor ni su coraje. Eleanor sabía manejarse en cualquier situación difícil, y aunque ambas se habían enfrentado a los mismos problemas, no creía que pudiera decirse lo mismo de Pippa. Esto le preocupaba, pero por motivos diferentes. Sus sentimientos por Eleanor Gold estaban impulsados por los celos, el instinto de protección y algo más que no podía definir con claridad. Con gusto despedazaría miembro por miembro a cualquier hombre que le pusiera un dedo encima. Por Pippa, en cambio, sentía lo que un hermano mayor.

Todo era de lo más desconcertante para Tristan. Quizás se debiera a la persistente culpa que sentía por las condiciones en que vivía la familia, o a la frustración de que Eleanor no le permitiera ayudarlos.

Mientras todos hablaban sobre la India, el ejército y otros temas, Tristan solo pensaba en Eleanor y en su empeño de ponerse en riesgo para proveer a sus hermanos.

—Ellie... —dijo Trevor durante una pausa en la conversación, mientras degustaban un delicioso pudin de melocotón—. El... eh... el asunto del que hablamos el otro día... El viejo amigo de papá, sir Bernard, estará en la ciudad el viernes. Pensaba que...

Eleanor dirigió una mirada a Tristan y luego a su hermano.

—No —respondió con firmeza.

Las mejillas de Trevor se encendieron y Tristan reconoció los signos de un joven que estaba a punto de perder los estribos.

—Pero...

—No, Trevor —repitió Eleanor con serena contundencia. Hubo una breve pausa mientras el muchacho reflexionaba, pero fue ella quien volvió a hablar—: ¿Has dicho el viernes? —preguntó, y Tristan la fulminó con la mirada desde el otro lado de la mesa.

Trevor se limitó a asentir. El disgusto de Tristan empezó a aumentar al observar la sonrisa victoriosa en el rostro de la muchacha y frunció el ceño hacia ella. Eleanor lo miró y enarcó una ceja, y él casi pudo adivinar sus pensamientos: «Y a ti que te importa?», es lo que decían sus ojos.
Lo cierto es que no era asunto suyo, lo sabía. El problema era que la razón tendía a abandonarlo cuando estaba cerca de Eleanor. Si no podía impedirle que fuera a un antro de juego, podía asegurarse de estar allí cuando lo hiciera.

***

Si Grayson pensaba que mirarla fijamente desde el otro lado de la sala iba a intimidarla o a obligarla a marcharse, estaba muy equivocado. Eleanor podía sentir sus ojos clavados en ella, pero se negó en redondo a devolverle la mirada.
Se había alegrado más de lo que quiso admitir cuando entró y lo vio allí. No estaba en una de las mesas, sino junto a la barra, mirando con cara de pocos amigos a cualquiera que se le acercara.
Parecía enfadado, pero no estaba claro el porqué de su humor tan sombrío. Pero solo se conocían desde hacía un mes, al fin y al cabo, y lo que ella hiciera no tenía nada que ver con él.
Tres semanas atrás, durante aquella primera cena en su casa, cuando Trevor le contó que un viejo conocido de su padre —tan aficionado a derrochar el dinero como él— iba a estar en el antro, Eleanor se propuso ganarle una buena suma. Y lo consiguió. Luego de eso siguió yendo cada viernes, y cada sábado por la mañana se despertaba un poco más rica que el día anterior.
Durante todo ese tiempo, el maldito Tristan Grayson había intentado disuadirla. Iba a cenar a la casa con frecuencia invitado por Pippa, aparecía en el pueblo cuando ella iba de compras, en la playa cuando estaba dando un paseo, en medio del bosque cuando montaba a caballo... Y cada vez que hablaban a solas él intentaba convencerla de que renunciara al juego.
Ahora la observaba desde la distancia y miraba con los ojos entornados a todos los jugadores de su mesa como si fuera una mamá osa. Era bastante agobiante, a decir verdad. Si Eleanor hubiera tenido que jugar contra alguien con verdaderas habilidades, habría tenido problemas para concentrarse.
El calibre de los jugadores era el mismo que el de las semanas anteriores, de modo que estaba ganando una buena suma con cada mano. Eleanor devolvió su atención a la mesa y echó un rápido vistazo a los hombres que la rodeaban. Sus expresiones variaban entre la crispación y el desconcierto. Solo uno la hizo vacilar, un caballero al que no reconocía. El odio que desprendía su mirada la hizo acobardarse. Un escalofrío le recorrió la espalda cuando vio que este la observaba con lascivia. Parecía iracundo, sí, pero había algo más, algo que le causaba pavor. Quizás había llegado el momento de marcharse.
Cuando se disponía a irse a casa, el desconocido le habló con un tono despechado y arrastrando las palabras por el alcohol:
—¿Qué hace una preciosidad como esta apostando en las mesas?
A Eleanor se le revolvió el estómago, pero mantuvo la compostura. Dado que su rostro estaba oculto, él no tenía forma de saber si era *una preciosidad* o no.
—Ganar —respondió ella tercamente, a lo que algunos respondieron con una carcajada. Sin embargo, el desconocido no rio, sino que frunció el ceño.
—No me gusta perder contra una mujer —dijo con la boca llena de saliva.
—Entonces le sugiero que aprenda a jugar —replicó ella.
Eleanor se levantó antes de que las cosas fueran a más y se despidió de los hombres sentados a la mesa con un gesto de la cabeza. La mayoría le devolvió el saludo, algunos incluso se pusieron de pie.

En general, una vez superado el primer impacto de ver entre ellos a una mujer que no estuviera allí para *servirles*, los hombres se habían mostrado si no amistosos, al menos, civilizados. Pero no este hombre, su ira y su desprecio eran palpables.
Eleanor recorrió la habitación con la mirada, pero Tristan ya no estaba. Se sintió decepcionada. Pero ¿qué le importaba a ella lo que hiciera él?
Sin embargo, su presencia la habría hecho sentir más segura, aunque no fuera su trabajo protegerla y ella tampoco había querido que se entrometiera en sus asuntos.
Se había alegrado más de lo debido cuando vio por el rabillo del ojo que rechazaba más de una insinuación de las mujeres que trabajaban en el local, pero evitó a toda costa seguir pendiente de él. Tristan Grayson no debía preocuparle.
No le preocupaba.
Sin pensar más en su némesis ni en el horrible hombre que trataba de amedrentarla, cerró sus tratos con el dueño del lugar y se dirigió a la salida para buscar su caballo.
La noche era inusualmente fría y se estremeció ligeramente mientras se ceñía la capa sobre los hombros.
El hecho de estar sola la inquietaba, más que las otras veces que estuvo allí, al menos, pero estaba siendo tonta. Además, nadie sabía quién era, su reputación tampoco corría peligro.
Quizás había sido ingenua al confiarle su secreto a Tristan, pero, de algún modo, sabía que no la traicionaría. No podía arriesgarse. Si Trevor se convertía en un oficial respetado y Pippa conseguía reintroducirse poco a poco en la Sociedad, tenía que asegurarse de que no hubiera ningún escándalo que manchara el apellido Gold. Ya sería bastante difícil que la gente aceptara a Pippa después de lo que había hecho su padre, y si a eso se añadía una hermana ludópata que asistía a antros de juego, ni siquiera la aceptarían como institutriz.
Eleanor sintió el inconfundible sonido de la grava crujiendo bajo los pies, procedía de detrás de ella. Se giró para escudriñar en la oscuridad pero no vio nada, aunque tuvo la clara sensación de que alguien la estaba observando. Cuanto antes se fuera a casa, mejor.
Por primera vez se preguntó si estaba siendo inteligente. Podría ocurrirle cualquier cosa allí dentro o en los caminos, sola y en plena noche. Incluso si se tratara de un simple accidente; si su caballo se quedara cojo, por ejemplo, estaría sola y desamparada, sin modo alguno de conseguir ayuda. Era un pensamiento inquietante que no se había planteado antes.
La tentación de ganar tanto dinero había sido demasiado fuerte para resistirse, pues significaba rescatar a su familia de la ruina total, la posibilidad de darle a Trevor y a Pippa la vida que deseaban y no la que les habían impuesto. Así fue que se dejó llevar sin pensar en las consecuencias.
Quizá era más parecida a su padre de lo que pensaba.
Eleanor estaba tan absorta en sus pensamientos que no se fijó en su entorno. Cuando una mano salió de pronto de entre las sombras y le rodeó la garganta, no tuvo tiempo ni de gritar. Fue arrastrada hacia atrás, contra un cuerpo cuyo hedor le provocó arcadas. La voz que le habló al oído era la del hombre que la había asustado dentro.
—Tiene que tener más cuidado cuando lleve tanto dinero encima, señorita. Hay todo tipo de personas malintencionadas por aquí.
—¡Suélteme! —jadeó ella, intentando sonar fuerte y valiente sin conseguirlo—. ¡Puede quedarse con su dinero! —consiguió añadir.
Con el brazo que no la sujetaba por el cuello, le rodeó la cintura.
—De pronto me doy cuenta de que no es su dinero lo que quiero.
El hombre se echó a reír y aquel sonido le provocó a Eleanor un espanto que no había sentido en

su vida.

Capítulo Doce

No debería tardar tanto en llegar.

Tristan frunció el ceño y volvió a consultar el reloj. Era difícil ver, el cielo estaba nublado y la luz de la luna era débil, pero sabía que había pasado más tiempo del necesario para que llegara desde el edificio hasta su caballo, que, tontamente, había dejado demasiado lejos.

Tristan conocía a los hombres y sabía que no se podía confiar en muchos de ellos, sobre todo cuando estaban completamente ebrios y se sentían desairados.

Había estado pendiente de la breve pero tensa conversación entre Eleanor y aquel hombre, al que vio desde el momento en que ella se sentó en esa maldita mesa y cuyo aspecto no le había gustado nada.

Aunque no podía oír lo que decían, podía hacerse una buena idea. Corrían rumores, los hombres no estaban muy contentos de que hubiera una dama entre ellos, y menos de que los estuviera machacando y costándoles un dineral con esa mente tan rápida que tenía. Nunca había visto a nadie jugar a las cartas como ella, estaría impresionado si no estuviera tan preocupado.

En cuanto Eleanor se marchó, Tristan también lo hizo. Estaba decidido a seguirla cada vez que insistiera en venir a este sitio; aunque ella se enfadara con él, al menos estaría a salvo. O eso creía.

Su corazón empezó a palpitar con fuerza cuando volvió a consultar el reloj. Incluso teniendo en cuenta el tiempo que tardaría en reunirse a cerrar las cuentas con el dueño, ya debería haber llegado. Había esperado demasiado. Decidió volver a buscarla.

De pronto recordó que hacía poco estaba determinado a abandonar Torrell en cuanto hubiera examinado la casa de los Gold. Una parte de él se preguntaba por qué, tras apenas unas cuantas discusiones acaloradas y un beso apasionante, estaba tan decidido a quedarse allí y a formar parte de la vida de Eleanor Gold, tanto si ella lo deseaba como si no.

Ignoró esa parte, pues no quería realmente indagar en los motivos. Estaba seguro de que todo aquello lo transformaría de forma permanente e irreversible.

Estaba dejando atrás un callejón en penumbra junto al edificio principal cuando un sonido atrajo su atención. ¿Qué había sido eso? Sonaba como...

El grito de una mujer rasgó el aire y un miedo arrollador lo golpeó de lleno en las entrañas. Sin dudarlo un segundo, corrió por el callejón en dirección del sonido. Al ver la escena que se le presentó delante, su miedo fue sustituido por una ira desatada.

La capucha de la capa de Eleanor estaba caída y su cabello dorado brillaba bajo la pálida luz de la luna. Pero eso no fue lo que más captó su interés. Lo único que Tristan vio, lo único que pudo ver, fue que ella estaba contra una pared de piedra y una mano sucia le apretaba la garganta. Eleanor tiraba y arañaba, pero la mano permanecía inmóvil.

Soltó un rugido de furia y Eleanor lo vio, al igual que el bastardo que la estaba atacando. Tristan, en cambio, no la miró a ella, no podía dejar que lo distrajera. Se abalanzó sobre el sujeto y ambos acabaron en el suelo. El hombre anónimo ni siquiera tuvo la oportunidad de incorporarse antes de que Tristan se le echara otra vez encima.

—¡Te mataré! —bramó, y sintió una oleada de satisfacción cuando los ojos inyectados en sangre del bastardo se llenaron de terror.

—¡Detente!

Apenas alcanzó a oír la susurrante súplica de Eleanor mientras golpeaba al borracho en la nariz y

se regocijaba con el crujido de sus huesos.
Nunca antes había sentido tanta ansia de sangre. Aunque acudía regularmente a Gentleman Jackson's cuando estaba en la ciudad, Tristan jamás había tenido especial predilección por la violencia o las peleas. Sin embargo, ahora mismo podría contemplar con todo gusto cómo la vida se le escapaba al canalla que tenía debajo de él.
Descargó su puño contra la cara del agresor, y habría continuado su ataque si Eleanor no hubiera vuelto a intervenir.
—¡Tristan! —sollozó ella. Incluso a través de su rabia se le encogió el corazón al percibir el miedo en la voz de la muchacha, y eso lo enfureció aún más—. ¡Por favor! —gritó—. ¡Por favor, para!
Ninguna otra cosa habría podido frenarlo. Ninguna otra persona habría conseguido atravesar las frenéticas emociones que se arremolinaban en su interior.
Pero ella lo hizo.
Se puso de pie, levantando consigo al bastardo.
—¡Me has roto la maldita nariz! —vociferó el hombre, y Tristan lo aferró del abrigo con fuerza.
No era una prenda muy cara, pero tampoco era de la tela basta que utilizaban habitualmente las clases trabajadoras. Supuso sería un comerciante o un granjero que se ganaba bien la vida.
—Te romperé todos y cada uno de los huesos de tu penoso cuerpo si vuelves a tocarla —le juró con voz glacial y amenazante—. Averiguaré quién eres y te destruiré.
El hombre no respondió, pero un rápido asentimiento indicó que sabía que cada palabra de esa amenaza iba en serio. Apartó de un empujón al canalla y lo vio alejarse a trompicones por el callejón y perderse de vista.
Eleanor y él se quedaron solos. Tomó aire, intentando que sus manos dejaran de temblar antes de volverse hacia ella.
Ya está a salvo, se repitió una y otra vez. *Está a salvo e ilesa. Pero debe estar muerta de miedo.*
Nunca había perdido los estribos así delante de una mujer, y ahora ella estaría asustada de él, no querría volver a verlo ni a hablarle nunca más.
Se volvió lentamente y se aseguró de mantener cierta distancia, maldiciendo al ver sus manos ensangrentadas, las que dejó caer a los lados. Tendría que intentar tranquilizarla de algún modo y convencerla de que estaría segura con él para poder llevársela de allí.
—Eleanor —dijo con calma.
Odió que lo viera con esa mirada atormentada en los ojos. Nunca la había visto tan asustada y le dieron ganas de volver a por el bastardo y ejecutar su amenaza.
—¿Te ha hecho daño? —le preguntó, sabiendo que si su respuesta era afirmativa, nada, ni siquiera ella, podría detenerlo. —Eleanor no respondió ni se movió—. Eleanor —insistió él, y dio un pequeño paso hacia delante—. Cariño.
De pronto, ella se lanzó hacia él y enterró llorando la cara en su pecho. Tristan se sorprendió al principio, luego lo embargó la tibia sensación de tenerla a salvo entre sus brazos; la rodeó con ellos para estrecharla con fuerza y hundió la cara en su pelo, absorbiendo ese aroma a flores que lo volvía loco.
Se sentía muy bien abrazarla así. Su corazón latió con fuerza al comprender que ese era su sitio, con ella en sus brazos.

***

Eleanor no podía dejar de temblar por mucho que lo intentara, como si el miedo fuera como el aire helado que cala hasta los huesos. Cuando pensó en lo que pudo haber pasado se estremeció, y vio que Tristan también la miraba con preocupación.

Él había querido que compartieran la yegua de Eleanor, asegurándole que podría arreglárselas para llevar las riendas del dócil animal, pero ella se había negado, por tentadora que fuera la oferta.
Tristan había cedido de inmediato, algo inusual en él. Sin duda, pensaría que estaba demasiado traumatizada como para estar más de una hora cabalgando con un hombre. No podía estar más alejado de la realidad, no había otro sitio en el que quisiera estar más que en sus brazos; y eso no se debía solamente a que la hubiera rescatado, aunque nunca se había sentido más aliviada y agradecida en su vida.
Normalmente se habría enfadado porque Tristan la vigilara de cerca como si fuera una pobre niña indefensa, incapaz de cuidar de sí misma. No había pensado, ni en sus peores pesadillas, que él llevaría razón. Nunca había pasado tanto miedo como en aquel callejón, y aunque era algo ingenua, tenía veinticinco años, edad suficiente para saber exactamente cuáles eran las intenciones de ese animal.
Echó una mirada a Tristan. Llevaba las riendas de su caballo e iba atento al camino, pero tenía la mandíbula apretada y sus nudillos no estaban amoratados ni hinchados, sino blancos.
¿Estaba enfadado con ella?
Nunca había visto a alguien tan enfurecido. Por un momento, pensó que no dejaría de golpear a aquel hombre hasta aniquilarlo, pero lo hizo. Se detuvo y la consoló, la dejó llorar entre sus brazos hasta quedarse exhausta. No le reprochó su estúpida candidez, no le recordó que le había advertido de los riesgos de sus actos.
A diferencia de lo brutal que había sido con su agresor, con ella solo fue amable y considerado. También apreciaba su silencio. Su cabeza era un caos de emociones y le parecía que iba a explotarle de un momento a otro.
Cada vez que recordaba lo sucedido, cada vez que invocaba la mirada de odio y triunfo de aquel hombre, sentía pavor, náuseas, repulsión. Pero lo más sorprendente —y seguramente nada apropiado— era la oleada de deseo y ternura que experimentaba al pensar en Tristan corriendo para rescatarla, algo que no podía ni siquiera empezar a comprender.
Cabalgaron en un silencio apenas interrumpido por sus preguntas sobre cómo se sentía, si estaba dolorida, si necesitaba parar, si tenía suficiente abrigo... Pero no era un silencio incómodo, al menos no para ella.
Aún estaba conmocionada, le castañeteaban los dientes y la cabeza le latía con fuerza. Tristan había intentado más de una vez darle su abrigo, pero Eleanor se había negado. No le serviría de nada, y además, si estuviera envuelta en el perfume de aquel abrigo, el perfume de Tristan, probablemente acabaría cayéndose del caballo.
Aun así, en lo más íntimo, disfrutaba de este tiempo con él a solas, en la noche tranquila y silenciosa. Si las circunstancias hubieran sido mejores...
Otra vez su mente regresó al incidente del callejón y esa sensación de bienestar, de felicidad, se esfumó.
Cuando Tide Cottage apareció frente a ellos, Eleanor estaba exhausta, mareada, dolorida y decidida. Llevaba la última media hora pensando en qué hacer, y, aunque no le entusiasmaba la idea, creía que era el único camino posible.
Se detuvieron en el pequeño jardín delantero y Eleanor vio cómo Tristan asumía el mando como si fuera el dueño del lugar, pero estaba demasiado cansada para poner objeciones, y, además, le gustaba que él la cuidara. Llevaba tanto tiempo encargándose de los demás, que era reconfortante que alguien se ocupara de ella por una vez.
Tristan la bajó del caballo y su corazón se aceleró cuando sus fuertes manos la rodearon por la

cintura. La sostuvo como si no pesara nada, y durante un glorioso y demencial instante, mientras la dejaba en el suelo y su mirada cobalto se clavaba en la de ella, pensó que la besaría. *Quería* que la besara.

El beso de Tristan ahuyentaría cualquier otro pensamiento de su mente, fuera este desagradable o no. Pero tras un momento de tensión, él sacudió ligeramente la cabeza y se alejó para ocuparse de los caballos. Lo siguió a paso lento hasta el improvisado establo, donde él se ocupó de desensillar la yegua y prepararla para pasar la noche. Cuando acabó, se acercó a ella.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó con preocupación.

Aquel mechón castaño volvió a caer sobre su frente y Eleanor sintió la tentación de apartarlo, pero en lugar de hacerlo sonrió cansadamente.

—Lo estoy —le aseguró por enésima vez. Dudó un instante antes de seguir hablando—. Tristan —dijo sin darse cuenta de que había empezado a llamarlo por su nombre de pila—, yo... cuando... —Tragó saliva. No quería volver a llorar, al menos no hasta que estuviera sola en su alcoba—. Gracias —murmuró finalmente mirándolo a los ojos—. Te estoy más agradecida de lo que puedo expresar.

Él extendió la mano y le rozó suavemente su mejilla con los nudillos. Afortunadamente, no utilizó la mano con la que había golpeado al agresor.

—Solo me alegro de haber estado allí —respondió con los ojos encendidos de emoción, y Eleanor se quedó sin aire—. Si no hubiera llegado a tiempo... —Se interrumpió y una expresión de profundo pesar se dibujó en su rostro.

—Pero lo hiciste —replicó ella cogiendo su mano para estrecharla suavemente—. Lo hiciste. Estoy a salvo gracias a ti.

Tristan le dio un delicado beso en el dorso de la mano y su sangre se encendió. Eleanor comprendió que no quería que se marchara, pero necesitaba estar sola para procesar todo lo que había sucedido aquella noche.

—Afortunadamente, ya ha pasado todo. —Sonrió al soltarla—. Descansa e intenta dejarlo todo atrás.

Eleanor asintió.

—La próxima vez procuraré tener más cuidado —dijo ella en voz baja.

Tristan se puso rígido y su rostro palideció.

—¿La próxima vez?

—Pues sí. —Ella frunció el ceño ante la extraña reacción de Tristan, que de pronto parecía enfadado—. Tendré más cuidado cuando vuelva.

Él dio un paso hacia adelante, estaban tan cerca el uno del otro que podía sentir la energía que emanaba de él.

—¡Ni de broma lo harás!

Capítulo Trece

Eleanor ya no tenía ningún sentimiento de ternura por él. Intentó cerrarle la puerta en las narices a aquel cerdo arrogante, pero lo único que consiguió fue golpearle el pie que tenía atravesado en la puerta. Se metió en la cocina con paso firme y se volvió para mirarlo con desprecio mientras él entraba en la pequeña habitación y lo invadía todo con sus hombros ridículamente grandes.

—¡No te atrevas a decirme lo que tengo que hacer! —masculló furiosa. Quería gritarle y protestar, pero no podía arriesgarse a despertar a Mary y a sus hermanos.

—¿¡Has perdido la cabeza!? —le espetó él, y ella lanzó un grito ahogado—. Después de lo que ha pasado esta noche, ¿aún quieres volver allí?

—Sí, y lo haré —replicó ella con obstinación.

De improviso, él la agarró por los brazos y la sacudió suavemente.

—Eleanor, ¿tienes idea de lo que te habría pasado si yo no hubiese llegado? ¿Tienes idea de lo estúpido y peligroso que es hacer lo que estás haciendo?

Ella quiso responderle, pero la desesperación en el rostro de Tristan la hizo detenerse, y, sin quererlo, sintió una punzada en el corazón. Realmente pensaba en su bienestar, estaba sinceramente preocupado por ella, pero eso no significaba que tuviera que hacer lo que él dijera. No había otra forma mejor o más rápida de ganar dinero.

—Sé que esta noche he estado en peligro —dijo con un tono deliberadamente pausado— y te agradezco mucho que estuvieras allí, pero...

—No fui lo bastante rápido —la interrumpió.

—¿Qué?

—Que no fui lo bastante rápido, ¿verdad? —dijo disgustado—. Debería haberte acompañado todo el tiempo en lugar de esperar junto a tu caballo. —Se apartó de ella y, una vez más, Eleanor sintió la tensión que fluía de él en oleadas—. No puedo dejar pensar en eso. En sus manos sobre ti, en su... —Se interrumpió y maldijo. Eleanor se quedó inmóvil, estaba conmocionada y no sabía qué decirle—. Nunca había sentido ese instinto asesino en mi vida —continuó. Su voz era tan débil que ella tuvo que esforzarse para oírlo—. Nunca había tenido motivos para ello, pero la idea de que alguien pudiera hacerte daño, aunque sea un pelo de tu cabeza... Bueno, has visto lo que pasó. —Por más que lo intentara, Eleanor no podía evitar que su corazón se ablandara. Ya casi no podía contenerlo más—. ¡Y ahora me dices que piensas volver! —Se acercó más a ella y Eleanor sintió que las piernas no le respondían—. Pues lo siento, cariño, pero no va a ser así.

Y con esas palabras, su temperamento volvió a estallar.

—Lo siento, señor Grayson —dijo con los dientes apretados—, pero parece que tiene la errónea idea de que puede opinar en este asunto. No es de su incumbencia y no tiene nada que decir al respecto.

—¿Que no es de mi incumbencia? —Se rio, pero no había humor en su risa—. ¡Si crees que voy a quedarme de brazos cruzados y ver cómo te pones en peligro una y otra vez, estás muy equivocada!

Eleanor ya había tenido suficiente. ¡Era él quien la había puesto en aquella situación!

Las palabras de la adivina resonaron en su mente: *No dejes que sus pecados del pasado empañen tu visión del futuro*, pero la expulsó sin miramientos, y también a la voz que le repetía que Tristan había intentado arreglar las cosas y ella no se lo permitió.

No quería su caridad, no quería ser un objeto de compasión para él ni una soga alrededor de su

cuello. Prefería arriesgar su vida antes que convertirse en eso.
Lo que Tristan no sabía era que ella sí comprendía el peligro de lo que hacía, y por eso le confiaría su secreto a Trevor, para que él la acompañara. No le gustaba mucho que su hermano de dieciséis años estuviera en un sitio como aquel, pero Eleanor le caía en gracia al dueño y esperaba que —por un precio extra— permitiera que Trevor se quedase en las cocinas u otro sitio por si ella lo necesitaba. No era lo ideal, desde luego, pero era mejor que no tener dinero.
Sin embargo, allí estaba este hombre, la razón de todo aquel desastre, intentando darle órdenes como si fuera una niña rebelde.
—Iré y tú no me lo impedirás —aseguró, consciente de que estaba empezando a levantar la voz y corría el riesgo de que alguien los escuchara—. ¡Estoy en esta situación por tu culpa! —le gritó, aunque injustamente.
Él se sobresaltó como si lo hubiera abofeteado, pero a ella ya no le importaba—. ¡Necesito el dinero! ¡Mis hermanos lo necesitan! Trevor necesita una comisión y Pippa merece la oportunidad de conocer a alguien que la quiera y la cuide. Esta es la única forma de conseguirlo.
Él se quedó completamente en silencio, estudiándola atentamente. Al cabo de un momento, habló, pero la rabia ya había desaparecido de su voz y ahora era más suave.
—¿Y qué hay de ti, Eleanor? —preguntó—. ¿Qué hay de lo que tú necesitas? ¿Lo que tú mereces?
Ella abrió la boca, pero no tenía una respuesta.
—Yo... yo... —balbuceó, desorientada por sus preguntas y la ansiedad que estas le provocaban —. Cuando Trevor y Pippa estén bien, podré preocuparme por mí —murmuró, pero ya no tenía fuerzas para discutir.
Cuando Pippa y Trevor tuvieran sus vidas resueltas, sería demasiado tarde para que ella pudiera hacer nada más que vivir allí, en esa pequeña casa con Mary, las dos solas. Detestó el escozor de las lágrimas que de improviso brotaron de sus ojos. Estaba cansada, eso era todo, había sido una noche muy dura. No era la soledad ni la preocupación por su futuro, y desde luego no era el deseo por ese hombre tan entrometido que tenía enfrente.
—Tú siempre te ocupas de los demás —continuó él, haciéndose eco de sus pensamientos—. ¿No estaría bien que por una vez alguien cuidara de ti?
Sí, estaría bien. ¡Sería maravilloso! Pero eso no iba a suceder.
Eleanor estaba extenuada, solo quería estar sola para intentar recobrar fuerzas, para poder llorar en paz, para pasar otra noche atormentada por los sueños con él.
Tristan suspiró, parecía que también había perdido la voluntad de discutir.
—Solo quiero que no vuelvas allí, poniéndote en peligro.
—No tengo elección. —Las palabras brotaron de su boca antes de que pudiera detenerlas.
Un fuego azul iluminó los ojos de Tristan.
—Sí la tienes —murmuró.
Él había suavizado el tono, su voz se había vuelto algo ronca y seductora, y eso la puso en guardia. Se sorprendió a sí misma retrocediendo mientras él avanzaba hacia ella.
—¿Ah, sí? —Eleanor quiso mostrarse displicente, pero parecía simplemente vulnerable.
—Ya lo creo que sí.
La sonrisa que Tristan le dedicó le hizo doblar los dedos de los pies.
—¿Y eso qué significa?
Estaba segura de que él podía oír su corazón golpeándole en el pecho, que se daría cuenta de su respiración agitada.
La encantadora sonrisa de Tristan se volvió de pronto lobuna.

—Cásate conmigo.

***

Eleanor alzó la mirada hacia el sol, disfrutando del calor en su rostro y el rocío de la sal marina en los labios.

Llevaba horas paseando por la playa y aún no se sentía más tranquila. Era culpa de Tristan, por supuesto, como casi todo en su vida.

La noche anterior, cuando él estremeció los cimientos de su mundo con dos simples palabras, comprendió que debía poner distancia entre ellos de una vez por todas. Cuando le dijo «cásate conmigo» su corazón se desbordó de tal euforia que estuvo a punto de perder la conciencia. Fue esa reacción lo que la convenció. Se dio cuenta en ese instante eterno de que se había enamorado como una estúpida. Tenía que deshacerse de él. Aunque su propuesta fuera sincera, procedía de la preocupación, de la obligación, incluso de la lástima, y ella no lo soportaba.

Después de la declaración, Eleanor no fue capaz de mover un solo músculo ni pronunciar una sola palabra, solo se quedó mirándolo como una tonta y él le sostuvo la mirada. Al cabo de un rato, Tristan suspiró y maldijo en voz baja.

—He metido la pata hasta el fondo, ¿verdad? —Le dedicó una sonrisa ladeada que hizo que su corazón se derritiera—. Has pasado una noche muy larga, no debí haber dicho eso.

Eleanor se estremeció al recordar el dolor que esa frase le había provocado. Él mismo le decía que no debió pedírselo. No habían pasado ni dos minutos y ya estaba arrepentido.

—Vete a la cama —le había dicho—. Duerme un poco. Mañana vendré a verte.

Y antes de que pudiera decir nada, él se había marchado.

Eleanor cerró la puerta y subió las escaleras desconcertada. Se desvistió, se puso un camisón de algodón y se tumbó en la oscuridad. Entonces lloró con sollozos sonoros y agitados que le hacían temblar todo el cuerpo; pero ya no se trataba de lo que había sucedido en el callejón, lloraba porque se había ilusionado por primera vez y le habían roto el corazón, y todo en apenas unos minutos.

Aquella mañana, cuando por fin salió de su habitación, Pippa le hizo un comentario sobre lo cansada que se veía y se preocupó por la posibilidad de que estuviera enferma.

Eleanor no estaba segura de poder dominar sus emociones, así que se marchó enseguida, alegando que quería dar un largo paseo por la playa. Y allí estaba ahora, contemplando las olas y preguntándose cómo, en tan solo unas semanas, su vida se había convertido en un auténtico desastre. Pero mientras miraba a las gaviotas volar por encima de ella y sentía cómo la agradable brisa le despeinaba el cabello, tuvo que admitir que su vida ya no era el mismo caos que el de unas semanas atrás. Estaban mucho mejor ahora, gracias al dinero que ganaba todas las semanas.

Ni una sola vez se preocupó por no dejarse llevar demasiado. Cada carta que jugaba era cuidadosamente calculada; cada apuesta, minuciosamente sopesada. Nunca sintió la adrenalina que su padre perseguía sin descanso, solo estaba allí para ganar dinero, para sacar a su familia de la pobreza, para darles un futuro a Pippa y a Trevor.

Sin embargo, eso no hacía que se sintiera mejor, pues el maldito Tristan Grayson había hecho que algo se despertara en su interior: la había hecho pensar en sí misma, en lo que *ella* deseaba. La había hecho añorar una vida que nunca podría tener, le había permitido vislumbrar lo que podía ser la verdadera felicidad.

Sin embargo, nada de eso podría convertirse en realidad. Le gustara o no, Eleanor amaba a Tristan, pero él no la amaba a ella. Casarse sabiendo que él se ataba por obligación o compasión la destruiría.

Una lágrima solitaria resbaló por su mejilla y la pilló por sorpresa, no creía que aún le quedasen

lágrimas.
Había llegado el momento de alejarse de Tristan Grayson, de recuperar la paz y la serenidad que tenía antes de que él llegara y lo trastocara todo. No es que no hubiera tenido problemas antes, sobre todo económicos, pero ahora sabía cómo solucionarlos. Una vez que él desapareciera, su vida transcurriría sin sobresaltos.
Paz y serenidad...
Soledad, vacío y tedio...
Esa vocecilla interior era una verdadera molestia.
—¡Cállate! —dijo en voz alta como una lunática.
—He conseguido irritarte sin pronunciar ni una sola palabra. Debe tratarse de un nuevo récord.
Al oír su voz en el oído, Eleanor se dio la vuelta bruscamente. Allí estaba él: alto, poderoso, recio. Un hombre que podía ser un gran marido.
Pero no, eso jamás sucedería. No permitiría que el matrimonio con ella fuera un sacrificio, no podría vivir sabiendo que Tristan querría estar en otra parte y no con ella. Sobre todo, no lo privaría de la oportunidad de encontrar el verdadero amor, la verdadera felicidad.
Eleanor siempre tenía alguna respuesta mordaz que le arrancaba a Tristan una sonrisa, esa sonrisa que a ella le erizaba la piel y le aceleraba el corazón, pero hoy no. Hoy solo lo miró fijamente, sabiendo que debía despedirlo aunque solo quería rogarle que se quedase.
—¿No hay una réplica perspicaz de la indomable señorita Gold? Me siento como si hubiera ganado un concurso o algo. —Tristan sonrió, pero la sonrisa se desvaneció poco a poco cuando la miró a la cara—. Estás pálida —dijo con seriedad.
—Estoy cansada —respondió ella cuando por fin rompió el silencio.
Después de todo, era verdad, al menos en parte.
Tristan le acarició la mejilla con el pulgar. No debió dejarlo hacer eso, pero era demasiado débil para rechazarlo.
—Eres preciosa —dijo él.
Era el momento. Debía decirle que saliera de su vida, que era más feliz antes de conocerlo. Bueno, no era más feliz, pero era inconsciente de su infelicidad.
Sin embargo, no dijo ni una palabra, y cuando él se inclinó para besarla, olvidó todas las razones que tenía para pedirle que se marchara. Le rodeó el cuello con los brazos, se estrechó contra su cuerpo y deseó con todas sus fuerzas que nunca se alejara de su lado.

Capítulo Catorce

Habla primero, bésala después.

Durante todo el camino, Tristan se había repetido el mismo mantra.

No era justo abrumarla así. No era justo haberle pedido que se casara con él después de la horrible noche que había pasado. No era justo estrechar su delicioso cuerpo contra el suyo y deslizar la lengua dentro de su boca antes de oír la respuesta.

Pero ella diría que sí. Estaba seguro. Nunca había deseado tanto a alguien como a la belleza de ojos verdes que había vuelto su mundo del revés.

Y no la quería solo en su cama, aunque la mera idea de ello aumentaba su pasión como un fuego que podría abrasar la tierra, la quería en su vida. Su personalidad lo entusiasmaba, su inteligencia lo impresionaba, su ingenio lo divertía. La vida con Eleanor estaría llena de disputas, seguramente, ya que era la mujer más testaruda que había conocido jamás, pero muchas peleas significaban muchas reconciliaciones... Pensar en tales cosas hacía que le fuera muy incómodo ir montando a caballo.

La vida sería divertida y tranquila. Gozarían de la seguridad que ninguno de los dos había tenido siendo niños, porque Eleanor sería su igual en todos los aspectos. Con su aguda mente contribuiría a que sus negocios florecieran, y su bondadoso corazón llenaría su hogar del amor que nunca había esperado tener. Ya podía imaginarse con un montón de niñas rubias como su madre, lo volverían loco y sería el hombre más feliz del mundo.

Pero primero tendrían que hablar de verdad. Ella tendría que escucharlo, dejar que la ayudara, que cuidara de ella como ella había hecho con los demás. Tendría que dejar que la amara y le diera la vida que se merecía, la vida que él y su padre le habían arrebatado.

Por eso, consciente de todo lo que estaba en juego, primero hablarían y solo después la besaría.

Pero entonces ella se dio la vuelta para mirarlo y se sintió completamente perdido. Tendría que ser un hombre mucho más fuerte de lo que era para resistirse a la tentación que era aquella melena, como un halo a la luz del sol; esos ojos brillantes como esmeraldas; ese aroma envolviéndolo y cautivándolo, arrastrándolo hacia ella, atrapándolo en su hechizo.

En cuanto saboreó sus labios, experimentó una sensación de absoluta plenitud.

Podría abrazarla para siempre, besarla para siempre, o tan solo estar cerca de ella para siempre. Y eso era justo lo que pensaba hacer.

El beso se hizo más intenso, la estrechó tan fuerte que solo las finas capas de su ropa los separaban. El sonido de sus gemidos lo turbaba. En algún lugar, en el último resquicio de su mente lógica, sabía que tenía que ir más despacio, atemperar su fogosidad. Ella era virgen, estaba seguro de eso.

Eleanor se consideraba a sí misma una solterona, creía que ser mayor que el resto de las debutantes la hacía poco deseable, pero Tristan creía que eso le confería una madurez y una inteligencia que no solía ver en las simpáticas muchachas que normalmente le hacían compañía.

Apartó sus labios, intentando desesperadamente recuperar el control, pero alejarse de ella era imposible. Siguió besándola por el cuello y cada gemido de ella lo hacía sentir más y más salvaje.

Por fin alzó la cabeza y la miró. Estaba enrojecida de placer, rendida entre sus brazos. Era la cosa más bella que había visto en su vida y su corazón se henchía de ternura.

Ella tiró de él para que volviera a besarla, pero por mucho que quisiera complacerla, sabía que

tenía que tomarse su tiempo con Eleanor y que era necesario que hablasen. Tenía que ser fuerte.
—Por favor —susurró ella junto a su boca.
¡Por Dios! Un hombre solo podía aguantar hasta cierto punto.

***

Eleanor estaba atrapada en una tormenta de emociones. Tristan era una fuerza de la naturaleza que la consumía. Su amor por él era arrollador y eso intensificaba su deseo, haciéndolo imposible de resistir.
Sintió que algo cambiaba entre ellos en el momento en que ella tomó la iniciativa y lo besó, suplicándole irreflexivamente más placer. Lo supo cuando el último vestigio de autodominio de Tristan cedió y sintió la palpable e impetuosa fuerza de su deseo por ella.
Lo único que pudo hacer fue enredar los dedos en su pelo y aferrarse a él con urgencia mientras él la llevaba a un mundo de lujuria de la que no se había creído capaz.
Tristan volvió a apartar sus labios para dejarle un rastro de fuego a lo largo del cuello, cada vez más cerca del escote. Sus manos iniciaron una lenta y tortuosa exploración de su cuerpo que despertó en ella un ansia que no estaba segura de poder soportar.
Súbitamente, sintió que sus pies abandonaban el suelo y él la sostuvo entre sus brazos antes de depositarla suavemente sobre la arena.
El cálido sol del verano brillaba sobre el rostro de Eleanor, que quedó momentáneamente cegada por su resplandor hasta que Tristan se tendió sobre ella, mirándola con tanta ternura que su corazón se estremeció.
Antes de llegar a recobrar del todo los sentidos, él le devolvió sus labios, besó sus párpados y brevemente la boca antes de bajar para recorrer cada centímetro de su piel desnuda. Disfrutó de la presión que él ejercía sobre su cuerpo y de la evidente necesidad que manifestaba.
—No puedo controlarme cuando estoy contigo —le susurró al oído antes de morderle la oreja, provocando el gemido de Eleanor.
—Pues no lo hagas —respondió ella, apenas capaz de creer que fuera ella misma la que hablaba y se contorsionaba debajo de aquel hombre.
La risa ahogada de Tristan sonó tan desesperada como lo estaba ella.
—Debo hacerlo —replicó él con voz tensa—. Uno de los dos tiene que actuar con sensatez. —Con suavidad, él le apartó un mechón de pelo de la cara y le sonrió. Sus ojos refulgían con un fuego azul—. Cuando estemos casados no tendremos que contenernos nunca. Podremos pasar todos los días así.
Esas palabras fueron como el agua fría del mar. Eleanor se sacudió la bruma de deseo que él había arrojado sobre ella.
¿Qué diablos estaba haciendo? No podía ni pensarlo sin que el bochorno de la vergüenza le escaldara las mejillas. ¡Era pleno día! Cualquiera podría haberse topado con ellos y entonces sí que se habría visto obligada a casarse con él.
Una vocecita maliciosa dijo: *si estuvieras obligada a casarte con él, podrías tenerlo sin renunciar a tu orgullo.*
Era una idea tentadora, sobre todo cuando su cuerpo seguía ardiendo con las llamas que él había encendido en su interior. Pero las cosas no habían cambiado y ella seguía sin creer que él hablara en serio.
No se ataría a un hombre que no la quería de verdad. O peor aún, que la quería por razones que nada tenían que ver con el amor.
No dudaba de que él la deseaba, quizá incluso la apreciaba. Las conversaciones que habían mantenido cuando no estaban peleando habían sido animadas e interesantes. Había matrimonios

fundados sobre bases mucho menos sólidas, adujo para sí misma. La mayoría de las uniones en la alta sociedad no tenían mucho en lo que sustentar una relación, no más que una dote cuantiosa y un apellido adecuado. Entonces, ¿por qué no aprovechar esta oportunidad?
Tristan seguía sonriéndole sin imaginar las turbulencias que agitaban su interior.
Eleanor inspiró profundamente y lo miró directamente a los ojos. Tenía que ser muy clara con lo que iba a decir, necesitaba que él la escuchara seriamente y le creyera, porque, si intentaba disuadirla, no estaba segura de poder resistirse.
—Tristan... —Se le quebró la voz. Tuvo que aclararse la garganta y volver a intentarlo—. Tristan, no creía que lo dijeras en serio.
No era para nada el modo en que quería empezar, pero eso fue lo que le salió.
Los ojos de Tristan se abrieron ligeramente, pero en lugar de parecer enfadado o sorprendido, como ella había esperado, siguió sonriendo.
Se quitó de encima de ella y Eleanor intentó no añorar tanto el peso de su cuerpo, su aroma y su tacto. Se sentó a su lado y le tendió la mano para ayudarla a hacer lo mismo. Cuando ella la aceptó y se incorporó, el no le soltó la mano, mantuvo sus dedos entrelazados con los de ella.
—Sabía que no debí haber dicho eso anoche —empezó a decir él, con la mirada fija en sus manos entrelazadas.
A pesar de que Eleanor estaba decidida a rechazar su proposición, se le retorció el estómago de dolor y decepción al escucharlo. ¿Había cambiado de opinión tan pronto? ¿Había estado jugando con ella desde el principio?
—Bueno, no pasa nada. —Intentó sonar alegre y despreocupada, pero su voz sonó frágil y temblorosa—. Podemos olvidarnos de todo. —Se levantó de un salto, se acomodó el corpiño que ni siquiera había notado que estaba escandalosamente bajo y se sacudió las faldas—. Tengo asuntos que atender. Buenos días, señor Grayson.
Él no habló, no se levantó ni intentó detenerla. Al principio pareció confuso y luego azorado, pero no se opuso.
Mejor así, se dijo Eleanor a sí misma mientras avanzaba a toda prisa alejándose de él. Era conveniente que no dijera nada ni discutiera, así la ruptura sería más fácil.
—¡Eleanor Gold!
Su voz retumbó por toda la playa y la paralizó. Se dio la vuelta para reprocharle que le gritara como si estuviera regañando a un niño, solo para darse cuenta de que lo tenía prácticamente encima.
¿Cómo había podido alcanzarla sin hacer ningún ruido?
—¡Qué! —le espetó ella. Había sonando petulante, lo sabía.
Él la fulminó con la mirada.
—¿¡Que lo olvidemos todo!? —exclamó. —¿¡Te pido que te cases conmigo y tú quieres que lo olvidemos todo!?
Eleanor no sabía qué decir. Parecía que, después de todo, la propuesta de Tristan había sido en serio. Eso significaba que no podría fingir que no había sucedido nada y disfrutar de los recuerdos del tiempo juntos, tendría que mantener con él una conversación, y sabía que el resultado de esa conversación sería no volver a verlo nunca más.

Capítulo Quince

Tristan no podía creer que, una vez más, aquella menuda mujercita lo dejara completamente desorientado.

Había estado a punto de tomar su virtud allí mismo, en la playa. El deseo lo tenía completamente fuera de sí, había estado torpe e inseguro, intentando encontrar las palabras justas para hacerle la proposición que merecía, pero allí estaba ella, impecable como si estuviera recién arreglada para salir al teatro y sin rastros de haber perdido el control en sus brazos instantes atrás.

No pienses en ello, se dijo a sí mismo con severidad. No vuelvas a distraerte.

—Yo no sabía...

—No me vuelvas a decir, Eleanor, que no sabías que hablaba en serio.

—¡Pero no lo sabía!

Era la criatura más exasperante del mundo. No sabía si zarandearla o besarla. Ambas cosas le resultaban apropiadas.

Tristan tomó aire, contó hasta diez y luego volvió a contar hasta diez. No podía proponerle matrimonio estando enfadado, no era así como debían empezar su vida juntos. Ella se merecía una petición romántica.

—Eleanor... —alargó la mano y tomó su rostro, forzando a sus preciosos ojos a encontrarse con los suyos—. Cariño, ¿me harías el honor de convertirte en mi esposa?

No podía seguir dudando de la sinceridad de su propuesta, pensó Tristan, y esperaba que ella pudiera verlo en sus ojos.

Eleanor agachó la cabeza y sus hombros se hundieron con un largo suspiro. Quizás intentaba no llorar, imaginó él con cierta arrogancia, siempre se había considerado el tipo de hombre por el que las mujeres llorarían.

Ella le diría que sí, por supuesto, y se arrojaría a sus brazos. Entonces, cuando fuera oficial, podrían terminar lo que habían comenzado sobre la arena.

No tenía un anillo para darle, no tenía acceso al tesoro familiar estando en Torrell. Además, no le parecía apropiado regalarle a Eleanor Gold una reliquia de la familia Grayson, considerando cómo estaban entrelazadas sus historias. Le compraría uno nuevo. Una esmeralda, tal vez, en homenaje a sus ojos verdes.

Finalmente, ella alzó la vista y se encontró con su mirada. No había lágrimas, como él había esperado, y sintió una punzada de inquietud en el estómago.

—Eleanor, ¿quieres casarte conmigo?

Nunca habría pensado que se declararía cuatro veces a la misma mujer.

Por un momento, algo suave y cálido iluminó los ojos de la muchacha y su corazón respondió con tierna emoción, pero desapareció en un instante. Ya no se veía como Eleanor, *su* Eleanor, sino como la mujer fría y amenazante que era cuando se conocieron.

—No —respondió ella con vos calma y desapasionada—. No quiero.

***

A Eleanor se le partió el corazón al ver la multitud de emociones que cruzaban el rostro de Tristan: conmoción, dolor, rabia, y lo que era más peligroso, determinación.

Sabía que él no aceptaría esa respuesta sin más. No la dejaría en paz hasta que lo convenciera de que no lo quería. ¡Era tan injusto tener que hacerlo! Ser su esposa, para ella, sería lo más

maravilloso del mundo. Si tan solo él también la amara...
Pero no la amaba. Era un buen hombre que hacía lo que podía para reparar el daño que había infligido a su familia y evitar que ella volviera al juego y las apuestas. Pero Eleanor no sería la razón de que se viera atrapado en un matrimonio sin amor. Nunca le haría algo así.
—No puedes hablar en serio —balbuceó él finalmente. Solo movió los labios, el resto de su cuerpo permaneció inmóvil.
—Lo digo en serio —repuso ella con determinación. Era imperioso que él no viera ninguna grieta en su armadura—. No encajaríamos. Te agradezco la intención, pero mi respuesta es no.
Se volvió para marcharse, pero no había dado más de dos pasos cuando él la hizo retroceder sujetándola por el brazo.
—¡Maldita sea, Eleanor! ¿Por qué actúas como si fuéramos extraños? ¡No estás siendo tú misma!
Eleanor perdía el control. Revivió cada una de las emociones que este hombre le había hecho sentir desde que se conocieron, o, en realidad, desde que Tristan le ganó la primera mano a su padre y cambió el curso de su vida para siempre.
—¡Esta soy yo! —Intentó no gritar, pero parecía presa de un demonio. Ya no podía controlar lo que hacía o decía—. ¡Tú no me conoces! ¡Te entrometes en mi vida después de haberla arruinado e intentas darme órdenes!
Él la miró como si lo hubiera abofeteado, y una parte de ella quiso retirar esas palabras, arrojarse a sus brazos y pasar el resto de su vida con él, pero su orgullo no se lo permitía. Tampoco su conciencia.
—No me casaré contigo solo porque quieras enmendar lo que nos hiciste.
—¡Espera, Eleanor...! —El intentó hablar, pero ella no lo dejó. Estaba decidida a decir lo que tenía que decir y volver a casa a curar su corazón roto—. Te perdono, si es que hay algo que perdonar. Te agradezco que intentaras ayudarnos, pero mi padre fue el causante de todo esto, no tú. Así que, por favor... —Las lágrimas que intentaba desesperadamente no derramar empezaron a anegarle los ojos y no quería echarse a llorar delante de él—. Por favor, solo déjame en paz. No quiero tu ayuda, no quiero tu compasión.
Intentó pasar por su lado y, una vez más, él la detuvo.
—Eleanor —dijo bloqueándole el paso—, escúchame.
—¡No! —gritó ella—. ¡No quiero escucharte! ¡No quiero casarme contigo! Llevo diez malditos años cuidando de esta familia, manteniéndola a flote, deshaciendo el daño que tú causaste.
Eleanor, detente, se dijo para sí, pero ya era tarde, había perdido la compostura y la razón. Estaba atacándolo con palabras destinadas a herirlo, a hacer que se marchara; palabras que ni siquiera sentía.
—Tú me has impedido soñar con nada más que seguir vivos y tener un techo bajo el que cobijarnos. Y cuando quise mejorar las cosas para Trevor y Pippa, también te entrometiste.
—¡Y mira lo que sucedió! —estalló él—. ¡Mira lo que pudo haber sucedido!
—¿Me estás culpando de lo que ha pasado? —bramó ella.
—¡Claro que no te culpo, maldita sea! Es solo que...
—Tú solo intentas aliviar tu conciencia casándote conmigo. Crees que todo desaparecerá si me das tu apellido, una casa donde vivir y dinero para gastar.
—¿Y qué hay de malo en eso? —replicó Tristan—. ¿Por qué es tan terrible?
Y de pronto la cólera de Eleanor perdió toda su fuerza. La furia la abandonó. Estaba exhausta, física y emocionalmente. Simplemente, no tenía más energías.
Le dedicó una sonrisa triste y las lágrimas se deslizaron por fin por sus mejillas.

—No es nada terrible —dijo con un tono ahora más sereno.
No lo era, de hecho. Alguien mucho menos testaruda que ella habría aceptado la oportunidad de ser su esposa. Pero ¿cuál era la suerte de las esposas no deseadas? Se quedaban solas. ¿De qué servían los vestidos, los carruajes, las casas y las joyas si sus esposos no se interesaban por ellas? Las dejaban abandonadas mientras se iban a hacer Dios sabe qué, porque nunca la han amado de verdad.
Era lo que le había sucedido a su madre, pero no le pasaría a ella. Era mejor seguir por su cuenta que estar con alguien que la hiciera sentir sola.
—Es muy generoso por tu parte —continuó—, pero el hecho de que no entiendas por qué te rechazo es una prueba de que no me conoces en absoluto.
Lo rodeó y empezó a caminar de regreso a Tide Cottage con paso aletargado.
—Eleanor —la llamó de nuevo, pero la energía también lo había abandonado a él.
Ella se detuvo para hablar una última vez:
—Ojalá nunca hubieras venido aquí —dijo cansadamente. Sin esperar su respuesta, se dio la vuelta y se marchó.

Capítulo Dieciséis

—Todo parece tan tranquilo sin él...

Eleanor apretaba los dientes mientras Pippa parloteaba sin parar.

El verano se acercaba a su fin y pronto sería imposible pasar el rato en el jardín. Pippa dibujaba, ella simulaba leer y Trevor estaba sentado, reflexionando en silencio.

Eleanor había renunciado a intentar comprender lo que pasaba por la mente de su hermano. Ella hacía todo lo que podía, se esforzaba por ahorrar dinero para comprarle su comisión, pero eso no sucedería de momento. La verdad era que las visitas al antro de juego no le estaban reportando tanto dinero como para que sus vidas cambiasen de verdad.

Al principio le había parecido mucho, comparado con lo poco que tenían, y, desde luego, había mejorado su calidad de vida. Se habían hecho vestidos nuevos y asistieron a algunos bailes por primera vez desde que perdieron la casa. Pippa había bailado más de una vez con el hijo del magistrado, parecía bastante prendada del joven y él de ella. Eleanor pensaba que quizás estaría instalada en otro sitio para Navidad, empezando una nueva vida.

Ella también había recibido peticiones, incluso bailó con hombres a los que había considerado amigos de toda la vida, pero pronto dejó de aceptar ofertas. Estúpidamente, le resultaba difícil bailar con un hombre sin pensar en el maldito Tristan Grayson. Solo recordar el apodo secreto que tenía para él le partía el corazón.

Ya habían pasado semanas y aún sentía su pérdida como un enorme vacío. Después de aquel horrible día en la playa, él había desaparecido, tal y como esperaba. Eleanor siguió con sus planes y dejó que Trevor la acompañara al antro cada semana. Al principio, el muchacho se había enfadado porque Eleanor había ido a apostar en lugar de dejarlo ir a él, pero cuando le contó lo bien que le estaba yendo, accedió a regañadientes.

La primera vez que fueron tras romper con Tristan, Eleanor había escudriñado ansiosamente el lugar con la esperanza de verlo allí, pero no estaba y sintió como si el corazón se le abriera en dos. Las siguientes semanas, a pesar de saber que no estaría, siguió buscándolo, todas y cada una de las veces, sin éxito.

—Pensaba que tal vez él y tú...

Eleanor se sacudió los pensamientos a tiempo de oír la incómoda pregunta solapada de Pippa. Sin duda, sus hermanos y Mary sentían gran curiosidad por saber qué había provocado que el señor Grayson desapareciera de un día para otro.

Nunca debió consentir que interviniera tanto en sus vidas, y debió saber que la gente se daría cuenta, que hablarían. Cuando iba al pueblo, recibía comentarios y preguntas sobre el paradero de Tristan, sobre la pena que suponía que se hubiera marchado.

—Teníamos algo parecido a una amistad. —Eleanor se esforzó por mantener una voz tranquila y despreocupada, pero por dentro se le desgarraba el alma—. Al igual que tú. Y recuerda que solo estaba en Torrell para ocuparse de la venta de la casa. Quizás ya ha encontrado un comprador.

—No lo ha encontrado —dijo Trevor de pronto, después de haber estado sentado y en silencio como una estatua.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Eleanor, desesperada por cualquier migaja de información que pudiera obtener sobre Tristan.

—Mary vio ayer a la cocinera y ella se lo contó —respondió, se encogió de hombros y volvió a quedarse en silencio.

—Bueno, pero ¿qué le dijo exactamente?
Trevor parpadeó sin comprender.
—No lo sé.
Eleanor se mordió el labio para no perder los nervios con su hermano. No era su culpa que ella estuviera obsesionada con algo que no significaría nada para un muchacho de dieciséis años. Tampoco significaría nada para una persona que estuviera cuerda.
En ese momento, Mary salió a tender las sábanas.
—¡Mary! —la llamó Pippa, y Eleanor se alegró de que su hermana pequeña fuera tan curiosa, pues su orgullo le habría impedido interrogar a la criada—. ¿Qué te ha contado la cocinera sobre la casa?
Mary se volvió y dirigió a Eleanor una mirada perspicaz que la hizo sonrojarse hasta los huesos, pero levantó la barbilla e intentó parecer lo menos interesada posible.
Mary se limitó a sonreír y empezó a extender las sábanas. Las hermanas acudieron inmediatamente a ayudarla y Trevor volvió a su silencio sepulcral.
—Todo lo que dijo fue que el amo llegó muy enfadado un día e informó al personal que se marchaba —contó Mary sin preámbulos—. No les explicó cuáles eran sus planes, a dónde iba ni cuándo volvería. Cuando le preguntaron si debían dejar la casa lista para su regreso, dijo que la dejaran preparada, cerrada o lo que quisieran, que a él le daba igual; todo ello acompañado de un lenguaje no apto para los oídos de las jovencitas. —Eleanor casi podía verlo—. Se retiró a sus habitaciones y en menos de una hora se había marchado. Su ayudante de cámara lo siguió luego con sus baúles. Eso fue todo.
—Qué extraño... —murmuró Pippa con una mirada taimada en dirección a Eleanor.
Sin duda, estaba recordando que Eleanor también había regresado a casa un día con un humor de perros.
—Esa no es manera de tratar al personal —resopló Eleanor, esperando parecer lo bastante crítica como para que pensaran que no le importaba—. Estarán mucho mejor sin él y su mal genio.
—Según la cocinera, era un amo maravilloso —siguió Mary—. Era amable y nada engreído. Hablaba como si tuviera planes de quedarse, al menos durante un buen tiempo, si no para siempre. Por eso les resultó tan extraña su repentina marcha. —Se volvió para clavar su mirada acerada en Eleanor y, una vez más, sus mejillas se encendieron.
—Bueno, la gente puede cambiar de opinión, ¿no?
Eleanor era consciente de que sonaba a la defensiva, pero no podía evitarlo.
De modo que planeaba quedarse... La verdad era que Trevor no parecía el tipo de hombre que le daría su apellido a una mujer para apaciguar su conciencia y luego marcharse a otro sitio. Pero eso ya no importaba. Todo había acabado y, en cualquier caso, que se quedara tampoco significaba que la amara. Eso era lo que la razón le decía, solo hacía falta que su corazón también lo entendiera.
—Claro que sí —convino Mary—, pero, por lo que dicen, que haya cambiado así de opinión fue realmente inesperado. Según la cocinera, incluso había mandado preparar nuevas habitaciones y hablaba de contratar más personal, parecía entusiasmado por su futuro aquí en Torrell. Y entonces, de pronto regresó de un paseo matutino y todo acabó.
—Muy extraño —volvió a decir Pippa.
Mary se agachó para recoger su cesta, ahora vacía.
—Bueno, algo habrá sucedido para hacer cambiar de opinión al pobre hombre —añadió Mary.
—¿Pobre hombre? —se quejó Eleanor—. ¿Has olvidado que fue él quien nos puso en esta situación?

Sabía que no era justo seguir culpándolo. Tras conocer lo que habían hecho los padres de ambos, era comprensible que él actuara como lo hizo. Además, en cuanto descubrió las consecuencias de sus actos, intentó solucionarlo todo. Él había dejado atrás su resentimiento y su sed de venganza, había dejado atrás el pasado. ¿Por qué no podía ella hacer lo mismo? Eleanor sabía por qué: porque era lo único que evitaba que se derrumbara por completo, lo único que la disuadía de ir corriendo a buscarlo y rogarle que volviera aunque no la amara.

No quería ser esa mujer.

En realidad, ya no lo culpaba por la situación de su familia, pero fingirlo le permitía levantarse por la mañana y enfrentarse al mundo cada día. No fue Mary, ni siquiera Pippa quien se lo discutió. Para sorpresa de Eleanor, fue Trevor el que se acercó y se le plantó delante.

—Él no nos puso en esta situación, Ellie —dijo en voz baja—, fue nuestro padre.

Eleanor sintió un nudo en el estómago al ver a su hermano. ¿Cuándo había madurado tanto? ¿Cuándo había pasado de ser un niño a un joven hombre?

—Y el señor Grayson ha hecho todo lo posible por ayudarnos.

Observó la mirada sincera en el rostro de Trevor, de Pippa y de Mary, y percibió en ellos un rastro de simpatía por él.

—Bueno, pues ya se ha marchado, así que ya no tiene importancia.

Nadie le contestó, nadie habló, de modo que se dio la vuelta y se escabulló en silencio.

***

Bath le gustaba bastante, o le gustaría si no se sintiera tan desgraciado.

Tristan bebió varias medidas de brandy antes de volver a llenar el vaso. Era demasiado temprano para ponerse como una cuba, pero nada le parecía importante en aquel momento. Nada excepto Eleanor, y ella lo odiaba.

El recuerdo de aquel día en la playa era como una patada en el estómago. Habría podido rebatir todas sus razones para rechazarlo. Conocía a Eleanor, conocía su maldito orgullo; había previsto que ella le señalaría la disparidad de sus posiciones, tanto económicas como de otros tipos, sabía también que insistiría en que no podía abandonar a sus hermanos, y estaba preparado para todo ello.

La desigualdad no habría existido de no ser por el sinvergüenza de su padre. El apellido Gold se había visto empañado por la conducta y las decisiones de aquel hombre, pero el daño no era irreparable, y el matrimonio con el hijo de un vizconde mejoraría mucho las cosas para Pippa y para Trevor.

A él no le hacía falta el dinero. Cuando se marchó para restaurar las pérdidas que había provocado su padre, ganó más dinero del que podrían gastar en cien vidas. Trevor podría comprar la más alta de las comisiones, Pippa podría tener tantas presentaciones en sociedad como quisiera. Incluso había estado preparando la casa de la familia para que volvieran a vivir en ella, si eso era lo que Eleanor deseaba. Si el sitio le traía malos recuerdos, lo habría quemado hasta los cimientos y le habría construido una casa nueva, mil casas nuevas.

Tenía respuestas para todo, excepto para el hecho de que ella no era capaz de perdonarlo y no podía luchar contra eso, no podía ignorarlo.

Eleanor pudo haberse casado con él de todos modos, aprovechar la oportunidad de ascenso social, pero no era ese tipo de mujer. Y menos mal que no lo era, porque no tenerla ya era bastante duro, pero estar casado con ella mientras su resentimiento crecía día tras día... Aquello lo habría destruido.

De modo que ahora estaba atrapado en Bath, pues, tonto de él, no soportaba estar demasiado lejos de ella y Bath estaba a solo un día de viaje. Tan cerca pero tan lejos... Una metáfora muy

apropiada para su situación.
Dos caballeros que había conocido en el club se detuvieron para saludarlo e invitarlo a jugar con ellos. No era el sitio más respetable, le advirtieron, pero las ganancias no eran nada despreciables y tendrían la compañía de más de una bella dama.
Tristan mantuvo una sonrisa en su rostro, pero en su interior se revolvía de desagrado. No pudo evitar recordar aquella noche en el callejón. Se sacudió el recuerdo y se despidió rápidamente de los caballeros. No quería ir a su sórdido antro ni ganarles su dinero, lo que quería era lo único que no podía tener: el perdón de la mujer que amaba.
Se sobresaltó al darse cuenta de que era la primera vez que expresaba sus sentimientos, incluso para sí mismo. Probablemente la había amado desde que vio su cabello dorado cayéndole por la espalda, pero ¿había dicho alguna vez esas palabras? No, no lo había hecho. No había tenido la oportunidad.
Volvió a reclinarse con desánimo sobre su asiento. ¿Qué más daba? Podía decirle a Eleanor Gold que la amaba más de lo que nunca había creído posible, podía decirle que su vida no significaba nada sin ella y que cada uno de sus pensamientos lo conducían de algún modo a ella; nada de eso importaría.
Lo había acusado de no conocerla, pero la conocía demasiado bien. Tener su amor no valdría nada si no podía tener también su perdón.
Maldijo y se sirvió otro trago.
Nada importaba sin ella.

Capítulo Diecisiete

—No puedo creer que te dejara convencerme de esto...
A Eleanor le temblaban las manos, aunque se esforzaba por mantenerlas quietas.
La semana anterior había perdido su primera partida de cartas y había sido culpa de Tristan, no podía concentrarse en nada que no fuera él.
Desde que Mary le había contado que él planeaba instalarse definitivamente en Torrell, tenía la horrible sensación de haberlo juzgado mal. ¿Y si no se había declarado solo por obligación y culpa? ¿Y si había llegado a interesarse realmente por ella?
Él no le había dicho que la amaba, pero ella tampoco lo había dicho, y sus actos no eran los de un hombre que estuviera obligado, sino los de un hombre que se preocupaba. Había sido demasiado ciega y testaruda para verlo, y ahora lo había perdido.
No dejes que los pecados del pasado empañen tu visión del futuro.
Parecía que había pasado una vida desde que la adivina le diera aquel consejo, y Eleanor había hecho justo lo contrario. Su miedo al pasado y a amar a alguien que no la quería no solo había empañado su visión del futuro, sino que la había arruinado por completo, y solo podía culparse a sí misma por ello.
Esa era la esencia del problema. Durante toda su vida, había culpado a su padre por ser un derrochador, a su madre por ser demasiado pasiva, al maldito Tristan Grayson... Pero esto era todo culpa suya.
—No te preocupes, Ellie —le dijo Trevor, sacándola de sus oscuros pensamientos—, ganar una noche en este sitio será como ganar diez veces en el otro.
Eleanor se mordió el labio con ansiedad. Tenía la extraña sensación de que esta noche no iba a ser tan sencilla como ganar unas manos a las cartas y despojar a los incautos de su dinero.
—Lo que hemos gastado en venir a Bath se llevará una buena parte de lo que gane —le advirtió ella, no por primera vez.
Cuando su hermano le contó lo que tenía en mente, ella se sintió a la vez impetuosa, afligida e inquieta, y aceptó tontamente acudir a este antro del que unos amigos le habían hablado a Trevor.
No había mucha gente de la sociedad en Torrell, pero sí la había en Bath. Los caballeros ricos apostaban lo suficiente para mantener a la familia Gold a todo lujo durante un mes. Una noche allí podría cambiar muchas cosas para ellos.
Pippa había insistido en acompañarlos, alegando que ella y Ellie podrían ir de compras al día siguiente, cuando hubieran ganado una pequeña fortuna. Trevor, el muy bocazas, le había contado a su hermana pequeña lo que Eleanor hacía.
Como la muchacha romántica y fantasiosa que era, Pippa pensó que todo aquello era muy emocionante.
Así pues, los tres hermanos se despidieron de Mary y partieron hacia Bath. Se quedarían dos noches, y si no ganaban a lo grande, no volverían más por allí.
—¿Y qué harás toda la noche? —le preguntó Eleanor—. No quiero dejarte sola en una posada.
Pippa puso los ojos en blanco.
—Iré a visitar a Harriet Smythe, como te he dicho. Se mudó a Bath cuando se casó el año pasado y hemos mantenido el contacto por correspondencia. Estoy segura de que estará encantada de recibirme.
—¿Y si ya tiene planes? —insistió Eleanor.

—Los cambiará —replicó Pippa tercamente.
Era inútil, no podía disuadir a sus hermanos.
¿Cómo podía contarles que su corazón estaba en juego también? ¿Que apostar a las cartas le recordaba demasiado a Tristan? Pero ya estaban allí. Iría y ganaría suficiente dinero para que todo aquel esfuerzo mereciera la pena, pero luego dejaría atrás sus días de apuestas. Encontrarían otra forma de sobrevivir.

***

Debí haber reservado habitaciones en el club, pensó Tristan.
Miró el reloj de pie que había en un rincón del salón y suspiró. Estaba aburrido y solo, algo que nunca había sufrido antes de ir a Torrell y conocer a la familia Gold.
Ya estaba acostumbrado al intenso dolor que le producía echar de menos a Eleanor, pero añorarlos a todos era algo nuevo. Echaba de menos a su criada de lengua afilada, que al final le había caído simpática; a Pippa y su parloteo constante mientras cosía; a Trevor, quien también le había cogido cariño a él y le hablaba largamente sobre su sueño de vestir uniforme y alistarse en el ejército de Su Majestad. Echaba de menos al personal de la casa de Eleanor —que era como él pensaba en aquel sitio—; a la cocinera, que ya había dejado de intentar matarlo con su comida; al mayordomo, que había dejado de desaparecer cuando lo necesitaba... Incluso echaba de menos a los lugareños de la tranquila ciudad de Torrell, a los que lo conocían y lo saludaban por su nombre como a un viejo amigo, y a los que eran más reservados porque debían su lealtad a la familia Gold.
Tristan preferiría estar en la pequeña pero acogedora sala de estar de Tide Cottage charlando y riendo con ellos y no allí, en el frío y enorme salón de la casa que ahora ocupaba.
El sonido de un golpe en la puerta lo sorprendió. No conocía a mucha gente que estuviera en Bath en esa época del año, o en ninguna época del año, en realidad. Y desde luego no conocía a nadie lo suficiente como para que se presentase a la puerta a esas horas.
Sonaron unos pasos antes de que llegara el inevitable golpecito en la puerta del estudio.
—¡Adelante! —dijo levantándose del sillón en el que estaba tumbado.
—Una tal señorita Gold desea verlo, señor. A solas.
Tristan ignoró la evidente reprobación en el tono del mayordomo. Su corazón estallaba de puro éxtasis. ¡Era Eleanor! Le importaba un bledo que una mujer nunca debiera ir sola a ver a un hombre, y menos por la noche. Esperaba que esta visita no se debiera a que estaba en problemas, pero si era así, no importaba, él lo arreglaría todo. Lo único importante era que ella estaba allí.
—Hazla pasar.
Una figura encapuchada atravesó la puerta y esperó a que el mayordomo saliera para darles intimidad.
Tristan sintió la garganta seca como un verano en la India cuando ella se llevó las manos a la capucha para quitársela. Su corazón, que había estado a punto de escaparse de su pecho hacía un momento, se hundió en el desencanto en cuanto el rostro de Pippa Gold le devolvió la mirada.
—¡Pippa! —Intentó mantener una expresión neutra que no delatara su decepción—. ¿Qué haces aquí?
Pippa lo miró inquisitivamente durante un momento antes de suspirar y negar con la cabeza, como si de algún modo lo considerara en falta.
—Estoy aquí porque mi hermana es completamente desgraciada, y quiero saber qué piensas hacer al respecto.

***

Aquello había sido un error. Eleanor se estremeció al echar un ojo a la mesa para recibir las

miradas poco amistosas que le dirigían. Los hombres de Bath eran mucho menos amables que los de Torrell y mucho menos tolerantes ante la presencia de una dama.
El propietario del establecimiento se había mostrado más que sorprendido cuando Trevor le preguntó discretamente si podía dejar jugar a Eleanor, pero el hombre era aficionado a las rarezas, según él mismo dijo, y la muchacha había despertado su curiosidad.
Trevor tenía razón acerca de la diferencia entre el dinero que se jugaba allí y en Torrell, aquello hacía que sus ganancias anteriores parecieran una verdadera miseria.
Cuando entró al salón, examinó tontamente a la multitud. Naturalmente, Tristan no estaba, y se reprendió a sí misma por haberlo buscado.
Sus primeros intentos de participar de alguna partida habían sido recibidos con abierta hostilidad y disgusto. Nadie jugaría con una mujer, se lo habían advertido de la forma más cruda posible; en aquel sitio las mujeres solo servían para *una* cosa.
Afortunadamente, el propietario intervino mostrando tanto su curiosidad como su escepticismo, y aquello, junto con la desagradable actitud de los parroquianos, le bastó para ponerse manos a la obra.
Y ganó.
Expulsó todo pensamiento que la distrajera y se concentró en contar las cartas, observar los tics de sus oponentes y calcular las ganancias frente a las pérdidas de cada mano.
A medida que avanzaba la velada, la hostilidad hacia ella iba en aumento y supo que había llegado el momento de marcharse.
Acababa de ganar una suma bastante considerable, y el hombre que más dinero había perdido se levantó tan bruscamente que su silla cayó al suelo con un fuerte estrépito, lo que provocó que las conversaciones y la actividad a su alrededor cesaran.
Eleanor sintió un escalofrío cuando todas las miradas se volvieron hacia ella. Agachó la cabeza y se puso a juguetear con sus guantes, negándose a mirar a nadie a los ojos.
Cuando se reanudaran el bullicio y las conversaciones, se despediría sutilmente.
Alguien levantó la silla del suelo, pero Eleanor no se fijó quién era ni le importaba. Cuanto antes saliera de allí, mejor. El dinero no valía la pena, ya no se sentía cómoda y no quería seguir con aquello.
—¿Está ocupado este asiento?
Eleanor se quedó paralizada. ¡No podía ser! Alzó la vista lentamente.
Pantalones beige, chaqueta negra de exquisita confección, chaleco gris oscuro, corbata blanca como la nieve... Y ese rostro, esos ojos azules brillantes y el rebelde mechón castaño sobre la frente.
Era Tristan.
El corazón se le detuvo en seco en el pecho antes de empezar a latir desbocado.
—Tú —susurró.
—Yo —sonrió él.
Sin decir nada más, tomó asiento al otro lado de la mesa, de frente a ella.

Capítulo Dieciocho

Su memoria no le había hecho justicia a Eleanor Gold. Le costaba respirar solo estar cerca de ella otra vez.

Por fuera se mostraba tranquilo, despreocupado, encantador. Lo que ella no veía era que tenía los puños apretados bajo la mesa. ¿Cómo pretendía que viviera su vida sin ella? ¿Cómo hacerlo si ella se había convertido en el centro de todo?

Miró cómo palidecían sus mejillas y luego se ruborizaba cuando sus ojos, del color del mar a la luz de las velas, se encontraron por fin con los suyos.

—¿Qué haces aquí?

Eleanor se inclinó hacia adelante y susurró la pregunta, como si así pudiera hacer que la conversación quedara entre ellos. No podía, por supuesto, a su alrededor se escuchaban los murmullos de la gente que se preguntaba sobre lo que estaba sucediendo.

Al parecer, los caballeros podían competir con las fulanas de Almack's en el terreno de los cotilleos.

—Vine a jugar a las cartas —respondió él tranquilamente.

Ella entornó los ojos con suspicacia y él reprimió una sonrisa.

Si todo salía bien y la recuperaba, nunca conseguiría ocultarle nada a Eleanor Gold. No podía esperar a que eso se hiciera realidad.

—Bueno, pues yo me voy —dijo ella con voz temblorosa.

Tristan la miró atentamente. ¿Tenía razón Pippa?

—Mi hermana es testaruda y más orgullosa de lo que es bueno para una persona. También se resiste a verme como algo más que una niña a la que hay que cuidar, y lo mismo hace con Trevor.

Tristan no había sabido qué responder a lo que Pippa le contaba sobre Eleanor, así que se había quedado allí sentado y en silencio como un idiota.

—No pretendo saber lo que pasó, señor Grayson; y Eleanor, desde luego, nunca lo dirá. Lo único que sé es que, por primera vez desde que éramos niños, parecía feliz, era verdaderamente feliz cuando usted estaba con nosotros, y cuando se marchó, también lo hicieron el brillo de sus ojos y la sonrisa que antes no podía ocultar. No estoy aquí para decirle qué tiene que hacer y no le hablaré de cosas que deberían ser dichas por Eleanor, pero si ella le importa, si usted siente por ella lo que sospecho que siente, entonces tiene que decírselo. Y rápido, antes de que sea demasiado tarde. —Pippa dio un paso hacia él y le entregó un papel doblado—. Aquí es donde estará esta noche. Si yo fuera usted, me daría prisa.

Tristan se había quedado plantado en medio de la habitación mientras Pippa se volvía a subir la capucha, se daba la vuelta y se marchaba.

El corazón le palpitaba con fuerza y su mente bullía.

¡Eleanor estaba allí, en Bath! Pero lo había rechazado cuatro malditas veces. ¿Era una locura volver a intentarlo? Aunque lo fuera, supo que iría a verla en cuanto se enteró de que estaba en la ciudad. Se lo propondría una quinta vez, una sexta, una séptima y una centésima si era necesario.

Pidió de inmediato que le llevaran su caballo y aquí estaba, sentado frente a ella menos de media hora más tarde.

Tenía cosas que decirle a la señorita Eleanor Gold, y esta vez se aseguraría de que ella lo escuchara.

***

Eleanor solo pudo quedarse mirando con la boca abierta cómo Tristan se reclinaba en su asiento, tan relajado y seguro, y tan apuesto que le ardía la sangre solo de mirarlo. Pero ¿qué hacía allí, sentado en su misma mesa?

Aquello era demasiado. No podía soportarlo, no podía sentarse frente a él y mantener la compostura sabiendo que lo había perdido, que lo había tirado todo por la borda.

Al echar un vistazo a su alrededor, vio con consternación que casi todos los presentes estaban pendientes de ellos. Sus mejillas se encendieron todavía más y se puso de pie, decidida a marcharse antes de que le fallaran las piernas.

—¿No jugarás una mano conmigo? —preguntó él.

Su voz profunda la recorrió y le provocó un escalofrío de deseo. Aquello era absurdo.

—No, no lo haré —respondió.

¿Qué es lo que pretendía Tristan? Tras aquel día en la playa, sin duda ya no querría saber más nada de ella. Apartó la silla y se dio la vuelta para irse.

—¿Es que tienes miedo? —preguntó él con desenfado.

Sigue andando, Eleanor Gold. Solo intenta provocarte.

Pero ¿cuándo había ella escuchado a la voz de la razón?

Se volvió lentamente.

—¿Disculpa? —preguntó ella, y obtuvo en respuesta una serie de risas y exclamaciones de los presentes.

Aquello parecía una maldita comedia.

—Ya me has oído.

Tristan esbozó aquella sonrisa maliciosa que le hacía encoger los dedos de los pies.

—No tengo miedo —Eleanor luchaba por mantener una voz firme—, es solo que ya he acabado aquí.

Él asintió como si aceptara su explicación, pero lo estropeó abriendo de nuevo su bocaza.

—Pues a mí me parece que huyes despavorida. Nunca pensé que fueras tan cobarde.

Eleanor frunció el ceño mientras la multitud reía y esperaba su respuesta. Idiotas... ¿No tenían nada mejor que hacer?

—Solo una mano —insistió él—. El ganador se lo lleva todo.

Eleanor dudó. La verdad era que no quería alejarse de él, quería subirse a su regazo y no apartarse nunca más de su lado. Y también sentía mucha curiosidad por saber por qué la había buscado. ¿Por qué quería volver a verla después de lo que le había dicho?

Se oyó un fuerte murmullo entre la multitud que se congregaba alrededor de la mesa.

—No aceptará la apuesta, es una mujer —se escuchó decir a alguien.

Y con eso bastó. Sin decir nada más, se sentó de nuevo. Ignoró al público que la había incitado a hacerlo e ignoró las mariposas en el estómago cuando la sonrisa de Tristan se ensanchó y sus ojos brillaron triunfales.

—¿Qué apostamos? —preguntó con toda la serenidad que pudo.

Tristan la estudió durante un momento y ella se preguntó qué era lo que estaba intentando descubrir.

—Una mano —respondió por fin, después de lo que a Eleanor le pareció un siglo de creciente tensión.

De reojo, vio que Trevor se acercaba a la mesa. Había estado todo el tiempo en la cocina, de modo que alguien le habría informado de lo que estaba sucediendo. Los rumores corrían como la pólvora.

—Todo lo que has ganado esta noche —siguió diciendo Tristan.
El público respondió con más murmullos y exclamaciones.
—¿Y yo qué gano si pierdes? —preguntó ella enarcando una ceja.
¿Acaso intentaba arruinarla? Tristan conocía su habilidad para las cartas, pero Eleanor también conocía las de él, y no eran nada despreciables.
—Todo lo que he traído —respondió él con una discreta sonrisa—. Tú decides.

***

Tristan la conocía lo suficiente para saber que debía de estar enfrentándose a tribulaciones interiores, pero exteriormente no delataba nada. Sabía que estaría dándole vueltas a todo y analizando los distintos enfoques, pero nunca adivinaría lo que él se guardaba bajo la manga, y contaba con ello.
Eleanor levantó la ceja de esa forma suya que lo volvía loco, pero él tampoco dejó que se le notara. Ella era buena, pero él también lo era.
—¿Esperas que acepte sin saber qué es lo que has traído?
Él asintió sin dejar de mirarla ni un instante. El público se lo estaba pasando en grande, pero a él eso le daba igual.
—Así es —respondió—. Esa es la apuesta.
Ella se rio.
—¿Y por qué iba a aceptarlo?
—Pues porque hace las cosas más interesantes —respondió él. Luego esperó.
Sabía que Eleanor no se precipitaría, pero también sabía que era demasiado testaruda para declinar un desafío directo.
—¡Venga! —insistió Tristan—, sabes lo buena que eres, yo sé lo buena que eres, pero vamos a ver si es suficiente para vencerme.
Sus ojos le lanzaron llamas verdes y él supo que la estaba enfureciendo. Eso era bueno, era lo que pretendía.
Eleanor miró por encima del hombro de Tristan, pero él no se volvió para averiguar a quién miraba, supuso que sería Trevor. Él solo estaba centrado en *el premio*, en ella.
Eleanor frunció los labios y finalmente asintió. ¡Gracias a Dios!
El público aplaudió y vitoreó, pero eso no distrajo a Tristan ni a Eleanor, ambos mantenían los ojos clavados el uno en el otro.
Su deseo por ella era doloroso, pero no lo demostró, se limitó a hacer un gesto con la boca.
La muchacha era valiente, tenía que reconocerlo. Pero eso ya lo sabía, Eleanor era la persona más valiente que había conocido. Cómo había cuidado de su familia, incluso cuando no era más que una niña, cómo se había enfrentado a un problema tras otro —la mayoría provocados por él — y cómo había salido airosa de cada uno de ellos, no era nada menos que extraordinario; y ella no era consciente de eso, no tenía idea de lo maravillosa que era en realidad.
Tristan miró el montón de monedas y billetes doblados que Eleanor había acumulado sobre la mesa. Sabía bien la diferencia que una suma semejante supondría para los Gold. Solo le quedaba esperar que ella prefiriera lo que él tenía que ofrecerle. Esta era la única mano que había querido perder en toda su vida.
Sin mediar palabra, se repartieron las cartas.
A estas alturas, un silencio profundo había inundado la sala. No había nadie más jugando, no se oía ningún ruido. Todos miraban con interés, pensando en el dinero que había en juego, solo Tristan sabía que había en juego mucho más que eso.
Eleanor cogió su carta, la miró y luego levantó la vista. No reveló nada. Volvió a colocar la carta

boca abajo sobre el fieltro verde de la mesa y empujó su cuantiosa fortuna hacia el centro, luego se reclinó en su asiento y levantó otra vez aquella ceja.
Tristan se echó hacia delante y lo mismo hicieron todos los demás, excepto Eleanor. Habría sido algo divertido si no fuera porque estaba tan nervioso. Levantó su carta, la miró y volvió a dejarla boca abajo.
—¿Sabes?, una vez me dijiste que no te conocía, pero estabas equivocada.
Detrás de la máscara en que Eleanor se ocultaba, él sabía que estaba frunciendo el ceño.
—Te conozco —continuó—. Sé que quieres tanto a tus hermanos que harías cualquier cosa por ellos.
Eleanor volvió a mirar por encima del hombro de Tristan, lo que confirmaba que Trevor estaba allí.
—Sé que eres fuerte y valiente, y que te has enfrentado a retos que habrían acabado con cualquier otro.
¿Era una lágrima eso que veía brillando en sus ojos?
—Sé que eres orgullosa, testaruda e inmensamente irritante.
Eleanor soltó un gruñido y Tristan se esforzó por mantener la expresión seria.
—Hermosa, intimidantemente inteligente, amable y audaz.
Una lágrima se deslizó por su mejilla y él sintió deseos de recogerla con el pulgar. No quería volver a hacerla llorar, esperaba que fueran lágrimas de felicidad.
—Sé más de ti de lo que piensas. —Hizo una pausa para sonreír y quitar hierro a sus palabras. A su alrededor, la gente estaba murmurando, sin duda preguntándose qué demonios estaba sucediendo—. Después de huir para lamerme las heridas tras tus innumerables rechazos, pensé en por qué te negabas y se me ocurrió una cosa.
Hizo otra pausa y esperó, aunque la espera iba a matarlo. Tenía que asegurarse de que ella se implicaba, que se mostraba interesada. Finalmente, Eleanor exhaló un suspiro de fastidio y esta vez él no pudo contener la sonrisa.
—¿Qué se te ha ocurrido? —preguntó ella con irritación.
—Bueno, en realidad fueron dos cosas. —Tristan empezaba a disfrutar con todo aquello—. Considerando tu orgullo, era imposible que aceptaras casarte conmigo, dado que pensabas que te lo pedí por lástima o porque me sentía culpable de mi comportamiento en el pasado.
Ella levantó la barbilla, lo que confirmó que Tristan tenía razón.
—¿Y lo otro? —Eleanor intentó mantener su máscara, pero la voz le temblaba.
De pronto, a Tristan se le hizo muy difícil seguir hablando.
—Lo otro... —consiguió decir, aunque con la voz muy baja—. Lo otro es que nunca te dije la razón por la que quería casarme contigo, la verdadera razón. Aunque tampoco es que me hayas dado la oportunidad de hacerlo.
Eleanor esbozó una pequeña y fugaz sonrisa, pero fue suficiente para darle esperanzas. Entonces se oyó una voz entre la multitud:
—¿¡Y cuál era la verdadera razón!? —gritó la voz, ganándose unas cuantas carcajadas.
Tristan se había olvidado por completo de que estaban rodeados de curiosos.
—La verdadera razón —dijo él mirando a Eleanor— es que me he enamorado y loca y desesperadamente de ti, y no pasa un minuto sin que desee con todas mis fuerzas que hubieras dicho que sí y te hubieras convertido en mi esposa.

Capítulo Diecinueve

El mundo de Eleanor se tambaleó vertiginosamente cuando Tristan pronunció esas palabras tan deseadas.

La gente que los rodeaba enloqueció. Se oyeron aplausos, gritos, incluso algún sollozo, pero nada de eso importaba excepto el hombre cuya mirada no se había apartado de la suya ni un instante.

¿Estaba ocurriendo de verdad? ¿Estaba siendo sincero?

Buscó las respuestas en la profundidad azul de sus ojos. Todo lo que encontró fue ternura, ilusión y amor. Sí, estaba siendo sincero.

Eleanor no podía hablar, no podía moverse, se había quedado completamente paralizada. Estaba tan cerca de conseguir todo aquello que tanto anhelaba y que ni siquiera se había atrevido a soñar...

Tristan rebuscó en su bolsillo y sacó unos papeles doblados. Los abrió y, sin romper el contacto visual con ella, los colocó en el centro de la mesa, sobre el dinero.

Eleanor sintió curiosidad y lo miró. En seguida se dio cuenta de qué era: la escritura de su casa en Torrell.

Tristan volvió a meter la mano en el bolsillo. Esta vez extrajo un precioso anillo de esmeralda ornamentado con pequeños racimos de diamantes y lo colocó encima de la escritura. Era un anillo de boda.

Eleanor sintió el impulso de pellizcarse para asegurarse de que todo era real.

Tristan hizo una señal para que dieran vuelta la siguiente carta: el tres de corazones. La miró y luego puso una de sus cartas sobre la mesa: la jota de corazones.

Las reglas del juego se habían ido al garete, pero a nadie le importó y mucho menos a Eleanor, que echó un vistazo a sus cartas y colocó una sobre el fieltro: la reina de corazones. Su mano le ganaba a la de Tristan, ahora era dueña de todo lo que había sobre la mesa.

Al volver a mirarlo, un fuego casi profano iluminaba sus ojos. Tristan parecía triunfante. Poco a poco, una sonrisa lobuna fue dibujándose en sus labios y Eleanor sintió que el suelo desaparecía bajo sus pies. Él se reclinó sobre el respaldo de la silla antes de romper el agonizante silencio:

—Yo gano.

***

El antro estalló en una cacofonía sonora. La gente coreaba, intercambiaba el dinero que obviamente habían apostado entre ellos y se daban palmadas en la espalda.

Ellos dos permanecieron sentados durante toda la bizarra celebración.

Eleanor no sabía qué hacer. ¡Era todo tan abrumador! Ella, que normalmente asumía el mando en cualquier circunstancia, estaba completamente desarmada.

Tristan se apiadó de ella, pues se levantó de la silla y rodeó la mesa. Se puso de rodillas a su lado y tomó una de sus manos enguantadas.

—La casa es tuya, Eleanor —dijo en voz baja, solo para sus oídos—. El anillo también. Lo mandé a hacer aquí, en Bath. No me lo quedaré aunque no me aceptes, fue creado solo para ti.

—¿Por qué estás en Bath?

Eleanor se maldijo a sí misma. Después de todo lo que había pasado y con todas las cosas que quería decir, ¿era eso lo primero que le salía?

Tristan esbozó una sonrisa de autorreproche que le derritió el corazón.

—Me fui cuando me lo pediste, pero me di cuenta de que no podía soportar estar demasiado lejos de ti. —La miró fijamente a los ojos—. No me harás pedírtelo una sexta vez, ¿verdad? —bromeó, pero ella vio que en verdad estaba muy nervioso—. Quiero decir... Sé que esto no fue una propuesta *verbal*, pero fue una propuesta, al fin y al cabo. —Ella abrió la boca para hablar, pero él continuó antes de que pudiera hacerlo—. No me importa si no me amas, Eleanor, pero si hubiera forma de que me perdonaras, me bastaría con eso, con la posibilidad de que llegues a amarme algún día. Pero, por favor, no me alejes de ti otra vez, no creo que pueda hacerlo, solo quiero estar contigo.

Eleanor sabía que sus ojos estaban anegados de lágrimas, pero no se molestó en enjugarlas.

—No necesito perdonarte.

Tristan agachó la cabeza derrotado y a Eleanor se le partió el corazón al verlo así. Estiró la mano para levantarle suavemente la barbilla y obligarlo a mirarla.

—No necesito perdonarte porque ya lo he hecho. No podía permitir que te sacrificaras por mí, no iba a dejar que te casaras conmigo y renunciaras a la oportunidad de ser feliz de verdad.

—Pero... —empezó a decir él. Ella sacudió la cabeza para detenerlo.

—No sabía que me querías de verdad cuando me lo pediste, Tristan, y no quería que te ataras a mí porque... —Parpadeó ferozmente ante las lágrimas que no cedían—. Porque te amaba demasiado para dejar que hicieras eso. Quería que tuvieras una oportunidad de ser feliz, aunque eso significara perderte.

Los ojos de Tristan se abrieron de par en par, y entonces la sonrisa más hermosa se dibujó en su rostro. Como si la velada no hubiera sido ya lo bastante escandalosa, se acercó a ella y capturó sus labios en un beso que la abrasó hasta el alma.

Eleanor no supo cuánto duró, y apenas fue capaz de recordar cómo había llegado hasta al carruaje que Tristan tenía esperando fuera. Estaba atrapada entre la felicidad y el asombro.

Tristan envió a Trevor de regreso a la posada con los caballos y ayudó a Eleanor a subir al carruaje. Ella pensó que iba a sentarse a su lado, pero se sorprendió cuando él la levantó y la acomodó sobre su regazo.

Antes de que sus labios volvieran a descender sobre los suyos, lo apartó suavemente.

—Tenía la reina de corazones —dijo—. Gané yo.

—Lo sé, cariño —respondió él, retirándole la mano de su sólido pecho y depositando un beso sobre ella.

—Pero dijiste que habías ganado tú —replicó Eleanor con el ceño fruncido.

Tristan le apartó un rizo dorado de la cara.

—Estás en mis brazos, Eleanor, y nunca volveré a dejarte ir. ¡Por supuesto que he ganado!

Mientras la besaba, haciéndole olvidar sus preguntas y todo lo demás excepto la sensación de su cuerpo pegado al suyo, Eleanor se dio cuenta de que Tristan tenía razón: había ganado ella, pero también él.

Estarían juntos para siempre.

Ambos habían ganado.

Fin.

Epílogo

—¡Estoy muy nerviosa, Ellie!
Eleanor sonrió a su hermana menor mientras la ayudaba a ajustarse el velo.
—Es normal estar nerviosa, cariño. Todas las novias están nerviosas el día de su boda.
—¿Tú lo estabas?
Eleanor pensó en aquel día, hacía ya un año, cuando Tristan le colocó en el dedo el elaborado anillo de esmeraldas que había mandado hacer para ella.
No, no estaba nerviosa, estaba ansiosa, incluso desesperada por empezar su vida juntos. Pero Tristan y ella habían pasado por muchas cosas antes de llegar a ese momento, tantas que sus almas estaban ya total y profundamente unidas.
El noviazgo de Pippa con el hijo del magistrado había sido mucho más tradicional, y, afortunadamente, había transcurrido sin complicaciones.
—George es un hombre maravilloso y te quiere —le dijo en lugar de responder su pregunta—. Sé que te hará feliz.
Por la forma en que se suavizó la expresión de Pippa en cuanto mencionó el nombre de su prometido, Eleanor supo que no tenía nada de qué preocuparse.
Trevor entró en la habitación. Estaba resplandeciente con su abrigo color rojo. Le ofreció un brazo a Pippa para acompañarla durante el trayecto por el pequeño pasillo de la iglesia hasta su futuro.
Eleanor levantó la vista del vestido azul cielo de su hermana y sus ojos se encontraron con los de su marido. Como le sucedía desde su propia boda, todo lo que la rodeaba desaparecía al verlo, ella y Tristan se convertían en las únicas personas en el mundo. Sin embargo, ni siquiera su mirada azul bastaría para que fuera así por siempre. Muy pronto, un retoño llegaría para formar parte de su pequeña burbuja. Nadie lo sabía aún, excepto Tristan, que no había dejado de mimarla y consentirla desde que se lo contó.
Él le sonrió con esa sonrisa cómplice que tenía solo para ella y su corazón se estremeció de un modo que ya le era familiar. Eleanor nunca habría imaginado que el maldito Tristan Grayson la haría más feliz de lo que jamás imaginó posible.
Con un guiño atrevido, avanzó por el pasillo a su lado.
Mientras Eleanor veía a Pippa y George intercambiar sus votos, solo pudo desear que su hermana tuviera al menos una fracción de la felicidad que ella sentía cada día con Tristan a su lado.

***

—Por fin solos...
Tristan estrechó a su mujer entre sus brazos y se dejó llevar por la sensación de deseo que solo ella había sido capaz de provocar en él.
—Ha sido una boda preciosa —murmuró Eleanor, y luego jadeó cuando él buscó con sus labios esa parte de su cuello que siempre la volvía loca.
—*Tú* eres preciosa —dijo él contra su piel satinada, deleitándose con el escalofrío que la recorrió.
—Tengo una idea —dijo Eleanor sin aliento cuando él empezó a desabrochar los diminutos botones de perlas de su vestido.
—¡Oh! ¿Y cuál es?

—Vamos a jugar a las cartas.
Tristan dejó lo que estaba haciendo y levantó la vista para encontrarse con la de ella en el espejo de la alcoba. Notó que a ella se le entrecortaba la respiración al ver su sonrisa maliciosa.
—¿Qué apostamos? —le preguntó, reproduciendo la pregunta que por fin los había unido aquella noche.
La sonrisa de Eleanor replicó la suya, haciendo que la lujuria se apoderara de él. Ella se dio la vuelta entre sus brazos y le rodeó el cuello.
—El ganador se lo lleva todo —susurró antes de besarlo profundamente.
Tristan sabía que él ya era un ganador cuando se adueñó de su beso. Ya lo tenía todo.

Fin.